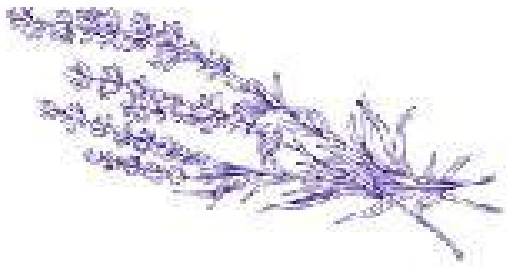
Arlene Sabaris

La PROMESA de LADY WRIGHT



El destino de los Wright 6

Selecta

La promesa de lady Wright

SERIE

El destino de los Wright 6

Arlene Sabaris

Selecta

A quienes hacen suyas mis páginas

Prólogo

Inglaterra, 1824

Una inusual y fina capa de nieve arropa los jardines de Wrighton House, la casa de campo de los Wright, y las copas de los árboles se visten de gala en sus blancas alfombras frías. Una pareja de adolescentes se lanza bolas de nieve mientras se persiguen intentando no resbalar. Ella consigue trepar con dificultad a una rama, pero la falda de su vestido insiste en interponerse en su camino. Él se apresura en alcanzar una rama más alta y se columpia con agilidad hasta sentarse un poco más arriba que ella. A unos pasos, con aire petulante, una chiquilla de vestido rojo y capucha de igual color les hace señales con sus manos enguantadas abriéndose paso entre el paisaje nevado.

—¡Aileen Wright! ¡Vas a provocar la ira de la abuela, otra vez! ¿Acaso pretendes que oculten todos tus regalos hasta el Año Nuevo?

—No seas aburrida, Elisabeth. ¿No te cansas de andar siempre tan estirada? Corre un poco... Es la primera nevada en no sé cuántos años. ¡Sube a mirar los campos de lavanda de nuestro vecino! Está todo cubierto de nieve y parecen carreteras blancas y lilas en la distancia —la entusiasmó su hermana.

—¿Este año ya no trepas árboles, Eli? —le preguntó Jaime, lanzándole un copo de nieve de forma juguetona.

—Ya te he dicho que debes llamarme Elisabeth. No soy una niña pequeña más, Jaime. Ustedes dos, por el contrario, parecen un par de críos desobedientes. Nadie creería que tienen diecisiete años. Es una vergüenza.

—No eres más que una niña pequeña, no importa cuánto hayas crecido en estos meses. En el verano todavía te gustaba subir a los árboles.

—No sé de qué hablas, Jaime —dijo ignorando su comentario y fijando la mirada en su hermana mayor—. Los duques de Wellington están a punto de llegar y la abuela ha dicho que el marqués vendrá con ellos; si no vienes pronto a cambiarte, te encontrarán hecha un desastre.

—¡Qué así sea! No me interesa para nada ese tonto marqués.

—¡Arggg! ¡Es tu culpa! —le gritó Elisabeth al chico—. Aileen se comporta peor cada vez que

vienes y no te importa porque volverás a España y nosotras nos quedaremos a soportar el mal humor de la abuela.

—Solo estás celosa, Eli... —dijo él, guiñándole un ojo, mientras subía un poco más arriba en el árbol, echando atrás su cabello oscuro, que se le alborotaba en el rostro.

—La marquesa y el marqués de Wingrove ya están aquí. ¿Ni siquiera vendrás a saludar?

—No seas tonta, Elisabeth. No tienes que llamar «marquesa» a Charlotte.

—Estás insoportable hoy, Aileen.

Elisabeth Wright, exasperada por el último comentario, se ajustó los guantes y dio media vuelta alejándose del jardín. El borde de su falda ya se había oscurecido por la humedad de la nieve y al darse cuenta protestó con rabia y miró atrás. Su hermana seguía jugando con Jaime y él seguía mirando a Elisabeth alejarse. Ella lo fulminó con una de aquellas miradas que había heredado de la abuela y entró furiosa a la casa.

La inusual visita navideña de los Arce, sus parientes españoles, para conocer al marido de su recién casada hermana mayor Charlotte Wright, ya marquesa de Wingrove, le daría algunos dolores de cabeza a la jovencita que se esmeraba por ser la más correcta y educada de las hermanas Wright.

Capítulo 1

La ilusión nos lleva a prometer,
el miedo nos impide cumplir,
el amor nos impulsa a intentar.

Inglaterra, 1829

Elisabeth Wright estaba sentada en uno de los bancos de mármol blanco en los jardines interiores de Marton Hall; miraba de pronto a los setos que se perdían en la distancia y a seguidas releía una carta de su hermana Aileen y la apretaba contra su pecho con ilusión cada vez que encontraba en ella algo emocionante de su nueva vida como vizcondesa. Ya habían pasado cuatro meses desde aquella boda en la que Elisabeth lloró más veces de las que estaba dispuesta a recordar. La más pequeña de los Wright estaba feliz por su hermana, de eso no había duda, pero aquella nueva vida también significaba que se quedaría sin su compañera de siempre. Ahora, cuando miraba los árboles del jardín, se entristecía al ver que no tenía a quien amonestar por subirse en ellos, así que recibir alguna carta suponía más que una alegría para ella. Su doncella salió de la casa dando algunos pasos en su dirección y Elisabeth supo que debía entrar a cenar, estaba oscureciendo y no se había dado cuenta. Los Cooper, duques de Wellington, irían esa noche a cenar y los acompañarían sus vecinos, los Fitzpatrick. Su inseparable amiga, Margaret Fitzpatrick, se había convertido en algo parecido a una cuarta hermana para ella desde que la familia ocupó la inmensa propiedad que distaba solo unos metros de su casa. Lucy, la hermana mayor de Margaret, era la mejor amiga de la mayor de los Wright, Charlotte, así que las pequeñas pasaban mucho tiempo juntas desde que eran niñas. Elisabeth dobló la carta con cuidado, como si de un tesoro se tratase, y se levantó para entrar.

En Marton Hall no faltaban invitados. Si bien la casa cada año estaba más silenciosa, cuando las visitas llegaban, recobraba el esplendor de aquellos años en que estaba llena de jóvenes y en las noches la música inundaba sus salones, el licor rebosaba las copas y el humo del tabaco nublaba los gabinetes. Subió a su habitación a prepararse y, mientras dejaba tras de sí las escalinatas, ensayaba un caminar pausado y elegante para recibir a sus visitas. El primogénito de los Cooper, Ashley, el futuro duque, era un par de años mayor que Elisabeth y, si bien había

estado estudiando largos años en el extranjero y apenas lo había visto un par de veces, estaba de regreso y los visitaría esa noche. Elisabeth no había parado de hablar de ello con Margaret y muchas tardes se pasaban horas completas divagando en los jardines, imaginando cómo sería Ashley ahora y cómo las encontraría luego de tantos años, ya convertidas en sendas jovencitas de dieciocho años.

Unos años antes, poco tiempo después de que los Cooper llegaran a la ciudad, un apuesto marqués había visitado, por invitación de los duques, Marton Hall. Había quedado prendado el marqués por la belleza de Aileen Wright, pero ella le había rechazado de todas las formas posibles y el marqués terminó por rendirse incluso antes de confesar su amor. Desde entonces los duques de Wellington guardaban distancia con las jóvenes Wright y Elisabeth temía que los demás pensaran que ella podía llegar a ser tan odiosa como lo podía ser a veces su hermana Aileen. Y no es que Elisabeth no adorara a su hermana, se desvivía por ella y por su hermana mayor, Charlotte. Pero ambas, en su época de solteras, habían decidido ir por el mundo rechazando pretendientes, sin importar sus títulos, su dinero y su aspecto, y aquello a Elisabeth le parecía una completa imprudencia. Por suerte, ya las dos habían terminado por casarse con nobles, como Elisabeth soñaba que haría ella también. Charlotte, su hermana mayor, era ahora la marquesa de Wingrove y Aileen era la vizcondesa de Caithness. Y ahora Elisabeth suspiraba por pronto convertirse en la futura duquesa de Wellington. El regreso a la ciudad de Ashley, justo en medio de la temporada, indicaba que ya los duques habían perdonado a los Wright por el desplante de su amigo el marqués.

Ya en su habitación guardó la carta de su hermana junto a las otras y esperó a que llegara Lily, su doncella.

—Hoy usaré mi vestido rosa de encajes blancos. Debo lucir completamente irresistible para esta cena. Y no me harás esos peinados infantiles, Lily. Hoy me harás esos bucles maravillosos que tenía mi hermana Aileen cuando vino a vernos en la Navidad. Los quiero exactamente iguales.

—Supe que el señor Ashley vendrá a cenar. He visto a su doncella en el mercado, más temprano. Los duques están emocionados con su regreso y han hecho todo un itinerario de visitas para él.

—Una vez que me conozca, ya no querrá visitar a nadie más. La abuela se encargará de ello.

—Pensé que lo conocía ya, señorita.

—Cuando se mudaron aquí no tenía yo edad de ir a los bailes, y mucho menos a las cenas. Lo he visto por ahí, pero en esa época era una niña y no prestaba atención a estas cosas. Él es aún mayor que Aileen, así que debe tener unos veinticinco años. Solo estuvo unos meses antes de irse a París. Me sorprende que no haya regresado casado.

—Y ahora que asiste usted a los bailes, señorita, quizás lo encontrará también en alguno.

—Eso espero. Los duques de Wellington tienen una de las casas más hermosas. Fui a un baile allí hace unas semanas y es, en realidad, esplendorosa. Tienen un hijo más pequeño, Edward, que

es de mi edad. No dejó de asediarme en toda la noche mientras intentaba conversar con Margaret y tuve que bailar un par de veces con él para no ser descortés. Pobrecito, no heredará ningún título, así que no me interesa para nada.

La doncella fingió una sonrisa mientras ajustaba el corsé con más entusiasmo de lo que la señorita estaba dispuesta a resistir sin quejarse. Terminó de vestirla y comenzó a intentar imitar los bucles sin éxito, pero Elisabeth no paraba de lamentarse sobre lo poco que se parecían a los que ella quería. Pronto tocaron la puerta para avisar que las visitas habían llegado y debía bajar. Lily terminó como pudo, adornando con un discreto tocado de brillantes el cabello. Elisabeth se vio en el espejo, ajustó su escote poco generoso, suspiró inconforme y se dirigió escaleras abajo con una sonrisa y el galope de un caballo purasangre en el pecho.

Las escalinatas se le hicieron eternas. Sus ojos marrones brillaron cuando finalmente se alojó en el salón para esperar, con ceremoniosa actitud, las presentaciones. La duquesa llevaba un vestido oscuro que resaltaba el brillo de las joyas que exhibía en su cuello delgado y pálido. El duque, con un bastón que a leguas se podía ver no necesitaba, hacía ademanes exagerados para saludar a sus padres. Detrás de ellos, sus hijos. Ashley fue el primero en saludar y Elisabeth sintió el calor inundar sus mejillas y respiró profundo; si su abuela notaba que se ruborizaba en un primer encuentro, la reprendería sin dudarlo, y, a pesar de que no la había visto en la entrada, sabía que podía aparecer en cualquier momento.

Edward la saludó al final, con una timidez extraña en él, que había estado siempre tan parlanchín en sus encuentros previos durante los bailes. Le sorprendió ver que Ashley era muy rubio y llevaba el pelo largo con una coleta que llegaba a mitad de la espalda, al contrario de su hermano menor, que tenía el cabello corto y oscuro. Los ojos grises del mayor de los Cooper se clavaron en ella enseguida y tomó su mano enguantada para besarla con elegancia y comentar algo sobre lo encantado que estaba de volver a verla. Ella, en verdad, no podía recordar ningún encuentro en que los hubieran presentado formalmente, pero fingió con un breve comentario que también estaba encantada de volverse a encontrar con él.

Pronto pasaron al salón donde compartieron un rato cuando se unieron los Fitzpatrick y antes de que se anunciara que la condesa de Harworth se encontraba indispuesta y pedía que la disculparan por no acompañarlos en la cena. La velada pasó con conversaciones irrelevantes sobre lo interesante de la temporada, de los bailes que ya habían ocurrido y en los cuales Ashley se lamentaba de no haberse encontrado con viejos amigos. Conversaron sobre lo maravillosas que habían resultado las presentaciones de Margaret y de Elisabeth, de la reciente unión matrimonial de Aileen y de los nuevos nietos que comenzaban a llenar el árbol genealógico de los Wright. El conde de Berwick se apresuró a aclarar que, con tantos matrimonios en la familia, no tenía ninguna prisa en que Elisabeth se comprometiera y bromeó sobre su permanencia en la casa unos años más; «no tantos como Charlotte», rio con ganas y compartió una carcajada con la condesa. Elisabeth no encontraba graciosos ninguno de aquellos chistes. Si bien sus hermanas habían tomado tiempo en casarse, ella no pensaba igual y, por el contrario, soñaba con su boda

desde que tenía cinco años.

—Algunas sí que queremos nuestras propias casas, padre.

—Pues sí, hija, pero tampoco hay prisa.

—¿Qué hay de usted, señor Ashley? ¿Qué tal ha sido estudiar en París? Son muy liberales allí, ¿no? —interrumpió la condesa buscando cambiar el tema, sabiendo que el posible matrimonio de Elisabeth era algo en lo que los condes no se ponían de acuerdo.

—Pues, ha sido distinto. Pero a todo se acostumbra uno. Volver ha sido, en realidad, una bocanada de aire fresco. Con tanto tiempo fuera y con visitas tan cortas, me he perdido de todo lo que ha cambiado en los últimos años. No..., no sabía que Aileen, quiero decir, la vizcondesa de Caithness, ahora se ha mudado a Escocia. Recuerdo haber estado con ella en algunos bailes cuando vine hace unos años de visita.

—¡Oh, sí! Nuestra querida Aileen es muy feliz desde hace ya unos meses en Escocia. Estuvo con nosotros esta Navidad.

La noche transcurrió sin interrupciones. Cuando pasaron al salón, Elisabeth hizo gala de su talento como pianista, ganando elogios de los asistentes, en especial de Margaret, que la aplaudía maravillada, como si la escuchara por primera vez, y de Edward, que se volcó en elaborados pasajes para compararla con los compositores que habían creado las piezas. Incluso, dijo un par de poemas que Elisabeth ignoró con una sonrisa mientras su atención se centraba en el mayor de los hermanos. Cuando los hombres se retiraron a la biblioteca, Margaret y Elisabeth se fueron al patio a cuchichear bajo la luz de los candelabros, donde no pudieran escucharlas las mujeres mayores.

—Tu padre ha estado extraño con todo eso del matrimonio. ¿A qué crees que se debe? ¿No han hablado ya de que te cases esta misma temporada?

—No me importa lo que diga mi padre. No pretenderá que ahora que se han ido todos me quede yo para acompañarlos. La verdad es que siempre he asumido que quieren que me case, es lo que siempre hacen, ¿no? Por lo menos, es lo que hace mi madre. Y, bueno, mi abuela siempre ha sido muy insistente.

—¿Con tu boda?

—No. No puedo decir que se ha hablado, en realidad, sobre mi boda. Siempre he asumido que..., que sería igual que con Charlotte y con Aileen. Y mi abuela ha prometido que usaré su diadema.

—Sí, sí..., la diadema. Tenías cinco años, Elisabeth, tal vez ni recuerda eso ya. Tal vez no debas suponer. Quiero decir..., tu boda esto, tu boda lo otro. Siempre estás hablando de eso y bailando aquí y allá este vals y este otro para que se toque en tu primer baile, ¿pero dices que tu padre no habla de eso?

—Supongo que tienes razón. Ya he sido presentada, Aileen ya se ha casado y creo que más pronto de lo que todos esperaban. Mañana hablaré con mamá. ¿Y qué dices de Ashley? ¿Cuántas veces me ha mirado? ¡Amo sus ojos! Y aquella espalda inmensa, parece que pueda cargar toda

una montaña en esos hombros. Ya quiero bailar con él.

—Pues me parece presumido. No ha hecho más que hablar de él y de Francia. No hizo un solo comentario sobre la temporada o algún nuevo baile. Edward sí que ha estado mucho más amable.

—¿Edward? Siempre me ha mirado con cierta curiosidad. Como si yo fuera alguna clase de obra maestra a explorar. ¡Lo odio!

—¡No digas eso! Es gentil y muy dulce. No como su odioso hermano.

Las voces de la casa las hicieron entrar, había llegado el momento de despedirse. La velada había llegado a su final y con ella los cotilleos de la noche. Elisabeth se retiró arriba y se asomó a la habitación de la abuela Teresa. No había querido importunar a sus padres con preguntas delante de los invitados, pero, siendo la visita de los duques tan importante, quiso curiosear por sí misma qué tan indispuesta estaba. El lugar, sin embargo, lucía a oscuras; las velas ya estaban apagadas y la jovencita continuó decepcionada a su aposento. Recuperó el júbilo cuando ya se encontró envuelta entre las sábanas de seda de su cama y volvió a soñar despierta con su boda, pero esta vez distinto a muchas otras veces: su compañero de baile en el vals tenía un rostro. Uno de ojos grises y profundos, de pómulos fuertes y labios carnosos. De cabello claro y voz de perfecto caballero inglés, que le susurraba al oído palabras dulces. Ella se envolvía en sus brazos con su vestido de muselina blanca y la diadema brillante de la abuela prendida en el pelo ajustando su velo que flotaba y flotaba. Y, aunque el rostro desaparecía a veces y no podía distinguir con claridad a su acompañante, por un breve instante, fue simplemente feliz.

Capítulo 2

De recuerdos felices y de dulces promesas
están hechos los sueños

Un baile en honor al regreso del futuro duque de Wellington se llevaría a cabo en la casa Cooper. Toda una semana habían pasado planeando el evento que por fin se celebraba por todo lo alto. En uno de los gabinetes, el mayor de los Cooper discutía con su padre mientras esperaban que se les uniera Edward. Los invitados ya empezaban a llegar, pero entre padre e hijo imperaba un ambiente de disgusto.

—No puedo prometerle nada, padre. Ya se lo he dicho.

—Es tu responsabilidad. Ya hemos tenido suficiente de tus caprichos.

—Padre, sabe que podría perfectamente... No quisiera hacerlo, pero podría. ¿Por qué no nos concentramos en Edward? Un matrimonio conveniente para él en estos momentos le dará mejores oportunidades a usted que cualquier esfuerzo que le ocupe conmigo. Es inútil, usted ya lo sabe.

—Eres idéntico a tu madre, piensas que todo se resuelve por intervención divina. No tienes compasión alguna por el compromiso que implica tener tu apellido. Todo es un juego para ti.

—¿Divina? Oh, no, cualquier cosa menos eso... —dijo emitiendo una carcajada que su padre desaprobó con una mirada seria y silenciosa.

Edward entró al gabinete y guardó silencio. Sus ojos marrones esperaban pacientes alguna instrucción de su padre, luego de haber sido llamado a su presencia; sin embargo, no recibió ninguna. Una palmada en el hombro por parte de su hermano mayor lo guio a la salida y los tres hombres marcharon a recibir a los primeros invitados junto a la duquesa, que ya estaba en la línea de entrada, ataviada con un traje blanco y un tocado de plumas dorado que ocupaba la mitad de su cabeza. Con su elegante bienvenida ensayada, sonrieron a los vecinos que no paraban de llegar. La algarabía pronto se apoderó de la mansión Wellington y los violines llenaban de música cada posible rincón, haciendo difícil conversar.

Cuando Elisabeth entró, sintió todas las miradas sobre ella, o por lo menos eso creía. Era

imposible que no fuera así, no con aquel vestido de bordados verdes y dorados que se ajustaba en su pecho, cayendo con gracia hasta sus pies. Parecía flotar en la tela de muselina mientras se deslizaba por el salón con soltura, asegurándose de que todos notaran su presencia. El tocado de plumas verdes en su cabello oscuro resaltaba con elegancia y más de una mirada se quedó por más tiempo del que hubiera sido adecuado, o, por lo menos, eso pensaba ella. Caminó con una sonrisa saludando con una leve inclinación de cabeza a sus conocidos mientras su madre la sostenía del brazo y su padre se escapaba con los demás hombres a charlar de temas irrelevantes.

—Debes reservar el primer baile para Ashley, como le prometiste en la cena, pero, por favor, hija, no desaires a su hermano Edward y baila con él. Ambos son anfitriones.

—No puedo prometer nada, madre. Si no me duelen demasiado los pies, bailaré con Edward; si, por el contrario, y como sospecho que podría ser, estoy muy cansada cuando me lo pida, entonces no bailaré con él.

—Te has empeñado en hacer sufrir a ese pobre muchacho, que solo quiere ser amable contigo. No es necesario ser desagradable para rechazar a un posible pretendiente, Elisabeth. Esa actitud puede volverse en tu contra un día.

—Madre, no puedes llamar pretendiente a cualquiera que sonría o diga poemas ridículos. Se necesita un poco más que eso para pretender a alguien. Supongo que mi padre no se habrá esforzado mucho contigo...

Elisabeth hizo el último comentario y salió con prisa a encontrarse con Margaret sin esperar una respuesta que posiblemente no quería escuchar. La música era alegre, las copas rebosaban de *champagne* y las parejas ya ocupaban los cuadros con entusiasmo. Las amigas se encontraron con un abrazo, intercambiaron elogios sobre sus respectivos atuendos y no tardaron en unirse al baile. Margaret aceptó la invitación de Edward, que, al ver que su hermano se había adelantado con Elisabeth, no quiso dejar a su compañera allí de pie. Las dos parejas se colocaron en posición y la música volvió a escucharse. Ashley Cooper era un bailarín excepcional. Su cuerpo fornido se movía con gracia y su sonrisa imborrable le hacía parecer que lo disfrutaba más que cada caballero del salón. Sostenía a su compañera con ceremoniosos movimientos que la hacían reír de buena gana.

—Disfruta usted con estas reuniones, señor Cooper.

—Me recuerdan mejores bailes en Francia.

—¿Mejores dice?

—Pues no me avergüenza decirlo, señorita Wright, pero sí, mejores. No hay nada para el espíritu como un *bal masqué.*

—¿No está disfrutando Inglaterra? Por lo que escucho hablar, no solo esta noche, está usted muy atado a Francia.

—En Inglaterra está mi casa, es cierto, pero mi hogar es en París. No podría vivir de forma

permanente en ningún otro lugar ya.

—Me sorprende escuchar eso. Pensé que a su regreso se establecería aquí. Que había regresado en busca de una esposa...

Antes de que Ashley pudiera responder, la música se detuvo y con el aliento entrecortado volvieron a una esquina donde un camarero les ofreció bebida. Elisabeth ya se había arrepentido de su comentario anterior cuando dio el primer sorbo a su copa, pero él le sonreía y la miraba con una curiosidad impertinente, como quien observa un objeto extraño por primera vez. Ella, incómoda por el escrutinio, decidió romper de nuevo el silencio, arrepintiéndose otra vez de las palabras que salían de su boca con más rapidez de lo que ella podía pensarlas. Pero así era Elisabeth, mordaz e impulsiva, incluso cruel a veces si se lo proponía.

—Si tanto le gusta Francia, ¿a qué ha vuelto?

—Oh, ¿está usted ofendida, *madeimoselle*? Perdone, no he querido ser insultante con mi amada Inglaterra, si es eso lo que le molesta. No menosprecio en lo absoluto estas tierras que me vieron nacer. Simplemente, Francia es un lugar para mí, para mi espíritu.

—Pero será usted el duque de Wellington, no de... París, o lo que sea.

Ashley estalló en una sonora carcajada mientras observaba divertido la reacción enfática de su acompañante. Ella tomó aquello como un insulto y sus cejas se arquearon, y entonces, como siempre, sus palabras fueron más ágiles que sus pensamientos.

—¿Le causo gracia? Supongo que está acostumbrado a los bufones de la corte de Versalles, pero entretenerle no ha sido mi plan de esta noche, y, si me disculpa, otras parejas de baile me esperan con impaciencia y debo separarme de usted. Por supuesto, esto no le significará nada, ya que, si tanto aborrece su país, los que vivimos en él no le somos suficiente.

Dicho esto, le entregó la copa que tenía en la mano y se marchó apresurada resoplando. Él la observó alejarse, movió la cabeza a ambos lados y sin perder la sonrisa le entregó las copas a un camarero y siguió conversando con otros hombres en un grupo a algunos pasos del cuadro de baile más cercano. Allí, su hermano Edward y Margaret continuaban bailando, mientras que Elisabeth esperaba con su madre a que terminara la pieza.

—¿Qué te parece Ashley ahora que le tenemos de regreso? ¿Es todo lo que imaginabas? —la abordó enseguida la condesa de Berwick con tono entusiasta.

—Es exactamente todo lo contrario de lo que imaginaba. Ahora que lo menciona, creo que en Londres hay pocos caballeros tan impertinentes e insoportables como lo es Ashley Cooper, sin importar si es el futuro duque de Wellington o no. Si me preguntara qué opino, diría que no merece el título y ni siquiera el apellido.

—¿Te ha ofendido de alguna manera, Elisabeth? —preguntó su madre, arrugando la frente, convencida de que tal ardor en sus argumentos escondía, sin duda, una ofensa imperdonable.

—¿A mí? Se necesita mucho más que una actitud insolente para ofenderme. Pero alguien que aborrezca su tierra tanto como para prescindir de ella en la primera oportunidad no tendrá el mejor reparo en abandonar aquello que le es conocido sin el mínimo remordimiento. ¿Qué

lealtad es posible esperar de un hombre que no es leal a su tierra? Ninguna, supongo yo.

—Ah..., te refieres a esa pasión ardiente que alberga el joven Ashley para Francia. Sí, es un poco extraño, lo admito. Pero todos nos apasionamos por algo, ¿no es así?

—Nada debería apasionarnos tanto como para negarnos a aquello que somos, madre. A eso que estamos destinados a ser, en todo caso.

—La juventud puede hacernos cuestionar quiénes somos en realidad, Elisabeth. Tú bien podrías saberlo... Tu hermana Aileen, por ejemplo...

—Yo no soy Aileen, madre —la interrumpió arqueando las cejas.

Elisabeth adoraba a su hermana, pero estaba cansada de las odiosas comparaciones que su madre hacía con notable constancia. Ser la más pequeña en Marton Hall la había condenado a escuchar, mientras crecía, sus desventajas sobre su hermana mayor, Charlotte, o incluso sobre su prima Elena; pero definitivamente lo más frecuente era cuando la comparaba con Aileen. Una pesadilla para Elisabeth, que admiraba a su hermana y detestaba cada vez que la condesa de Berwick reñía con alguna de las dos y la otra pagaba las consecuencias con una comparación improcedente y, por lo regular, injusta.

La noche siguió su curso igual que el baile y pronto los violines y las arpas dieron paso a ritmos más movidos. Las parejas continuaron bailando y las conversaciones en complicidad no faltaron en los rincones. Elisabeth estuvo de mal humor el resto de la noche y para cuando regresaron a casa ni siquiera le dolían los pies de tan pocas veces que visitó los cuadros de baile; un par de pretendientes que la cortejaban, e incluso que se habían animado a pedir que les permitiera escribirse, se habían dado contra la pared aquella noche, pues la joven Wright parecía decidida a ignorarlos de buena gana a todos. Su buena educación y sus finas maneras pasaron de tener la más notable de las reputaciones a una vana ilusión que la dejaba mal parada como una señorita malhumorada y poco conversadora. El conde de Berwick, en el regreso, ignorante de las acciones de la noche, y asumiendo que su hija menor había bailado sin parar, como en otras ocasiones, hizo una broma acerca de los zapatos nuevos que tendría que comprarle, pero su respuesta fue un silencio incómodo que enseguida dio aviso al conde de que algo no iba del todo bien. No buscaría extender la conversación, sabía que, de iniciarla, sería el pretexto para una discusión con alguien o sobre alguien, no estaba del todo seguro; pero, cuando madre e hija guardaban silencio, no iba a ser él quien lo interrumpiera, así que con un cerrado comentario dio por terminada la broma de los zapatos y las aventuras de la noche.

Capítulo 3

La abuela Teresa, luego de varios días sin salir de su aposento, se encontraba en el jardín tomando el té mientras leía una carta. Elisabeth, que no había tenido oportunidad de hablar a solas con ella en toda la semana, decidió abordarla. Habían pasado varios días desde la llegada de Ashley a la ciudad y necesitaba saber qué opinaba la abuela sobre el recién llegado. Los Cooper habían regresado a cenar un par de veces a Marton Hall y la condesa de Harwoth en cada ocasión estuvo indispuesta.

—¿La molesto, abuela?

—Oh, mi querida Elisabeth. Nunca molestarías a esta pobre anciana. Precisamente, leo una carta en la que te envían un gentil saludo.

—¿Ah, sí? ¿Quién me saluda, abuela?

—Jaime..., pero ya habrá tiempo para contarles sobre eso; de seguro te habrá escrito a ti también.

—¿Jaime? Por estos días poco me interesan los saludos que pueda tener Jaime para mí. Y, si acaso se atreviera a escribirme, me interesaría muy poco lo que tenga para decir —dijo encogiéndose de hombros con exagerado desdén.

—Ah..., sí. No te interesa en lo absoluto, supongo que habrán peleado. ¿Qué tal han ido los bailes en tu primera temporada, querida? Ya has anotado tu lista de pretendientes, me atrevo a pensar.

—Han sido mucho menos memorables de lo que esperaba. Ninguno de los que conocí tiene nada interesante que decir. Todos me parecen simples o demasiado ensayados.

—¡Oh! Eres aún más exigente de lo que esperaba. Pensé que te entusiasmarías tanto que tendríamos que elegir alguno por ti. En fin... Algo me venías a preguntar, ¿no es así?

—Abuela. Es que... la otra noche vinieron los Cooper a cenar. Con Ashley, su hijo mayor, a quien usted ha escapado de ver por lo menos tres veces. Lo que quiero preguntarle... Mi padre ha dicho en una de esas cenas que no hay prisa en que yo me comprometa. Quisiera saber..., es decir..., con Charlotte, con Aileen, siempre estuvieron todos ustedes muy afanados en sellar sus compromisos, incluso cuando ellas se resistieron a sus intentos. Yo ya he tenido mi presentación

y, sin embargo, ahora parece que no hay prisa en que yo me comprometa. Pero yo sí quiero casarme, abuela, tan pronto como sea posible; es lo que más anhelo.

—Has sido clara en ello, querida. Desde que tienes seis años al menos. No nos cabe la menor duda de que anhelas una gran boda.

—Entonces... ¿qué quiere decir mi padre con aquello de que «no hay prisa»? ¿Acaso esperan que no me case?

—¿Por qué piensas que debes tener esta conversación conmigo, querida? Soy una pobre anciana sin mucho que decir.

—¿Acaso piensa que voy a quedarme con esa respuesta que no lo es en absoluto? Puede estar encerrada en sus aposentos todos los días que quiera, la veo perfectamente y pasa que de pronto se ha enfermado solo cuando ha regresado Ashley Cooper. ¿Me está enviando un mensaje con esa actitud? ¿Es su forma de decir que no lo aprueba?

—Siempre has sido brillante, Elisabeth. Eres buena para darte cuenta de las cosas, no de todas, lamentablemente, pero sí de algunas. Has acertado. No quisiera a ese muchacho cerca de ninguna de mis herederas; si era ambicioso antes de irse, ahora lo es más. El único con algún valor en esa casa es el pobre Edward y me apena que no vaya a reconocerlo nadie nunca.

—¿Edward? Pero si es... tan insulso, tan...

—No todos pueden ser un dechado de virtudes envidiables como tú, mi adorada nietecita, algunos deben conformarse con ser solo una persona decente y con capacidad de amar. Pero tienes razón, puede que el ímpetu de tu alma sea demasiado para muchos hombres. Debes ser cuidadosa, Elisabeth. Siempre te han impresionado los objetos brillantes y los títulos largos. Pero la vida es un poco más que eso, sobre todo si has de compartirla para siempre.

—No ha respondido mi pregunta. ¿Por qué mi padre no tiene prisa en mi compromiso?

—Debes preguntarle eso a él. Hay algo que sí puedo decirte. A veces creemos estar listos para algo, pero tal vez no lo estamos en realidad. Para todo lo que hacemos es importante saber el porqué, así que te pregunto: ¿sabes por qué quieres casarte?

La abuela Teresa hizo sonar una campanilla dando por terminada la conversación. Estaba lista para entrar. Elisabeth la miró intrigada, creía tener una respuesta para ella, pero las palabras se quedaron enredadas en algún lugar de su garganta y, mientras esperaban a salir con el orden requerido, la abuela caminaba de regreso a la casa, apoyada en su bastón y acompañada por su doncella.

Margaret llegó a Marton Hall por la tarde, había prometido a Elisabeth que merendarían juntas. Un encantador paisaje las esperaba y se sentaron sobre un mantel bajo un árbol a algunos metros de la casa. Tenían un conjunto de mermeladas y panecillos, frutas y una jarra con jugo. Su amiga era, sin duda, una confidente fiel que podía escuchar el doble de lo que decía y estaba acostumbrada a su amiga parlanchina que tenía muchas más cosas que contar. Aquella tarde, sin

embargo, Elisabeth se mostraba meditativa y sus, por lo general, incontenibles ansias de hablar parecían haber sido sustituidas por un silencio vacío que llenó a su amiga de preguntas.

—Estás muy callada hoy. ¿Te sientes bien?

—Nada particular. Es solo algo que ha dicho mi abuela.

—¿Se trata del barón de Birmingham? ¿Has escuchado más sobre eso? Tu abuela ha descubierto alguna cosa, ¿no es así? Solo te pones misteriosa cuando hablas sobre eso...

—¿Esa tontería infantil? No, Margaret, eso es solo una cruzada inútil que nunca tendrá respuesta. Estoy resignada. En realidad, estaba pensando en Edward.

—¿Edward? Pero ¿por qué estarías pensando en Edward? Solo dices tonterías sobre él y de pronto ¿se te ha metido en la cabeza? —Margaret soltó el bocado y miró con dureza a su amiga, quiso seguir hablando, pero Elisabeth la interrumpió.

—Pues por eso. Porque he estado pensando que he dicho muchas tonterías sobre él y tal vez no lo merece.

—Eres incomprensible, Elisabeth. Puedes tener al hombre que quieras y ahora se te antoja pensar en Edward Cooper. A quien has criticado desde siempre y más aún desde el inicio de la temporada.

—No veo por qué debes molestarte conmigo. Tengo todo el derecho de cambiar mi opinión sobre alguien. Además, solo he dicho que me parece que he sido injusta. No he dicho que se me antoja pensar en él de la forma en que estás insinuando.

A partir de aquel momento, faltaron palabras y sobraron horas para las amigas, que terminaron el pícnic antes de lo esperado. Margaret se marchó con alguna excusa y dejó en el jardín a Elisabeth, que se acostó en la hierba mientras el sábado atardecía en su rostro enrojecido por el calor. Las palabras de su abuela aquella mañana se habían quedado rondando en su cabeza. Por lo menos estaban de acuerdo en algo: Ashley Cooper era un partido para despreciar. No tenía muy claro el motivo, sabía que lo encontraba odioso y de algún modo insoportable, su abuela había dicho que era ambicioso. Pero, si lo era, ¿por qué no le interesaba cortejarla a ella, que era la prenda más codiciada de la temporada? La última vez que se vieron, si bien ella no bailó más con él, no estuvo fuera de los cuadros en ningún momento. Pudo verlo balancearse con su sonrisa irresistible, sus hombros fuertes y su cabellera sin un solo bucle fuera de lugar, con cuanta señorita importante hubiera en el salón. Lo vio bailar con una joven duquesa viuda, con una condesa también viuda, pero no tan joven, con las tres hijas del duque de Gordon..., y no es que ella estuviera persiguiéndole con la mirada aquella noche. Pero, con tan pocas ganas de bailar, no había mucho más que hacer en una fiesta que mirar a los demás.

Mientras las nubes paseaban presurosas por el cielo que pronto iba tiñéndose de un oscuro anaranjado, Elisabeth también pensó en Edward. En cómo él siempre había sido amable con ella, cómo no se atrevía a acercarse a hablarle en público, a menos que Margaret estuviera a su lado, y ella, sin embargo, le había tratado con indiferencia. Ahora que podía pensar con la voz de la conciencia de su abuela golpeteándole al oído, había decidido que en un próximo encuentro

trataría mejor a Edward Cooper. Elisabeth pensó en todo lo que su abuela dijo aquella mañana, o por lo menos en casi todo; había algo en lo que se resistía con todas sus fuerzas a recordar. Prefería seguir pensando que no le interesaba nada de lo que Jaime tuviera que decir, a pesar de que dentro de su corazón sabía que no estaba siendo sincera consigo misma. Le había sido impuesta una tarea aquel día. Hablar con su padre. Tenía que averiguar por qué pensaba que no estaba lista para casarse cuando ella estaba segura de que elegiría marido en su primera temporada, tal como hubieran querido sus padres que sus hermanas hubieran hecho en su momento. Tendría que buscar una oportunidad para hacerlo.

Llegó el domingo por la tarde. Aprovechando que no se celebraba ningún baile, la familia se reunió con la abuela. El conde de Berwick anunció una pronta visita de Elena y su familia, iluminando los rostros de todos en el salón. Elisabeth tenía un libro en su regazo y lo cerró para aplaudir entusiasta, le hacía gran ilusión ver a su prima y a Mathew, le encantaba pasar con ellos el verano en su casa de España. La abuela miró la algarabía desatada con rostro serio. Eleanor reparó en ello y no tardó en darse cuenta de que al parecer no tenían toda la información.

La abuela, solo cuando vio que ya tenía la atención de todos, rompió su silencio con la exagerada ceremonia que usaba para casos graves y explicó el motivo de la visita de los duques de Grafton, que en los últimos años venían a Londres solo por unos meses. Esta vez, tenían un encargo especial. La matriarca, sin sonreír en ningún momento, señaló que la familia vendría a buscar unos documentos que ella debía firmar y que luego su hijo Harold viajaría para dejarlos en Sevilla. Había llegado el momento de ceder la propiedad en España a Genoveva, su sobrina. Su hermano Gaspar había partido de este mundo hacía ya un tiempo y por lo visto era necesario vender una parte de las tierras. Aquella decisión, postergada por muchos años, obedecía a la negativa del orgulloso Gaspar en aceptar de su hermana su parte de las propiedades, para que pudiera heredarla sin problemas a sus descendientes.

Genoveva García de Arteaga y Roberto Arce solo tenían una hija en común, y la querida Elena ya estaba muy bien casada, era la duquesa de Grafton. Sin embargo, Miguel Arce Guzmán, el hijo de Roberto con su primera esposa, en los últimos años también vivía en la casa familiar con su mujer Ana y el hijo de ambos, Jaime, compañero de juegos de Elena y con el tiempo también de Aileen y Elisabeth. La familia Arce, en conclusión, no poseía ninguna fortuna y, aunque Jaime se había marchado a la casa de Madrid para estudiar Medicina en la Universidad, a su regreso, estaba comprometido con la hija de un vizconde español. Pronto el nuevo doctor de la familia se casaría y eso había despertado algarabía en unos y decepción en otros. La buena noticia es que la unión de Jaime traería una fortuna inesperada a la casa y de alguna manera mejoraría la situación.

—Pero con el matrimonio de Jaime eso ya no será necesario. ¿Por qué van a vender?, ¿qué sentido tiene? Su compromiso resolvería todo..., la dote de la hija del vizconde... —reclamó

Eleanor, confundida por los acontecimientos que su marido parecía conocer de antemano.

—El matrimonio de Jaime con la hija del vizconde ha sido..., no quiero llamarlo fracaso, para mí es una victoria. Por lo menos lo ha sido para Jaime, para la jovencita ha sido la ruina definitiva. Se ha ido en un barco a América, escapando con un pintor. Es lo que dicen, al menos. Jaime no ha querido revelar el contenido de su carta de despedida. Ha sido un escándalo terrible en Sevilla —detalló la abuela con una sonrisa que parecía de satisfacción.

—¿Jaime ya no está comprometido? —preguntó Elisabeth con el rostro descompuesto al escuchar las noticias de su primo postizo.

—No lo está más. Y, Elisabeth, deberás acompañar a tu padre. No es bueno que viaje solo; si bien irán con Elena y Mathew, de regreso necesitará compañía.

—¿Quieres que me vaya a España con mi padre en plena temporada? ¿Por qué? Puede ir mi madre con él.

—Si así fuera, de igual modo no podrías ir a los bailes sola. Yo ya no puedo acompañarte. Y bien sabes que a tu madre el calor de Sevilla no le hace nada bien. Quién sabe, tal vez a ti si te haga bien este viaje, después de todo.

Eleanor tomó el libro que Elisabeth tenía en su regazo y lo usó para abanicarse. Solo pensar en Sevilla le aterraba, no la había pasado nada bien en las visitas que habían hecho y no tenía ninguna intención de tomar un barco con tal destino. Le apenaba toda aquella situación con Jaime; en la boda de su hija Aileen lo había felicitado con entusiasmo y ahora, por lo visto, tendría que ofrecerle sus condolencias y ella prefería saber de tragedias por los libros y no por personas reales. El conde, por su parte, permanecía silencioso y observaba a su hija menor, que después de la respuesta de la abuela se había quedado misteriosamente callada, algo que no hacía con frecuencia.

—¿Estarás conforme acompañándome, Elisabeth? Puedo irme solo si te incomoda demasiado. Puedo hacer a Thomas venir de Hollybrook...

—Solo lo dices porque sabes bien que su esposa está a punto de dar a luz y no puede dejarla. Soy tu hija soltera... Al parecer es la intención de todos ustedes que así me quede obligándome a viajar justo ahora.

—Estaremos apenas un mes y medio fuera, Elisabeth. Volverás a tiempo para los mejores bailes.

—¿Y cuáles pretendientes quedarán disponibles para entonces? Ya se habrán enamorado de otras todos los duques y los condes..., pero están decididos a que me vaya, ¿no es así? Entonces, me iré; se han propuesto que me quede solterona, es eso, ¿verdad?

La gran matriarca no pudo evitar una sonora carcajada, mientras que el conde de Berwick comenzaba a dar signos de haber perdido la paciencia. La jovencita se puso en pie, sus ojos marrones brillaron con tal fiereza que se pareció más que cualquier otro día a su abuela Teresa y, con un dramático resoplido y los puños apretados, abandonó al grupo. Una nube muda se posó sobre el salón mientras Elisabeth se alejó a su aposento. El corazón le latía deprisa, había

escuchado la voz de su padre, o tal vez la de su madre, llamarla con insistencia, pero ella siguió caminando, arriesgándose a perder su bien ganada reputación como la hija más obediente y bien portada.

Capítulo 4

En la soledad de su habitación, Elisabeth no sabía cómo tomar todo lo que había escuchado. Por un lado, tener que irse de Londres en la mejor época del año y perder la oportunidad de cumplir su sueño de casarse en su primera temporada. Por otro lado, su gran amigo de infancia, con quien se había enfadado irremediablemente un año antes, se encontraba viviendo un terrible desengaño con la traición de su prometida. De momento, pensó que tal vez eso le contaba en las dos cartas que ella no abrió y que seguían escondidas en un cofre de su cómoda. Se cruzó de brazos en una pared debatiéndose ante la idea de abrir las cartas que habían llegado con dos semanas de diferencia, la última hacía solo un par de días. Contra su buen juicio, fue a la cómoda y las buscó.

Allí tenía un montón de ellas, ya abiertas. La mayoría eran de su hermana Aileen o de su hermana Charlotte. Al fondo estaban las de Jaime. Solían escribirse con regularidad, casi siempre para avisarse mutuamente que irían de visita o cuando las visitas terminaban, para repetirse cuánto se extrañaban tras la euforia de sus divertidas travesías veraniegas o invernales, dependiendo de la ocasión. Dentro del grupo había dos sobres sin abrir y uno abierto, que ella tomó primero. Sacó la carta que había sido rota a la mitad y volvió a leerla. Fue la última que recibió y abrió con emoción casi un año atrás.

Mi querida Eli:

He pensado mucho en ti en estos meses. Después de que entré a la universidad no hemos podido escapar a los árboles como siempre y me he perdido las visitas de los Wright a la casa de los Wingrove en Sevilla. Casi no nos hemos visto desde que conocimos al marido de Charlotte y en esa ocasión no quisiste pasar tiempo conmigo y con Aileen, creo que te volviste mayor que nosotros aun siendo la más pequeña. Por eso me entusiasmó saber que por lo menos nos veremos en la boda de Aileen. He hecho los arreglos para estar con ustedes en Escocia sin falta. Supongo que estarás en muy poco tiempo comprometida, ya este año podrá hacerse realidad tu gran sueño de usar aquella diadema majestuosa que usó Elena en su boda. Imagino que te hará tan feliz como a ella casarte con algún duque o marqués, como siempre has querido.

Aunque a mí nunca me entusiasmó mucho la idea, te adelanto que tendrás que asistir a una boda muy pronto, no tan pronto como a la de Aileen. ¡Quizás dentro de un año en estas fechas estés asistiendo en Sevilla a mi propia boda! ¿Puedes creerlo? ¡Yo casado antes que tú! Su nombre es Beatriz. Hija del

vizconde de Vigo y tan hermosa que es admirada por la mitad de los caballeros de mi facultad. Sus ojos me recuerdan a los tuyos, sobre todo cuando se enoja, algo que pasa con muchísima frecuencia, debo decir. Ha sido idea de su padre; uno de mis maestros, que es tío de Beatriz, me ha recomendado como el mejor doctor a recibir su título este año y, por lo que parece, necesitan que la chica se case cuanto antes. Me sorprende que estén dispuestos a unirla con alguien que no sea de la nobleza española, pero, sabiendo lo que pasa, sé que casarme y administrar esa fortuna me ayudará a mantener la casa familiar. Es lo menos que puedo hacer por los García de Arteaga, que han recibido a mi papá como a uno más.

Quería que supieras por mí esta noticia; para cuando nos veamos en la boda, ya lo sabrán todos. Ojalá mi madre pueda resistir la tentación de contarlo antes de tiempo. Eres una amiga especial para mí, casi tanto como lo es mi tía Elena. Tú y Aileen, por supuesto. Espero que te alegres por mí; más que nadie tú entenderás que no me case por amor, después de todo, eso solo es para algunos afortunados.

Con estima infinita, a mi pequeña compañera de los árboles, aunque no quiera ya subir a ellos.

Tu «primo» Jaime

Una lágrima ya rozaba la mejilla de Elisabeth. Aquella carta le dolió más de lo que podía ahora recordar, tanto que la rompió a la mitad. Se dijo a sí misma que su rabia era porque odiaba ver que se casaran tanto Aileen como Jaime primero que ella, pero ahora, releyendo las truncadas palabras se daba cuenta de que quizás ese día se había roto algo más que el papel. Acarició los sobres cerrados. Se arrepintió con todas sus fuerzas de no haberlos abierto antes y rompió el sello de aquel que había llegado primero. Leyó el contenido de la primera carta, en ella se confirmaba la noticia del rompimiento del compromiso, pero además se evidenciaba cierto entusiasmo porque su hermana Elena había pasado con ellos unos días y ahora planeaban ir a Londres. Jaime no los acompañaría esta vez, debía quedarse resolviendo algunos asuntos inesperados, además, su mejor amigo estaba a punto de contraer matrimonio y él no podía ausentarse porque estaba ayudando con los preparativos. En definitiva, su esperanza de poder disculparse en persona por su actitud tendría que esperar a que se vieran en España, porque Elisabeth estaba arrepentida de haberle tratado mal. Por sus líneas, era muy evidente que Jaime sentía que Elisabeth había sido injusta, pues le había tratado con indiferencia en la boda de Aileen, le recriminaba sobre ello e incluso insinuaba que pudiera alegrarse de que destruyeran su dignidad al escapar del compromiso de aquella forma. Ahora de pronto, al leer la carta, ella sentía que se quitaba un gran peso de su espalda, pero al mismo tiempo le dolía en el alma que Jaime pudiera por un solo instante pensar en que ella se alegraría de su dolor.

Dudó si abrir la última carta, pero rompió el sello con desesperación y leyó el contenido.

Mi querida Eli:

Quizás deba dejar de llamarte de ese modo, después de todo, lo detestas. Es solo que me encanta ver cómo se enciende tu mirada de fuego cada vez que lo pronuncio. Sabes que lo hago para molestarte, ¿verdad? Te dedico estas líneas, a pesar de que sé que quizás mantengas el silencio de este último año, pero no puedo dejar de intentarlo. Mi amigo Gonzalo insiste en que debes venir a su boda, bueno, tú y Elena... Dice que le haría bien algo de nobleza en su celebración. Ya sabe que Aileen no puede venir. Es solo que tenemos buenos recuerdos juntos y quería ver a todo el grupo reunido como antes en el campo en el momento más feliz de su vida. Qué conste que son sus palabras y no las mías. Aunque Pilar es una

jovencita muy maja, sigo pensando que sus ideas sobre el matrimonio son un poco distorsionadas. Pero, bueno, quizás solo es la voz de un amargado que ha sido dejado de lado y que no puede tener más aspiraciones que la de ser el mejor doctor que pueda ser y desposarme con mi carrera.

He cumplido el deseo de mi amigo; si crees que la familia puede venir, ya he escrito a la abuela Teresa sobre el asunto. Ojalá la molestia que te cause escribirme no sea la causa de que castigues al pobre Gonzalo.

Jaime

El papel estaba humedecido. Sin saber por qué Elisabeth ahora estaba llorando a lágrima viva. Recordaba a Gonzalo con mucho cariño, solía jugar con él y Jaime cuando eran más jóvenes. El pobre chico solía fingir que era su prometido y acompañaba a Elisabeth caminando con pasos lentos cada vez que ella quería recrear su «boda». Se sonrió entre lágrimas cuando llegaron a su memoria las imágenes en el campo mientras ella caminaba enganchada del brazo de Gonzalo, sosteniendo una imaginaria diadema en su cabeza, mientras Aileen y Jaime los miraban burlones tirados en la hierba o subidos a las ramas de algún árbol. Podía contar con los dedos de una sola mano las veces que habían ido a Sevilla, pero guardaba esos recuerdos como tesoros, tal como guardaba las cartas que ahora se desparramaban sobre su cama.

El toque de la puerta la sacó de su letargo. Se limpió la cara y recogió todo para esconderlo en la cómoda. Se recompuso antes de decir un débil «pase».

—¿Ya te has calmado? —preguntó la abuela con voz poco amable y sin moverse de la entrada.

—Lamento haberme comportado de ese modo.

—Si tanto te preocupa quedarte a los bailes, podemos arreglar que te quedes. Irías acompañada de los Fitzpatrick. Supongo que estás preocupada porque el hijo del duque elija a otra.

—¿Te refieres a Ashley? Si es así, no es en absoluto lo que me preocupa. Dudo que le interese ninguna mujer inglesa —respondió encogiéndose de hombros.

—Sé que este viaje puede parecer un castigo, Elisabeth, pero no lo es. Además, creo que a Jaime le vendría bien una amiga en estos momentos. Sé que has estado enfadada con él, pero lo que le ha pasado ha sido una injusticia. Me ha escrito. Hay una boda a la que quiere que vayas... Por eso te he pedido acompañar a tu padre. Supuse que ya lo sabrías por sus cartas, pero parece que no las has leído... He venido para asegurarme de que lo hagas y luego decidirás si quieres quedarte aquí o partir a España.

—¿Lo sabes, entonces? Que su amigo Gonzalo va a casarse. He leído las cartas ya. Iré. No podría herir los sentimientos de Gonzalo al rechazar su invitación.

—¿Los de Gonzalo? Muy bien, si eso crees. En todo caso, un caballero que te merezca esperará cualquier viaje, corto o largo, que debas hacer. Si es tan débil para enamorarse de una más, entonces no deberías casarte con él.

—¿Enamorarse, abuela? Dices unas cosas tan graciosas.

—Mi querida Elisabeth, a veces siento que eres tú y no yo quien está a punto de cumplir ochenta años.

La abuela Teresa dio un golpe en el suelo con su bastón y dejó sola a su nieta que la miraba con desconcierto. Elisabeth siempre había sabido que su abuela no era una mujer romántica, pero también sabía que había estado profundamente enamorada de su abuelo y que se había casado con él por amor. No habría dejado España si así no hubiera sido. Y es que, aunque la nieta no conocía todo el pasado familiar, en especial porque los mayores no eran de contar estas cosas, Teresa García Arteaga se casó enamorada y lo estuvo hasta la muerte de su marido. Si bien los últimos años los había pasado preocupada en casar bien a todos sus nietos y claramente el amor no había sido la principal motivación de los pretendientes que escogía para ellos, la matriarca tenía un corazón, después de todo. Eso sí, los Wright, uno por uno, se habían obstinado en demostrarle a la abuela que el amor era lo más importante para ellos; todos, excepto la más pequeña, que parecía empeñada en lo contrario. Elisabeth todavía podía recordar con claridad el día de la boda de su prima Elena. Aquella diadema brillante en su cabeza la había dejado extasiada y no hizo más que decirle a todo el mundo, el resto del día, que su abuela le había prometido que ella también la usaría en su boda cuando fuera mayor. Tenía solo cinco años y no podía recordar mucho de ese día de algarabía familiar, pero recordaba a su prima feliz, luciendo perfecta y como una reina con la joya de la familia adornando su cabello.

El día parecía llegar para todo el mundo; sus hermanas Charlotte y Aileen ya estaban casadas, sus hermanos también, incluso el incorregible Linus ya tenía esposa. Los amigos de su niñez estaban despidiéndose a nuevas vidas de matrimonio, era el turno de Gonzalo. Había lidiado por meses con la angustia de la boda de Jaime, pero eso parecía ser una preocupación menos después de las noticias. La jovencita no sabía si estaba triste por él o feliz por ella; en aquel momento, no tenía idea de lo que estaba sintiendo.

Capítulo 5

Cuando Elena y Mathew llegaron, la algarabía se apoderó de la casa con el entusiasmo de sus hijos, Isabella y Robert. Margaret, que seguía secretamente enojada con Elisabeth, venció su enfado de regresar a casa de los Wright para ver a Elena, y Elisabeth la colgó de su brazo y la llevó al jardín, casi arrastrada, para amonestarla por sus días de ausencia. No dudó en contarle lo triste que se había sentido por no tenerla cerca para decirle que había abierto por fin la carta que ambas sabían que ella había recibido. Margaret la escuchó con más impaciencia que curiosidad y cuando ella acabó su discurso se apresuró a responder uno por uno sus reclamos.

—Elisabeth, me alegra que hayas abierto esas cartas y que las hayas leído. Por lo menos puedo descansar pensando que hay algo de compasión en ese corazón tuyo, por Jaime. Has sido muy dura con él al alejarte solo porque se ha comprometido con alguien a quien no apruebas; ahora que su compromiso se ha roto, solo aspiro a que seas tan prudente como espero de ti y no te lances a decirle un «te lo dije» con una sonrisa escondida. Ya no eres una niña, burlarte de Jaime en estas circunstancias no hará gracia ni a él ni a nadie.

—Nunca me he burlado de Jaime. Si bien su decisión era ridícula, no me burlaría de su destino ahora. ¿Qué tan poco piensas de mí como para esperar tal cosa?

—Siempre quieres reírte de Jaime... Es tu venganza porque piensas que presta más atención a Aileen y te gusta ser el centro de atención, pero esto es distinto. Le han roto el corazón...

—No espero que lo entiendas. Jaime sabe que no podría jamás desearle mal..., es como mi hermano. Es como un Wright más para mí. Me burlaba de Linus todo el tiempo cuando vivía en casa. ¡Y no prestaba más atención a Aileen! —dijo Elisabeth echándose al suelo y colocando la cabeza en la hierba para mirar las nubes que amenazaban lluvia.

—Jaime no es un Wright. No es tu hermano, ni siquiera es en verdad tu familia, pero sigue siendo un joven bondadoso que siempre te trata muy bien y tú siempre le tratas muy mal. Desde que lo conozco no haces más que meterlo en dificultades y reírte después. Pero ya no eres una niña y él tampoco. Si vas a ir allá, tendrás graves problemas si piensas tratarle como antes, ahora es un hombre con el corazón roto.

—Jaime es mi familia. Sé que no es un Wright en verdad... Me refiero a que lo quiero como si

lo fuera. Por eso me molesté cuando decidió casarse de la nada, sin que siquiera supiéramos con quién. Pero eso no importa ahora. Deberías venir con nosotros a España.

—Eso no pasará esta vez. Tengo algo que decirte, pero no te lo diré hoy.

La protesta de Elisabeth por el suspenso de su amiga no se hizo esperar, pero no valieron las súplicas; Margaret estaba convencida de que revelaría su gran misterio una vez que Elisabeth estuviera de camino a España. Le entregaría una carta en la que le contaría todo, pero la menor de los Fitzpatrick, que no solía ser nada misteriosa, esta vez estaba decidida a mantener oculto su secreto a como diera lugar. Sin embargo, convenció a su amiga de que un secreto aún más interesante estaba a punto de ser revelado en Inglaterra. Por lo visto, sir James Yardley, barón de Birminghan, había descubierto al fin a su heredero y en menos de cuatro meses su identidad sería develada. Se decía que, hacía ya muchos años, el dueño del campo de lavanda más florido de la región de Bath había perdido el rastro de sus herederos porque su única hija había escapado con un hombre de inferior posición, un trabajador de sus campos a quién él había prohibido acercarse. Ahora el barón se aproximaba a sus últimos años y en su afán por redimir sus errores había pagado los más caros investigadores para dar con su familia. Decían que la labor había sido inútil, pues algunos falsos aprovechados caballeros se habían construido historias para llenar el vacío del viejo, que, sin embargo, no estaba dispuesto a dejarse engañar. Ahora parecía que su esfuerzo había rendido fruto y se anunciaba en todo Londres que existía un heredero y llegaría pronto a ocupar su lugar. Se decía incluso que podía estar ya en Inglaterra, oculto entre la multitud. Las amigas repasaron a cada caballero de paso en la ciudad, cada rostro desconocido y cada viajero retornado, buscando en ellos el misterio encerrado que ellas mismas no habían podido descifrar.

Elisabeth había escuchado muchas veces de ese heredero perdido, que era dueño de una finca de lavanda preciosa. Se construyó diez historias distintas, incluso en una de esas historias, la heredera era una mujer, quizá ella misma, quizás los Wright la habían criado como suya para mantenerla oculta. Había escuchado el nombre unos meses atrás en una conversación de su abuela y su padre cuando buscaba un libro en la biblioteca y ellos entraron sin notar su presencia. Tan pronto la vieron, callaron y desde entonces la curiosidad de la jovencita no hizo más que crecer. Lo contó a Margaret y sus próximos encuentros estuvieron repletos de las historias que construían alrededor de aquel misterio. La finca quedaba cerca de Wrighton House y tan lejos llegaron sus detectivescas aventuras que sus paseos terminaron por entrar al campo de lavanda, del que huyeron despavoridas cuando se dieron cuenta de las abejas. Ahora que se rumoraba que alguien había encontrado al heredero, especulaciones de las dos jovencitas llegaron a la casa de los duques de Wellington.

—¿Y si se trata de Ashley? ¿Y si esa es la razón por la que ha vuelto de Francia?

—Conozco a los Cooper desde mucho antes de que te mudaras acá, Margaret... No tienen ningún parentesco con los Yardley.

—Ah, es imposible que Ashley sea un Yardley. Recuerdo perfectamente que decías que bien

podrías ser tú la heredera perdida —se burló Margaret imitando los ademanes de su amiga cuando fingía ser un caballero con bastón que revelaba de pronto su identidad tras un espeso bigote falso y un sombrero de copa.

Las dos rieron de buena gana y pronto el otro misterio que escondía Margaret quedó en el olvido.

Las despedidas nunca fueron un evento demasiado dramático en casa de los Wright, pero la abuela estaba extrañamente sensible en esta despedida en particular. Margaret se unió a la familia para entregarle una carta a Elisabeth, sus ojos se iluminaron al verla y la abrazó con fuerza, con la sinceridad que solo la amistad es incapaz de ocultar. Ambas rieron mientras se preparaba la partida.

—¡Ojalá pudieras venir conmigo esta vez!

—Cuando regreses tendremos mucho que contarnos. No puedo enfadarme contigo por tanto tiempo. Hay tanto de qué hablar...

—Este inmenso misterio que escondes, ¿al menos me dirás si se trata de una noticia feliz? Lo he pensado mucho en estos días y creo que he descubierto de qué se trata —dijo con un rayo de certeza en la mirada—. Eres tú. ¡Eres la futura baronesa de Birminghan, la heredera!

Margaret estalló en una sonora carcajada, pues vio que su amiga realmente había dado cabida en su cabeza a aquella posibilidad. Le dio un abrazo y se separó de ella besando su mejilla con ternura.

—¡Dale un abrazo por mí a los novios! Y, por favor, sé buena con Jaime esta vez. Haz todo lo posible.

En muy poco tiempo el carruaje dejó la casa de los Wright y a la familia en la puerta de la casa ondeando los brazos con nostalgia. La carta de su amiga descansaba en sus manos y estaba decidido que la leería en altamar, pues nada como el mar para descubrir los misterios. La rabia con la cual Elisabeth había recibido la noticia del improvisado viaje, pasados estos días, ya no era más que un recuerdo, y ahora que se encaminaban al barco, incluso, la ilusión parecía ser una palabra más adecuada para definir la emoción del momento; su prima Elena, su marido y sus hijos viajaban de regreso a España también, así que el ambiente festivo se mantuvo en el camino. El conde de Berwick y su hija llegaron pasadas algunas semanas, habiendo descubierto en sus conversaciones un mundo que en la casa habría sido imposible de explorar. Para cuando abandonaron el barco, sus opiniones sobre cada uno habían mejorado y lejos de pelear se la pasaban bien juntos. Ninguno de los dos esperaba eso. En cuanto a la carta de su amiga, el misterio revelado, para su decepción, no tenía nada que ver con el barón de Birminghan. Sin embargo, la noticia que describía le produjo una alegría inesperada, que le duró por todas las semanas en altamar y aún en tierra firme.

En casa de los García de Arteaga, un ejército de almas entusiastas los esperaba en la casa. Si bien Elena y Mathew estaban felices de recibirlos en su casa de campo, Genoveva y Roberto insistieron en que el conde y su hija se quedaran con ellos, así que los duques de Grafton se marcharon con sus hijos una vez que dejaron instalados al conde y a Elisabeth. Todo estaba ya arreglado. El medio hermano de Elena, Miguel, y Ana, su esposa, les dieron la bienvenida, disculpando a su hijo Jaime, que se les uniría en la cena. Así que el encuentro familiar al completo no se produjo hasta varias horas después.

Genoveva, al ver a su sobrina, la abrazó y junto a Ana la colmaron de elogios. La encontraron mucho más madura y alta desde la boda de Aileen. La ayudaron a acomodarse junto a su doncella, que no hablaba nada de español y estaba con los ojos desorbitados ante la algarabía de aquel lenguaje desconocido que solo escuchaba en la casa cuando llegaba la familia de España. Cuando Elisabeth estuvo sola en su aposento, mientras escogía la ropa para cenar, se asomó a la ventana y observó el inmenso prado que se extendía en el horizonte. El atardecer ya se desplomaba con prisa y las sombras de los árboles teñían de verde olivo la alfombra de hierba clara. Cuántas veces había corrido allí ella en las vacaciones, cuántos recuerdos había construido en ese campo; de pronto pensó que esta era la primera vez que visitaba la casa de sus tíos abuelos sin Aileen a su lado. Esa misma habitación que ocupaban juntas, la cama por la que solían pelearse era solo para ella ahora. Una lágrima resbaló por su mejilla pensando en su hermana y los recuerdos que habían creado. La vida estaba cambiando para Elisabeth y estaba a punto de cambiar aún más.

Capítulo 6

Elisabeth no recogió los bucles de su cabello castaño que ya le llegaban a la cintura y le pidió a Cathy, su doncella, que le colocará solo una cinta violeta con un lazo, tal como la que llevaba entrelazada en el frente de su vestido de flores lila. Se acomodó el pecho redondeado y salió en dirección al salón. El descanso le había hecho bien y para cuando se encontró con el resto de la familia todos la felicitaron por lucir descansada y no como cualquier mortal que acaba de bajar de un barco.

—Tu madre no se hubiera levantado hasta mañana, querida.

—A mi pobre madre no le gustan los barcos más que para leer sobre las grandes aventuras que en ellos pueden llegar a vivirse, siempre que ella no las protagonice, por supuesto.

—Eso me recuerda que Eleanor les ha enviado cartas con sus saludos. Tan pronto deshaga el equipaje las repartiremos; mientras tanto, deberíamos comer algo —dijo el conde dirigiéndose al comedor y siguiendo a los anfitriones.

—Conde, supongo que su madre ya le ha adelantado alguna cosa, pero hablaremos después de la cena en mi gabinete —comentó Roberto con el rostro serio y mirando a su hijo Miguel.

—Mi madre ha sido tan escueta en sus explicaciones como implacable en sus órdenes. Me temo que tendrán que darme ustedes los detalles —respondió el conde encogiéndose de hombros.

Elisabeth escuchó absorta la conversación, que para su tristeza se detuvo allí mismo. Sin embargo, quedó confundida, pues estaba bastante segura de que el motivo de este viaje estaba claro, pero, por lo que había dicho su padre, algún misterio estaba a punto de ser revelado y ella no estaría presente. ¿Si esto no se trataba de las propiedades del abuelo Gaspar, de qué se trataba realmente? ¿Acaso había alguna sorpresa con el escándalo del matrimonio fallido de Jaime? Ahora se preguntaba tantas cosas que, de pronto, las ganas de probar una buena comida caliente se hacían irrelevantes.

Elisabeth pensó que esta también era la primera vez que visitaba la casa después de la muerte del tío abuelo Gaspar. Había pasado allí alegres veranos con su hermana y su prima que de vez en cuando visitaba su antigua casa y se trepaba a los árboles como cuando eran chicos. Roberto, el abuelo de Jaime y Elena, era botánico y solía llevarlos a todos a explorar los campos en busca

de nuevas plantas y flores. A Jaime le encantaba escuchar las historias de cómo sus abuelos se habían enamorado, pues las flores habían sido protagonistas. Elisabeth, en cambio, no recordaba gran cosa, la aburrían inmensamente las historias de amor y le parecía una tontería hablar de la abuela de Jaime si había muerto solo un par de años después de tener a su hijo Miguel, el padre de Jaime. Roberto se había vuelto a casar y Genoveva había criado a Miguel como suyo, así que a ella es a quien Jaime llamaba abuela.

El grupo pasó por fin al comedor. Roberto y Genoveva encabezaban la mesa; como nuevos anfitriones de la casa García de Arteaga, hicieron los honores de dar la bienvenida más apropiadamente a los invitados. Miguel y Ana dijeron también unas palabras breves sobre lo afortunado de las circunstancias al encontrarse todos reunidos. Miguel no paraba de mirar al salón, su hijo Jaime no había aparecido todavía. Cuando el conde de Berwick devolvió las formalidades todos se sentaron. Elisabeth no se atrevía a preguntar, aunque se moría por hacerlo, pero el camarero no había iniciado con el segundo plato cuando los enérgicos pasos de Jaime se escucharon como galopes atravesando un prado. Le faltaba el aliento y se alisó la casaca después de entregar el abrigo al mayordomo.

—¡Deberán disculparme! Mi caballo ha decidido justo hoy quedarse cojo; por fortuna, mis padres y abuelos ya les han dado la bienvenida como merecen. ¡Conde! ¡Señorita Wright! —expresó inclinando la cabeza y después fijando la mirada en Elisabeth.

—¡Por fin has decidido nombrarme señorita Wright! ¡Ya iba siendo hora! —replicó Elisabeth sin reprimir una sonrisa.

Su corazón palpitaba con fuerza. Le encantaba reñir con Jaime y le daba alegría poder hacerlo de nuevo. No se veía demasiado triste, no como alguien que acababa de romper un compromiso, pensó ella. En sus ojos, Jaime se veía incluso feliz. Pero descifrar los secretos de un corazón acostumbrado a esconderlos es tarea de valientes. El último encuentro de la familia en la boda de Aileen había resultado en una batalla campal de miradas, un par de intentos fallidos de conversación y el recordatorio constante de que Jaime se convertiría en el marido de alguien y, tal como había perdido a Aileen, su otrora compañero de infancia también le abandonaría. Y es que Elisabeth Wright podía hacer bien muchas cosas: tocar el piano, montar a caballo, bordar manteles, cantar con voz de soprano, pero si había algo que no conseguía era disimular su enojo. Por el contrario, desde pequeña siempre había sido cual arroyo de agua cristalina, transparentaba sus desilusiones con la misma fuerza con las que derrochaba sus alegrías. Era incapaz de disimular un disgusto, ni ante la mismísima reina si hubiera tenido oportunidad. Y sus palabras, por lo regular hirientes si algo no le gustaba, o encantadoras si algo le entusiasmaba, no tardaban en salir de su boca, con mucha mayor velocidad de la que ella podía pensarlas. Eso le trajo problemas más de una vez. Con la abuela Teresa, con sus padres, con sus hermanos y con sus amigas. Jaime no era la excepción.

El mayor problema de Elisabeth era que no solo decía todo aquello que pensaba, sino que, cuando intentaba con todas sus fuerzas callar, para evitar problemas, su rostro la delataba de

inmediato. En algunas ocasiones, sus dedos escribían aún más rápido de lo que podían moverse sus labios y más de una vez escribió alguna nota de la cual estaba arrepentida unos días después. Sí, días, porque a ella le tomaba días entender cuando había herido a alguien, y aquello la llevó a perder más de una amiga. Jaime había sufrido por el carácter impetuoso de la jovencita, que ahora se sentaba en su mesa y hacía bromas como si no hubiera ignorado por meses sus cartas. Pero él no le seguiría el juego, no esta vez. Ya la conocía muy bien y la costumbre de todos de complacer sus caprichos no hacía más que exagerar su comportamiento; estaba decidido a convencerla de que le debía una disculpa.

—Me apena que no estoy en condiciones dignas de acompañarlos a cenar. Me disculpo por ello, mañana será otro día. Espero encontrarme presentable para el desayuno —dijo antes de hacer una reverencia y dar la espalda ante la mirada de reproche de su madre y un ademán de resignación de su padre.

Roberto hizo un comentario sobre la agitada vida de los jóvenes, el conde bromeó sobre lo inoportunos que suelen ser los caballos y prometió que esperaría el desayuno para que Jaime le contara todo sobre su aventura universitaria. Por lo visto, el tema del compromiso roto seguiría siendo ignorado por todo el mundo. Elisabeth se moría de curiosidad por saber los detalles del escándalo, pero nadie estaba interesado en hablar sobre el tema. La cena transcurrió sin mayor interrupción y ahora Elisabeth tenía dos misterios por resolver. Por un lado, necesitaba descubrir de qué hablarían su padre, su tío y su primo en el gabinete, y, por el otro, no estaba segura de poder esperar hasta el desayuno para hablar con Jaime. ¿Por qué no se quedó a cenar? ¿Acaso había cenado ya en otro lugar? Cuando lo vio no parecía un hombre que había arrastrado un caballo por una legua completa, se veía perfectamente ataviado, su cabello negro no estaba desacomodado en lo absoluto; de hecho, Jaime se veía tan caballero como cualquier noble de Londres y más apuesto de lo que ella lo recordaba. ¿Era posible lucir tan bien cuando tienes el corazón roto?

Los hombres se apresuraron al gabinete y las mujeres fueron al salón. Ana tocó el piano un rato mientras Elisabeth movía las piernas con impaciencia hasta que finalmente pidió disculpas por el cansancio que la agobiaba y se retiró a su cuarto con los suspiros maternales de las dos mujeres que no hacían más que lamentar su falta de delicadeza al hacerla quedarse tanto tiempo. Ella restó importancia al asunto y salió del salón. Pasó por el gabinete mientras buscaba las escaleras y miró de reojo. La puerta estaba cerrada, pero podía escuchar voces; se acercó con pasos cortos, esperando no hacer ruido con sus zapatos. Una voz resaltaba entre las demás: «Negar su sangre no lo hará más honorable de lo que es». Eso creyó escuchar, ¿o quizás dijo «vulnerable»? Quiso acercarse más, pero sintió pasos y se alejó apresurada para volver a las puertas del salón fingiendo que acababa de salir. Esta vez en dirección a las escalinatas. Jaime venía bajando y casi se tropiezan el uno con el otro en la prisa. Ella escabulléndose y él corriendo al gabinete, pues habían enviado por él. Cuando estuvieron frente a frente, ninguno supo qué decir. Se miraron en silencio hasta que él habló:

—Señorita Wright, si no me estuvieran esperando en el gabinete, podría expresar mi admiración por su temperamento hoy. Creo que ha mejorado desde la última vez que nos vimos —dijo separándose de ella para que supiera que no iba a quedarse.

—Supongo que ahora me resulta extraño que finalmente decidieras llamarme así. No te retendré. Parece que eres parte de algún gran misterio que rodea nuestra visita.

—¿Sabe que es lo bueno de los misterios? Suponen un desafío para el intelecto, de ellos solo puedes salir aprendiendo algo, ¿no es así? ¡Debo irme; si hay algún misterio, definitivamente prefiero averiguarlo por mí mismo! Por cierto, luces... mayor.

Elisabeth observó al hombre que le daba la espalda. Ya no era un niño travieso, ni siquiera un adolescente molestoso, tampoco un jovencito impertinente. Su amigo de infancia era todo un caballero que ahora se reunía con los adultos en el gabinete a conversar de cosas de las que ella no tenía idea. De momento, se le hizo necesaria la voz reconfortante de su hermana Aileen. Subió los escalones a la habitación donde la esperaba Cathy para desvestirla. De pronto, el cansancio de todas las noches mal durmiendo en el barco en una litera incómoda le pesó en los hombros, en las piernas y en la espalda. Se dejó caer en la cama y no soñó...

Capítulo 7

Algunos días habían pasado de la llegada de los Wright a España. La visita, que sería solo por unas cuantas semanas, avanzaba sin que Jaime y Elisabeth encontraran el momento oportuno para reconciliar sus diferencias. La boda se acercaba, así que Ana acompañó a Elisabeth para que conociera a Pilar, la prometida de Gonzalo. Las jóvenes sellaron su amistad y Elisabeth no dudó en ofrecerle su ayuda en los preparativos de su boda. Necesitaba distraerse y las cartas de su amiga Margaret no llegaban. Por el momento, sus días en Sevilla se resumían en lecturas, paseos y meriendas con Pilar y sus hermanas, que no paraban de preguntarle sobre la maravillosa Inglaterra. Una de esas tardes, al regresar a la casa, la menor de los Wright fue a refugiarse en la biblioteca.

Jaime estaba inclinado buscando documentos con evidente prisa en un escritorio cuando Elisabeth entró sin hacer ruido. Ella no notó su presencia hasta que lo escuchó mascullar alguna cosa y entonces se dio cuenta de que el inmenso cuarto no estaba vacío. Allí estaba él, escondido a simple vista en el salón repleto de estantes de madera oscura llenos de libros de cubierta color terracota y letras doradas, diciendo algo al aire, que ella no entendió.

Los jóvenes, durante días, habían conseguido evadirse el uno al otro, quizás ni siquiera a propósito. Cuando no salía él apresurado después de algún desayuno, ella se escapaba con cualquier excusa del almuerzo. Cuando Jaime conseguía llegar a alguna cena en casa, por lo general, no intercambiaban más que una o dos palabras de cortesía y una vez en el salón se sentaban a prudente distancia, ante la sorpresa incluso de Ana y Genoveva, que en otras épocas tendrían que haber interrumpido sus escandalosas conversaciones plenas de carcajadas impropias.

—Lo lamento. Pensé que no había nadie. Solo he venido por un libro —dijo ella espantada al principio, mirándolo fijamente.

—Sabes que es innecesario que te disculpes. Esta casa es tan tuya como mía y puedes entrar y salir de todos los salones sin escabullirte como un ladrón en la noche —dijo soltando los papeles y esbozando una sonrisa—; de hecho, siento que no hemos podido conversar apropiadamente.

—Supongo que hemos estado ocupados.

—Supongo. Me alegra que hayas venido. No sé, en realidad, por qué has decidido hacerlo, después de todo; solo puedo imaginar que la tía abuela Teresa te lo ha pedido. No has respondido ninguna carta mía desde hace por lo menos un año; la tía abuela sí ha tenido la gentileza de enviarme una advirtiendo que vendrías a la boda. Ha llegado apenas unos días antes que ustedes. Gonzalo y Pilar están entusiasmados por ello; creo que ya has conocido a la novia...

—No vi la necesidad de escribir si podría decírtelo frente a frente —dijo unos instantes después, rompiendo el silencio que se instaló cuando él terminó de hablar.

—¿Decirme qué?

—Qué vendría a la boda... ¿Qué otra cosa tendría que decir?

—¿Solo eso? En ese caso tienes razón, bastaba con que vinieras —respondió él acercándose a unas poltronas, haciendo ademán a Elisabeth para que se sentaran.

—Pues, quizás también deba decirte que lamento lo de tu compromiso. Es decir, lamento que se haya roto, o que te hayan abandonado..., no lo sé. Lo que haya pasado no parece ser un tema de conversación en esta casa —le contestó a la vez que se alisaba la falda de tul anaranjado para acomodarse a su lado.

—Beatriz no es un tema de conversación grato ni para mi madre ni para mi abuela. En cuanto a mi padre, su vena se exaltaba con los rumores, pero, cuando todo fue confirmado, creo que estalló un poco; al menos, nunca lo vi tan rojo en mi vida —dijo dejando salir una carcajada.

Elisabeth estaba perpleja por la actitud indiferente ante el dolor de su pérdida y no tardó en expresar su indignación. Su mirada interrogante lo atravesó esperando una explicación digna.

—¿En verdad te parece gracioso lo que ha pasado? ¿Acaso comprendes las implicaciones? ¡Esta mujer te ha arruinado! Si a mí me pasara algo así, si mi prometido huyera con otra...

—Eli... Señorita Wright. No me creas un ser insensible, me conoces mejor que eso, me conoces bien. En primer lugar, soy un caballero engañado, no me han «arruinado»; en todo caso, Beatriz es quien se ha arruinado a ella misma. Y no me apena en lo absoluto su situación, porque ahora por lo menos ella es feliz. No lo habría sido conmigo. En cuanto a ti, nunca te pasaría algo así, ¿quién osaría abandonarte?

—¿Te alegras por ella? ¿Qué hay de ti? —inquirió con angustia genuina, ignorando su última pregunta, que sin duda había colocado en sus mejillas un tono carmesí.

—¿Yo? Creo que fui un tonto. Creo que tenías razón al enojarte conmigo. Pensé que quizás podría actuar por una vez como lo harías tú, con valentía, solo ceñido al deber, ignorando mis sentimientos. Pero ya ves lo mal que ha ido eso. No todos poseemos el carácter firme, el sentido del honor y el deber moral de la señorita Elisabeth Wright. Algunos solo nos entusiasmamos con los caprichos del corazón y las historias imposibles, de esas que tanto le gusta leer a tu madre.

—¿Dices que me enojé contigo por cumplir con tu deber de casarte y salvar la casa de la ruina?

—Solo estoy adivinando, Eli... ¿Me dirás por qué te enojaste conmigo? ¿Por lo menos me dirás si sigues enojada? He esperado por un año a que me lo digas. No quisiste hablarme, ni

siquiera en la boda de Aileen; entonces, ¿cómo puedo saberlo? Puedo intuirlo y eso he hecho: te has enojado porque conseguí, con mi decisión de casarme, parecerme un poco más a ti... He buscado respuestas en mi cabeza, pero ninguna tiene sentido. Al principio pensé que Beatriz y tú serían buenas amigas, sin embargo, es tan testaruda que de seguro hubieran peleado con frecuencia, porque tú nunca cedes en nada, odias perder.

—Eso ya no importa ahora. No vas a casarte, por lo menos, no con esa mujer. Y no estoy enojada contigo; sí lo estoy porque ahora pareces ignorarme justo cuando he hecho lo que querías: venir aquí.

—Gonzalo quería que vinieras. Yo solo he sido el mensajero. En estos días no soy buena compañía para nadie.

Ambos se quedaron callados. Ella, porque se sentía avergonzada y era incapaz de admitir la verdadera razón por la que había dejado de responder sus cartas, y él, porque tenía miedo de preguntar lo que en su cabeza a todas luces ya era un hecho innegable. Finalmente, fue Jaime quien habló al ver que Elisabeth se ponía de pie para marcharse.

—Y... ¿ya has elegido a tu futuro marido? Un tal lord Cooper, hijo del duque de Wellington, por lo que dice mi madre...

—¿De qué hablas? No he escogido a nadie y, definitivamente, Ashley sería una opción decepcionante. Dudo que mi padre haya mencionado tal cosa, la abuela lo detesta.

El olor a rosas de pronto parecía perfumar el ambiente. Una mucama se acercaba con una canasta repleta de ellas para colocar en la biblioteca y reaccionó atemorizada pidiendo disculpas enseguida. Los jóvenes se apresuraron en salir para que la jovencita confundida pudiera hacer su trabajo. Ya en el pasillo, Genoveva los vio y avisó a ambos que había llegado correspondencia. Los dos se enfrascaron en una tonta carrera hacia el zaguán riendo de buena gana ante la mirada atónita de Genoveva, que por primera vez desde la visita los veía actuar con su habitual familiaridad. La bandeja de plata sobre la mesa se vislumbraba como el trofeo y ella llegó primero y tomó todos los sobres, buscando alguno que fuera suyo. En su lugar vio una carta dirigida a Jaime y notó que llegaba desde Inglaterra. Juguetona, levantó la carta al aire, haciéndose perseguir por el salón hasta que él finalmente le cerró el paso en el marco que conducía a la otra habitación. Ella, deshecha en risas, quiso esconderla en su espalda un poco más, pero el pecho imponente de Jaime se interpuso y, sin darse cuenta, estaba muy cerca de él, y el corazón le palpitaba con fuerza queriendo salir de su vestido. Recuperó el aliento y le entregó la carta. Tomó una que estaba dirigida a ella y devolvió el montón a la bandeja. Él se había quedado quieto en el marco de la entrada, observándola en silencio, con aquella mirada de noche estrellada y los labios ligeramente arqueados en una sonrisa imperceptible, casi escondida.

—¿Quién te escribe desde Inglaterra? ¿Ahora tienes otros amigos allá? No es el sello de los Wright...

—Puedo tener amigos en cualquier parte del mundo que yo quiera. Te olvidas de que soy un doctor ahora. ¿Qué hay de ti? Ese tampoco es el sello de los Wright.

—No te lo diré. Si en esta casa los hombres están escondiendo secretos, tengo derecho a hacer lo mismo.

Elisabeth dio media vuelta y subió las escalinatas dejando atrás a Jaime. La carta de Margaret había llegado al fin. Mientras daba cada paso, resistía la tentación de mirar atrás. Podía sentir la mirada de Jaime perseguirla, tal vez era solo una imagen en su cabeza, pero podía casi verlo con su casaca negra, sus pantalones blancos, su camisa de volantes y su cabello alborotado. Podía ver sus ojos encendidos, sus labios gruesos, ligeramente entreabiertos, listos para decir «Eli» sin el menor remordimiento. O quizás no estaba mirándola en absoluto desde el marco de madera, apoyado al pie de las escalinatas. Cuando llegó arriba no resistió más la tentación y volteó, pero solo alcanzó a ver su ancha espalda girándose en camino a la puerta. Por lo menos, supo que sí se había quedado allí mirándola subir. Se sonrió y entró al aposento. Buscó el abrecartas y sin perder tiempo escudriñó las noticias de Londres que su amiga había tenido la cortesía de enviar. La carta que le había dejado cuando se separaron tenía noticias maravillosas, pero, al mismo tiempo, Elisabeth no podía dejar de sentir algo de envidia por su amiga.

> Querida Elisabeth:
>
> Intentaré ser breve. Mi madre insiste en que ya seré pronto una mujer casada y no tendré tiempo para escribir cartas, así que debo practicar desde ahora. Eso me parece una tontería, pues sé que Edward jamás me privaría de escribir todas las cartas que yo quisiera. Y nuestra amiga Harriet Taylor nunca ha dejado de escribir, ni cartas ni poemas, aun estando casada y con hijos. De todos modos, para cuando te llegue esta carta en particular, ya se habrán celebrado los acuerdos y la boda estará muy cerca, solo espero que no te la pierdas, odiaría no tenerte aquí. Te sorprenderá saber que el hermano de Edward, Ashley, a quien has jurado aborrecer, ha sido visto en la propiedad de lord Yardley, no una, sino muchas veces. Hay rumores de que Ashley podría ser el heredero de la fortuna. No puedo comprender cómo es que Edward no sabría con certeza algo así, pero al parecer tiene algo que ver con su estancia prolongada en París. Creo que deberías pensar mejor si no quieres conquistarle; con la buena salud del duque, no heredará el título en un buen tiempo, pero, si es cierto el rumor de que es el nuevo propietario de la compañía que hace los aromas para la reina, es un gran partido para ti; tal vez la reina vaya a tu boda, después de todo. Espero verte pronto. Ojalá todavía sea una mujer soltera cuando nos volvamos a ver. ¿Me contarás sobre la boda?
>
> Margaret

Elisabeth recibía con alegría las noticias entusiastas de su amiga, por lo menos aquellas relacionadas a su pronta boda con Edward. Si bien a ella no le había quedado claro al principio que era a Margaret a quien el menor de los Cooper pretendía, después de leer la carta en el barco, se dio cuenta de que todos los acercamientos de Edward hacia ella solo buscaban la cercanía y admiración de su amiga. En ocasiones nos acercamos con sigilo a aquello que tememos romper y no nos importa acercarnos mucho a alguien más en el proceso, con tal de ver un poco más de cerca lo que realmente admiramos. Elisabeth no sabía mucho sobre eso, pero en la distancia le había tocado descubrirlo. La otra noticia la tenía sin cuidado. De pronto ya no le interesaban ni Ashley, ni sus títulos, pero no podía evitar sentir curiosidad por sus constantes visitas a lord Yardley. ¿Qué tenía que ver todo aquello con Francia? El heredero de lord Yardley había estado

perdido por décadas, ¿sería una posibilidad que apareciera, después de todo? Y cómo se conectaba Ashley Cooper a todo aquello. La hora de la cena estaba anunciándose ya; de momento, Elisabeth dejó de lado este nuevo misterio y recordó que uno nuevo la esperaba abajo.

Capítulo 8

Las calles empedradas que conducían a la Plaza de Sevilla estaban plenas de vida y actividad aquella tarde. El ambiente era vibrante y colorido, y una animada sociedad se paseaba sin distinguir edades ni clases sociales. A medida que el sol se ponía en el horizonte, los rayos dorados iluminaban la plaza y creaban una atmósfera cálida y acogedora. Los edificios con sus fachadas pintadas de colores brillantes contrastaban con el cielo azul claro. Los balcones de hierro forjado adornados con macetas rebosantes de flores fragantes añadían un toque de belleza natural al entorno.

Los sevillanos paseaban por la plaza con elegancia, ataviados con sus mejores vestimentas. Las damas lucían vestidos de colores vivos y sombreros adornados con plumas, mientras que los hombres vestían trajes elegantes y sombreros de ala ancha. Elisabeth pasaba desapercibida en la multitud, ataviada en un vestido con flores amarillas y sombrero de igual color; iba colgada del brazo de su padre y a pocos pasos los seguían Roberto y Genoveva.

—Padre, ¿no me dirá de qué misterioso asunto conversan en las tardes usted y el tío Roberto? Por lo visto, solo los caballeros pueden entrar allí. Me esfuerzo por parecer desinteresada, pero ya tenemos algunos días aquí y nos los he escuchado hablar durante ninguna cena sobre el destino de la casa. ¿Está todo bien? ¿Estamos seguros de que no se perderá la propiedad del tío abuelo Gaspar?

—No son cosas por las que debas preocuparte, querida. Son asuntos que estamos resolviendo. Te has encariñado con los jardines sevillanos, ¿no es así? Has pasado bonitas temporadas en estas tierras. No pensé que te entusiasmara tanto venir. Creo recordar que estabas más bien molesta cuando la abuela lo sugirió.

—Supongo que no me entusiasma perderme los bailes en Londres, pero de todos modos iré al menos a uno aquí.

—¿Te entusiasma el baile de esta noche? Estás llena de sorpresas, Elisabeth Wright. Si debo decir toda la verdad, no pensé que irías. Debes saber que no es un baile como esos a los que estás acostumbrada a asistir.

—Ana y la tía Genoveva ya me han contado. He estado practicando... —dijo mirando atrás.

—Elisabeth es una gran bailarina, ha aprendido muy pronto los pasos; de seguro, mañana será una novedad en el baile tener a una inglesa que puede acomodarse a nuestros ritmos sin tropezar —respondió Genoveva con una sonrisa.

—No conoceré a nadie... Quizás ni siquiera tenga oportunidad de bailar —dijo con un suspiro.

—Estoy segura de que mi nieto Jaime estará más que feliz de bailar contigo. De pequeños solían bailar todo el tiempo —contestó Roberto, que hasta ese instante se había mantenido en silencio.

El grito de un vendedor interrumpió la conversación y pronto el grupo se separaba para ver lo que ofrecían los mercaderes que los rodeaban en la plaza. No pasó mucho tiempo para que todos regresaran a la casa antes de oscurecer. Elisabeth se preguntaba si luego de todas sus ausencias, realmente Jaime asistiría al baile. Al día siguiente, muy temprano en la mañana mientras Ana la ayudaba a ajustar un nuevo vestido que habían cosido para ella, la jovencita no perdió la oportunidad que tenía de que estaban solas para preguntarle acerca de su hijo y el reciente y poco comentado rompimiento de su compromiso.

—Ana, ¿puedo preguntarte algo? Es acerca de Jaime — comentó mientras la mujer colocaba alfileres en su pecho y ella aguantaba la respiración.

—¿Qué te ha hecho mi hijo, querida? ¡No me digas que ha sido grosero contigo! Ya le he dicho sobre lo inadecuado de sus bromas —dijo colocando una mano en su cintura y observándola con atención.

—No se trata de eso. Es solo que me parece tan extraño que no actúe con alguna tristeza. Quiero decir, acaban de romperle el corazón, ¿no es así? Pues Jaime de seguro estaba enamorado de esta tal Beatriz y ella lo ha dejado por otro —respondió Elisabeth tratando de no moverse para no clavarse los alfileres.

—¡Ah, Beatriz! Pobre muchacha... No sé qué tenía en la cabeza su padre. Todo ha sido una locura y mi pobre Jaime ha quedado atrapado en el centro de eso. Querida..., tú y Aileen conocen a un Jaime que pocas personas conocen. Al Jaime que no teme ser él mismo. Creo que con el resto de nosotros tiene tanto sobre sus hombros que no es capaz de sostener ni la sonrisa. Supongo que, como no fui capaz de tener más hijos, todo el linaje se reduce a él.

—Jaime puede decir todas las tonterías que quiera. No es cierto que iba a casarse con Beatriz si no la amaba, no es algo que Jaime haría.

—Jaime no quería que le rompieran el corazón, Elisabeth, por eso quiso casarse, ver si era capaz de enamorarse de otra antes de... ¿Sabes qué? Creo que no puedo pretender entrar en su cabeza. Soy su madre, pero tampoco me corresponde ir por ahí intentando descifrarle. ¿Qué hay de ti? ¿Ya has elegido a tu marqués? ¿O escogerás a un duque? Elena y tus hermanas, todas tienen un título envidiable, no te conformarás con menos...

—No he escogido a ninguno todavía.

—De seguro, cuando regreses a Inglaterra un par de propuestas te esperen y entonces volveremos a Londres para ver a la última de los Wright casada. ¡Tu abuela estará tan feliz!

Elisabeth sonrió sin ganas y Ana siguió hablando de cómo imaginaba la boda. Alabó su cintura diminuta y le recomendó más de un estilo para su traje de novia mientras le mostraba en el espejo cómo se vería el traje. A partir de aquel momento, las telas y encajes rojos y negros con los que estaba vestida mientras le ajustaba las cintas se difuminaban en su cabeza con todo lo que Ana describía. Y entonces Elisabeth pensó en que esta vez, a diferencia de todas esas veces que imaginó su vestido de novia, no tenía ningún interés en saber cómo se vería su falda ese día. Para cuando el vestido estuvo listo, todo lo que Elisabeth podía pensar era en cuando pudiera finalmente deslizarse en los salones de Sevilla con él.

Un par de horas más tarde, toda la familia estaba reunida en el salón de baile más popular. El domingo anterior habían sido leídas las amonestaciones de las bodas de Pilar y Gonzalo por tercera vez y en solo un par de días la boda sería celebrada. Cuando Pilar llegó, corrió como una niña al lado de Elisabeth, que la abrazó con ternura. Ambas conversaron un rato hasta que Gonzalo se acercó y pudo por fin ver a la visitante a quien no había tenido oportunidad de saludar desde su llegada a la ciudad. Hizo una broma acerca de todas las veces que caminaron juntos al altar y prometió a Pilar que solo lo hacía porque Elisabeth se enojaba con ganas cuando él se negaba. Luego de algunas risas compartidas, Gonzalo pidió a Elisabeth que bailaran.

—Espero haber practicado lo suficiente —dijo ella ruborizándose y quitando un rizo de su cara.

—Estoy segura de que Jaime la ha hecho practicar hasta el cansancio. ¿Dónde está, por cierto? —preguntó Gonzalo mirando a todas partes en el salón mientras daba saltos alegres en la contradanza,

—No ha venido con nosotros. Dijo que se uniría más tarde, pues debía recoger algo en el correo —contestó ella intentando no perder el ritmo.

—Ah..., ¡las cartas misteriosas! ¿Qué hay de usted, lady Wright? Me siento extraño llamándola así, pero ya no somos críos. Aileen ahora es una vizcondesa casada y yo hubiera jurado que se casaría usted antes que ella.

—¿Solo hablan de bodas ustedes? No me preguntan nada más...

—¿A la señorita Wright ahora no le gusta hablar de bodas? ¿Y qué hay de la promesa de lady Wright? Iba a casarse...

—No necesito que me recuerde mi «promesa». Sé que tal vez pasé mucho tiempo hablando sobre eso. Pero... mis hermanas se han casado, aunque lo han hecho en sus propios términos. Sí, admito que son felices como ellas lo han decidido. Usted parece muy feliz de casarse con Pilar. Supongo que existe alguna posibilidad de tener más de lo que una cree.

—¿Por qué piensa que merece menos que la felicidad? ¿Acaso tiene un legado que proteger? No tiene ninguna responsabilidad. Ninguna propiedad depende de que se case o no. Es afortunada, puede darse el lujo de casarse por amor si eso quisiera.

—¿Y cómo puede saber que es amor lo que siente por la señorita González? ¿O cómo pudo saberlo Jaime cuando decidió casarse con Beatriz?

—No puede usted comparar una cosa con la otra. Pilar es el ser más sublime que ha nacido en la tierra y desde que se posaron mis ojos en ella supe que no podría ver otro rostro cada día que no fuera el suyo. Pero ¿Jaime? Jaime no ha hecho más que esconderse detrás de un compromiso porque sabía que tarde o temprano la hija del vizconde terminaría por arrojarse al mar. Ha sido una suerte que lo haya hecho escondida en un barco, yo hubiera esperado lo peor.

El baile había concluido y con ello la conversación. A pesar de que Elisabeth quiso saber más detalles, la obligación de Gonzalo de bailar con su prometida impidió que continuaran hablando y Elisabeth, por su parte, se vio forzada a complacer a su tío Roberto, que la introducía con un caballero amable que quería saber todo sobre Londres. El parlanchín caballero, que por lo visto no era capaz de hablar y bailar al mismo tiempo, siguió preguntando todo tipo de detalles sobre la diferencia de los bailes en Londres, sobre el clima y la forma y distinción de los carruajes y sobre el ancho de las alas de los sombreros de los duques más elegantes. Jaime apareció para rescatarla, vestido con un traje de gala con casaca azul tenue, los botones dorados y el cinturón del mismo color. La camisa de volantes blancos sobresalía límpida y el cabello recogido hacia atrás hizo dudar a Elisabeth de si estaba viendo al mismo desaliñado que le había tocado ver en otros días. Su sonrisa inconfundible, cuando interrumpió la conversación que empezaba a tornarse aburrida, dibujó otra sonrisa en los labios de ella, que aceptó gustosa escaparse a bailar con él, pidiendo disculpas a su interlocutor que, notablemente ofendido, dio la espalda. Elisabeth sintió que las cintas negras que se entrecruzaban en su pecho se romperían con lo agitado de su respiración, podía sentir arder el fuego en sus mejillas y no sabía si era por lo elegante que lucía Jaime esa noche, o si es porque volvía a ver esa sonrisa que la llevaba a lo más alto de las copas de los árboles donde solían jugar juntos.

—Pensé que ya no te veríamos —dijo con la voz más dulce que encontró en sus recuerdos.

—¿Y perderme probar yo mismo si recuerdas los pasos de baile que te enseñé hace ocho años?

—Me había olvidado por completo sobre eso —mintió.

—Pues por cómo estás bailando hoy no lo parece. ¿Lista para una boda sevillana?

—Eso parece. ¿Qué hay de ti, listo para una boda sevillana?

—Siempre y cuando no sea la mía...

—¿Me dirás que ahora no quieres casarte?

—Tal vez no estoy hecho para el matrimonio, lady Wright —dijo clavando en ella sus ojos oscuros que parecían preguntarle mil cosas.

—Es nuestra obligación; si no perpetuamos el linaje, corremos el riesgo de desaparecer —respondió con seriedad al tiempo que inclinaba la cabeza con elegancia en cada vuelta.

—Pues eso ya lo he intentado y no funcionó. Tus hermanos sí que han tenido suerte, todos han

encontrado la forma de cumplir con su deber sin romper su corazón en el camino. Pero no soy un Wright... Creo que mi destino es otro, quizás debo quedarme con la ciencia como única compañera fiel, desposar a la botánica, como mis ancestros. Pero tú... ya has conquistado a más de uno por lo que cuentan en Londres; muy pronto estarás bien casada, como todos los Wright. Está en tu destino.

—¿Cómo puedes tener noticias de Londres? ¿Acaso puedes estar mejor enterado que yo?

Elisabeth preguntó aquello con cierto sobresalto en su voz, pues, si bien había dejado un par de interesados, no había ninguno haciendo el suficiente ruido como para que la alta sociedad estuviera comentando sobre eso. A menos que su padre tuviera planes y no los hubiera compartido con ella, todo era posible.

Cuando el baile terminó, él buscó un par de refrescos y le ofreció uno. Ella se sentó en el muro de un jardín iluminado por antorchas centelleantes mientras él se mantuvo de pie a poca distancia.

—¿Por qué decidiste casarte con Beatriz?

—¿Por qué no debía casarme con ella? —inquirió él casi exigiendo una respuesta y sin sonreír.

—He preguntado primero. Prometo contestar si me respondes tú.

—¿Es una promesa?

Ella se puso en pie, se acercó a él y se cruzó de brazos en silencio. Él no pudo evitar ver como su pecho sobresalía por encima de los encajes negros, cerró los ojos y dio un paso atrás porque ella estaba demasiado cerca. «Es una promesa» la escuchó decir y su voz fue como un susurro que gritó en medio del millón de voces que los rodeaban, por encima de los violines y las guitarras que llenaban de música los rincones. Entonces abrió los ojos, la miró fijamente y contestó:

—Si es que te urge saberlo, decidí casarme con Beatriz porque la única mujer a la que he amado, a la única que podría amar, no va a casarse conmigo, así que daba igual que me casara con Beatriz o con cualquier otra.

—¿Y cómo podrías estar tan seguro de que...?

Elisabeth calló de pronto. Como siempre, sus palabras estaban saliendo de sus labios más aprisa de lo que salían de su cabeza y, como solía pasar en estos casos, el arrepentimiento llegaría poco después. Guardó silencio pensando en lo que realmente tenía que decir, pero la verdad es que no lo sabía. Respiraba con dificultad y ahora que había parado de hablar era como si no pudiera volver a hacerlo. Jaime la observó, sus ojos brillaban con intensidad absoluta y embriagante. Sus labios tintados de rojo dejaron de moverse y una mueca de angustia se instaló en ellos. La luz de las antorchas cercanas iluminaba su figura y la vio más bella que nunca,

sumida en un lugar desconocido por los dos, uno en el que ella no tenía nada que decir, donde sus palabras, por lo general vivaces y siempre listas, parecían ausentes y sin voluntad o fuerzas para regresar. Jaime quiso besarla, sellar con sus labios los suyos, como quiso hacer tantas veces en los últimos años, ya ni siquiera sabía desde cuándo; sin embargo, solo murmuró sin ganas: «Será mejor que volvamos al salón» y le dio la espalda caminando rápidamente de regreso a la multitud. Ella lo siguió intentando con esfuerzo llevar su paso, permanecieron sin articular palabra hasta el regreso a la casa, cada uno sumido en un silencio interior que no se atrevía a compartir.

Capítulo 9

Jaime llevaba un buen rato sentado en el gabinete con una carta a medio doblar en las manos, esperaba a su padre. Miguel entró, cerró la puerta con cuidado de no hacer ruido y se sentó al lado de su hijo. El día apenas empezaba, pero todos en la casa se preparaban para asistir a la boda de Gonzalo y Pilar.

—¿Qué sucede? Tu abuelo dice que debes hablar conmigo cuanto antes.

—Tenemos que decirle a la abuela y a mamá. Ya este secreto no es nuestro como para seguir ocultándolo. La tía abuela me ha escrito, debo partir de inmediato. Tendrás que decirles tú.

—Sabíamos que este momento llegaría, pero ¿te irás sin despedirte? ¿Qué hay de la boda?

—Ya hice arreglos para marcharme en el último barco esta tarde. Iré a la boda, por supuesto, pero no podré quedarme hasta el final. La abuela... No puedes romper su corazón, debes tener cuidado al decirle, padre.

—Genoveva lo entenderá, pero Ana... Tendré más problemas con tu madre que con tu abuela. Lo resolveré. Ya no hay tiempo para arrepentimientos, tampoco hay espacio para sufrir por algo que después de todo es inevitable. Eres valiente, Jaime, pero esto es algo bueno para ti.

—¿Quién sabe? Que Beatriz se haya ido a otro continente a buscar su felicidad solo me hizo entender que los lugares, en realidad, no significan nada sin las personas que están en ellos. Me ha hecho un favor.

—Encontrarás a alguien también, hijo. Te has empeñado en vivir una vida solitaria, pero estoy seguro de que volverás a creer. Tu tía abuela Teresa siempre dice que esta familia tiene en sus venas una inmarcesible fe en el amor.

—Puede que los Wright y los García de Arteaga tengan en sus venas todas esas cosas que la tía abuela dice, pero yo no tengo su sangre —dijo poniéndose en pie y guardando la carta en el bolsillo de su casaca.

Miguel no respondió y solo le dio una palmada en el hombro. Jaime salió del gabinete y dejó allí a su padre. La boda sería dentro de algunas horas y tenía que prepararse.

Si bien Miguel no era hijo de Genoveva, tenía apenas diez años cuando su padre Roberto y él llegaron a España. Solo unos meses pasaron para que la vida de Roberto Arce iniciara de nuevo

en otra ciudad. Viudo y con un hijo pequeño, vio en la casa de los García de Arteaga la oportunidad de formar una nueva familia. Poco tiempo después nacería Elena y con ella quedaba sellado un nuevo pacto de amor. Miguel no había olvidado a su madre ni su vida anterior, pero, cuando llegó su pequeña hermana, se dedicó a cuidarla como si se tratara de una prenda preciosa. Los años no habían transcurrido en vano; cuando Miguel y Ana se casaron, Jaime nació y fue entonces Elena quien vio en su pequeño sobrino un preciado tesoro. Ahora que Elena ya tenía su propia familia y Jaime había perdido toda esperanza de formar la suya, parecía el mejor momento para aceptar su destino. La boda de su mejor amigo no había hecho más que traer a su memoria la ilusión que no podría cumplir, la de encontrar su propia felicidad en alguien que no fuera ella. Esa jovencita dueña de la mirada intrigante, con la que había trepado árboles, recorrido campos, jugado hasta el anochecer, que ahora era dueña de una sonrisa cautivadora y una voz provocadora que ya no aceptaba sus bromas y las respondía con un comentario soberbio. Porque, si bien no eran primos en realidad, ella nunca podría verlo los ojos que la veía él. Porque ella siempre había soñado con su gran boda con un noble muy importante que la llevaría a vivir a un deslumbrante castillo.

Elisabeth Wright no merecía menos que eso y él lo sabía. Por eso nunca intentó nada, ni siquiera cuando tuvo que debatirse ante la idea de casarse con Beatriz. Todo eso había ocurrido muy rápido. El vizconde de Vigo los presentó en un evento social de la universidad y, a pesar de que ella parecía distraída en todas sus conversaciones, el vizconde se mostraba sospechosamente interesado en promover esa unión, tanto es así que lo propuso antes de un mes a Jaime, que mostró su sorpresa por tan inesperados acontecimientos. Se había hecho de una fama como el mejor de todos en las clases, pero no estaba seguro de que el vizconde fuera un gran académico. Era un importante patrocinador de la universidad, pero no un estudioso de las ciencias. No dudó en escribir a su padre comunicando su decisión de casarse; esta unión le permitiría además ayudar a la familia a mantener la casa, después de todo, los García de Arteaga eran también su familia.

La boda con Beatriz se celebraría en menos de un año; ella no se mostraba entusiasmada y, a pesar de que Jaime sabía que ninguna mujer llenaría el espacio vacío en su corazón, se esforzaba en hacerla reír y en prometerle que sería un esposo adecuado. Hablaba de sus planes, de llevarla a vivir a Sevilla, pero ella solo asentía con una discreta sonrisa y nunca hablaba de sus propios planes. Jaime, en un último intento de redención, le contó a Elisabeth sobre su compromiso y, cuando se vieron en la boda de Aileen, lo que pudo ser un encuentro para convencerlo de una posibilidad no fue más que una afirmación de que Elisabeth no era ni sería nunca para él y que había tomado la decisión correcta al prometerse en matrimonio con otra mujer.

Cuando volvió a Madrid, con el corazón un poco más deshecho que antes, llegó un caballero misterioso a quien Jaime no conocía, y en un inusitado giro de los acontecimientos lo abordó en la universidad con una carta en sus manos. En solo unos minutos el mundo de Jaime cambiaría.

De aquel encuentro habían pasado ya largos meses, con aquella carta del extraño, se había

revelado una parte de Jaime Arce que había permanecido oculta por mucho tiempo. Pero el mundo había cambiado para él de todas las formas posibles. Beatriz estaba enamorada, de eso no había duda, pero no de él, y en la primera oportunidad escapó rumbo a América en un barco con aquel a quien realmente amaba. La reputación del vizconde de Vigo había quedado destruida y con él la suya propia, que ahora quedaba libre de un compromiso, pero con la historia detrás que lo hacía despertar lástima en cuantos lo veían. Por fortuna, había concluido las clases y pudo dejar Madrid para volver a Sevilla con su familia. Allí se encontró con la noticia de la boda de Gonzalo y de pronto el día había llegado; ahora estaba preparado para ver a su amigo de toda la vida casarse y después se marcharía a aquel destino que, por decisión propia se había reservado, lejos de todos los que conocía y lejos de cualquier posibilidad de decepción.

Capítulo 10

La novia estaba vestida con un sencillo traje rosa que la cubría con un cuello hasta la garganta y mangas hasta las muñecas. Una bonita corona de flores naturales en su cabeza adornaba una cola de cabello negro y espeso que se redoblaba en bucles que caían por toda la espalda. Un pequeñísimo ramo con las mismas flores en sus manos y una sonrisa gloriosa en sus labios que parecían no dibujarse de otro modo. Las cejas espesas y arqueadas enmarcaban una mirada ansiosa que buscaba en el pequeño grupo otra mirada conocida. Cuando se encontraron, el novio sonreía con la misma alegría contenida; vestido de negro, escoltaba a su ahora esposa al centro del salón donde recibían los vítores de los acompañantes. Un reducido grupo de amigos y familiares que se disponían a pasar el resto de la tarde bailando, bebiendo y comiendo en lo que prometía ser la fiesta más animada del año. Jaime sonreía desde un rincón del salón donde hablaba con su padre. Los novios, colgados del brazo, intercambiaban guiños de complicidad mientras aplaudían a las parejas que ocupaban el salón de baile rápidamente.

En una silla acojinada, estaba sentada Elisabeth. Ataviada con un traje de maja, que Ana había hecho ajustar para ella, una mantilla negra bordada que, sin duda, se llevaría a Londres y con los ojos fijos en la pareja que veía desposarse. Un aire de pasión desconocida los rodeaba y ella no podía más que admirarlos de lejos. Recordó sus sueños, esos donde ella era quien se casaba en un elaborado vestido color marfil, con la diadema de la abuela Teresa coronando su cabello recogido, caminando en el centro de un salón descomunal repleto de guirnaldas que colgaban de todas partes. Amplias ventanas dejaban entrar el sol y podía sentir el aroma de las flores de lavanda que se repartían en las mesas y en los jarrones en el suelo. El sonido de las arpas y los violines llegaba desde cada rincón y podía sentir la caricia de aquel que la acompañaría hasta el resto de sus días. Al ver a Pilar y Gonzalo tomados de la mano en la sencillez de aquel baile andaluz, Elisabeth no pudo evitar ver el salón de sus sueños reducido a un mínimo espacio, tal vez en el medio del prado, donde estaban solo ella y su amado. Por un instante soñó despierta en que tal vez aquel día poca importancia tenían las guirnaldas, las arpas y las flores, tal vez solo importaba la mano que sostenía. Una voz conocida la sacó de su letargo involuntario.

—¿Mi madre te ha hecho usar ese traje? —preguntó Jaime tomando una silla cercana para

sentarse junto a ella.

—He insistido. No quería llamar la atención con uno de mis vestidos adornados. ¿Te parece bien?

—No es nada Wright de tu parte pasar desapercibida, pero luces fantástica, como siempre.

—Sé lo importante que es este día para Pilar... Sé lo importante que lo será para mí. No me atrevería a llamar la atención.

—No creo que sea algo que puedas evitar, Eli —dijo mirándola con ternura y esperando una reprimenda de su parte, pero ella no dijo nada y solo sonrió.

La música de las guitarras anunciaba un baile animado y pronto los invitados estaban en pie dando enérgicos saltos de acá para allá, pero Jaime no la invitó a bailar.

—Me hubiera gustado poder hablar más contigo. Creo que no hemos tenido el tiempo o la oportunidad suficiente. Ahora me temo que será imposible. No en Sevilla, al menos. Me voy. No quería hacerlo sin despedirme de ti.

—¿Te vas? ¿Ahora? ¿Vuelves a Madrid? Aún nos queda una semana aquí. Pensé que tal vez podíamos pasar algo de tiempo juntos, quiero decir, como antes. Ir al campo, pensé que podíamos hacer uno de esos pícnics.

—Viendo que me has perdonado, que vuelves a tenerme aprecio, quizás podamos tener uno de esos en Marton Hall, pero por ahora no puedo más que despedirme y desearte lo mejor. Ojalá a tu futuro esposo no le moleste que pases tiempo con un viejo amigo.

—No creo que tenga un esposo por ahora, Jaime. ¿Este viaje tiene que ver con Beatriz? ¿Irás tras ella a América?

—Debo cumplir mi destino y tú debes ser lo que eres, una Wright. No te escondas en este rincón, Eli, estás hecha para brillar donde quiera que vayas.

Con ternura tomó una de sus manos enguantadas y la besó. Sintió el perfume de la lavanda y cerró los ojos un instante antes de abandonar aprisa la silla que ocupaba y marcharse a zancadas del salón, como si quisiera desaparecer de una vez y para siempre. Elisabeth lo siguió con la mirada, en franco desconcierto ante la sorpresiva partida de Jaime. Ahora que estaba lista para decirle tantas cosas, no podría hacerlo.

El conde de Berwick se topó con Jaime en su apresurada salida y se detuvo un momento con él. Intercambiaron algunas palabras, un abrazo largo y después se separaron. Elisabeth corrió con su padre cuando se acercó a ella y se colgó de su brazo como cuando era una niña pequeña.

—¿Estás bien, querida? ¿No estás bailando?

—Estoy bien, padre. Solo que de momento creo que ya deberíamos volver a casa, ¿no lo crees? Los asuntos que nos trajeron ya han sido resueltos, supongo.

—Nos iremos la próxima semana. Solo hace falta un documento más y estaremos listos para partir. ¿Extrañas a tu madre?

—Padre, sé que la abuela se casó con el abuelo y dejó España porque estaba enamorada de él. Pero eso no pasa nunca, ¿cierto? Usted se casó con mi madre tal como fue decidido por sus

padres y son felices, ¿no es así? ¿Soy una tonta por pensar que no necesito estar enamorada, como Aileen, si voy a casarme?

—Solo tienes dieciocho años, Elisabeth. Podemos esperar lo que sea necesario hasta encontrar a alguien digno de ti. Sí, como tus padres, sabremos con gran certeza quién es un buen partido para ti, pero tus hermanos se han empeñado en recorrer caminos diferentes y no por eso han sido infelices. Creo que hay muchas formas de encontrar la felicidad en el matrimonio. Tu madre y yo la hemos encontrado de una forma y tu abuela y abuelo la encontraron de otra. Es distinto para cada quien. Pero no quiero escucharte jamás decir que eres tonta. No tienes ni un solo pelo de tonta en esa hermosa cabecita tuya. ¿Bailas con este anciano?

Elisabeth abrazó a su padre con cariño genuino y, a pesar de que sus ojos estaban llenos de lágrimas, se contuvo y asintió con una sonrisa a bailar con él. Después de todo, estaban en una fiesta, aunque tal vez ella no sentía que tuviera grandes cosas que celebrar.

La fiesta continuó hasta entrada la madrugada y, si bien Elisabeth no se sentía del todo feliz, disimuló lo mejor que pudo, pues estaba rodeada de la alegría de los demás. Nunca había ido a una boda donde todos estuvieran tan felices todo el tiempo. No solo los novios, pues sus hermanos habían tenido bodas maravillosas, pero algunas habían sido sorpresivas para sus familiares, otras se las habían perdido por completo y otras no las podía recordar muy bien. En esta pasaba algo muy especial y es que los novios y sus familias parecían igual de felices, nadie hablaba de los títulos ni de las propiedades que ocuparían los nuevos esposos, solo bailaban y bebían en franco desenfreno celebrando el amor. Por primera vez en su vida, Elisabeth se preguntaba si su boda terminaría por ser algo un poco distinto a lo que ella había soñado siempre.

Capítulo 11

Cathy empacó el baúl con los nuevos vestidos andaluces, las mantillas bordadas que Elisabeth llevaba de regalo para su madre y su abuela, una mantilla blanca especial que había hecho bordar con hilos de plata como regalo de bodas para Margaret y algunos obsequios más. El barco que las llevaría de vuelta a Londres zarparía en apenas unas horas y las obligadas despedidas con promesas de un pronto reencuentro no se hicieron esperar.

Ya en el viaje de regreso, Elisabeth agotó el papel que se había llevado escribiendo notas que tal vez no entregaría nunca a su destinatario. Cuando llegaron a casa, Eleanor esperaba impaciente y abrazó a su hija con fuerzas. Su marido se quejó de que no lo abrazara también a él y entonces se repartieron los abrazos. La casa, sin la única hija que quedaba sin casar, era tan silenciosa que Eleanor había terminado todos sus libros del mes en apenas una semana y la invadía la impaciencia esperando los nuevos que su marido habría de traerle. Pero, además, la madre de Elisabeth sentía que una intriga irremediable se había estado desarrollando en casa con la ausencia de los viajeros y no podía esperar a que regresaran para terminar de una vez por todas con el misterio.

En Marton Hall, los acontecimientos no se habían detenido y Eleanor se apresuró a contar a los recién llegados que la abuela Teresa había estado recibiendo con alguna frecuencia a Ashley Cooper en casa. Reuniones privadas se habían llevado a cabo en el jardín, en la biblioteca y alguna incluso después de una cena a la que asistieron también el duque y la duquesa de Wellington. Eleanor contó, además, con la emoción de quien conoce un espantoso secreto, que en alguna de esas reuniones la abuela Teresa subió el tono de voz, tanto como para que Eleanor escuchara en el salón de costuras una parte de la discusión. La última vez que se reunieron, un portazo de Ashley había dado por terminado el encuentro en la biblioteca y ella lo vio salir enojado por la puerta principal sin despedirse de nadie. Elisabeth escuchaba en total desconcierto lo que contaba su madre, que levantaba las cejas y abría de par en par los brazos con cada parte de la historia. El conde, por el contrario, escuchaba sin inmutarse cada palabra de su mujer, una más intensa que la otra, mientras se servía un trago de brandy y se sentaba en su sillón favorito.

—¿Papá? ¿Qué asuntos puede tener la abuela con Ashley Cooper? Hasta donde sé, la abuela

no tiene ningún ánimo de predilección por el hijo del duque.

—¡Oh, querida Elisabeth, está claro que, en ausencia de tu padre, el duque ha optado por hablar con tu abuela! ¡Es una cosa segura que está interesado en ti! Su hermano Edward se ha comprometido con Margaret, eso creo que ya deberías saberlo. Es probable que se haya enojado porque no ha podido verte desde que hiciste este viaje con tu padre —exclamó Eleanor convencida de que no podía haber ninguna otra razón para tan extraño comportamiento.

—Eleanor, querida, tal vez deberíamos hablar con mamá. ¿Te ha hecho pensar estas cosas ella en alguna conversación?

—¡Oh, Harold, bien sabes que a mí no me lo diría! No si estás ajeno a ello. Pero es lo más probable, ¿no? Nuestra Elisabeth ha sido el comentario obligado en las reuniones sociales y su ausencia no ha hecho más que despertar la curiosidad y el interés de inesperados pretendientes. Han venido por lo menos dos marqueses a saber de su regreso a la ciudad y ha recibido invitación a un baile privado al que asistirá la reina; es dentro de un par de semanas.

—Todo eso está muy bien, pero tal vez será mejor que mamá nos lo explique, ¿sí?

—Estoy muy cansada, pero iré a saludar a la abuela al jardín. No cenaré esta noche, iré después a mi aposento.

Elisabeth vio a sus padres asentir y salió apresurada al patio. El sol ya se despedía y Marton Hall parecía el lugar de ensueño en el que se convertía con la magia del atardecer.

—¡Estamos de regreso, abuela! —dijo abalanzándose sobre ella y envolviéndola en un abrazo.

—Mi pequeña Elisabeth. Han sido días largos sin mi cascabel en casa. Quiero que me cuentes todo. ¿Cómo has encontrado Sevilla? Tan maja como siempre, ¿no? ¿Cómo están todos?

—¡Hemos dejado a todos muy bien! He asistido a la boda más alegre y hermosa de toda mi vida. Gonzalo y Pilar serán muy felices juntos.

—Me alegra escuchar eso. Y que todos estén bien me da mucha felicidad a mí. Mi pobre hermano Gaspar ha de estar viendo desde el cielo con satisfacción lo que han conseguido Roberto y Genoveva con nuestra casa familiar.

—Abuela, mamá dice que... que ha estado viniendo a Marton Hall el hijo del duque de Wellington... Ashley. Dice que lo ha escuchado discutir con usted.

—¡Tonterías! Tu madre lee demasiadas novelas. Supone confabulaciones increíbles en su cabeza y les da la explicación más inverosímil que encuentra solo para hacer su vida un poco emocionante. Tu ausencia ha sumergido a Marton Hall en un museo sin visitantes..., callado y oscuro. Y ella necesita algo de aventura, se le han acabado los libros.

—Abuela, mamá no inventaría algo así. Dice que Ashley está interesado en pretenderme. ¿Es eso cierto?

—¿Te interesa Ashley Cooper, Elisabeth? Si te interesa ese cabeza hueca, no eres tan inteligente como siempre he creído.

—Abuela, sabes lo que pienso sobre Ashley, ya te lo he dicho. Es solo que no entiendo qué pretende conseguir viniendo aquí, no he dado ninguna señal de interés antes de irme. Y él definitivamente tampoco me ha dado ninguna a mí, no es que yo quisiera alguna.

—Si no te interesa Ashley Cooper, no debes preocuparte por sus visitas a Marton Hall. Frecuentes o no. Hablemos de mejores temas. ¿Cómo está Jaime? ¿Se ha recuperado ya de su desengaño? Esa horrible e injusta mujer recibirá su merecido algún día por romper un corazón tan noble como el de ese muchacho.

—No parecía tener el corazón muy resquebrajado que digamos. Sin embargo, ha desaparecido unos días antes de nuestra partida. Dijo que tenía que seguir su destino y, a pesar de que al principio pensé que no estaba afectado por la traición de su prometida, me dio la impresión de que iría tras ella.

—¿Tras ella? ¿A América? Es una locura. Espero que estés equivocada, querida. Pero bueno, será mejor que vayas a descansar. Margaret vendrá a verte temprano muy probablemente y de seguro querrás ir con la modista a hacerte un nuevo vestido para el gran baile.

La abuela Teresa parecía más entusiasmada con este baile que con otros e incluso insinuó que podría ir si no se sentía muy cansada para entonces. Si estaba invitada la reina, era un acontecimiento que nadie querría perderse. Elisabeth se sintió tentada a decir algo más a la anciana, que se puso en pie y, bastón en mano, hizo señas de que caminaran en dirección a la casa. Mientras lo hacían, Elisabeth dejó que ella se apoyara en su brazo y subieron juntas. La nieta le contó sobre sus paseos en la plaza de Sevilla, sobre el aroma de las especias, el ruido de los vendedores ambulantes y el color azul turquesa del cielo, que no tuvo nubes ni una sola vez, según decía ella. Cuando se despidieron en la puerta de su habitación y Elisabeth volvió a estar en su propia cama desde hacía más de un mes, las almohadas se hicieron pocas para acomodar todos los sueños que había traído de Sevilla. Intentó dormir, pero ahora un nuevo pretendiente bailaba en su brazo y daba vueltas sin parar en el medio del prado tomándola de las manos. Su sueño de una boda increíble había cambiado, pero tal vez le gustaba un poco más.

Capítulo 12

Las tardes en Londres, a medida que la temporada llegaba a su fin, parecían prendadas de un desenfreno constante: los bailes, las fiestas, las tertulias estaban a todas horas y en todos lados. Algunas bodas ya habían sido concertadas y el cortejo de los caballeros en las calles ruborizaba a las señoritas más elegantes que caminaban ocultas tras sus abanicos y sus parasoles. Margaret y Elisabeth caminaban acompañadas de Cathy por la calle buscando cintas en todas las tiendas que paraban en su ruta a la modista. Las amigas, que, si bien habían peleado con alguna frecuencia, ahora parecían más cercanas que nunca. Elisabeth estaba genuinamente feliz por la alegría que desbordaba Margaret. Apreciaba lo que Edward había logrado en ella y ya había tenido ocasión de verlos juntos y estaba convencida de que siempre habían sido el uno para el otro. Sin embargo, Elisabeth ignoraba a cuanto pretendiente le pedía escribirle o visitarla y, ante la sorpresa de Margaret que la vio rechazar a un marqués apuesto que sin duda estaba prendado de ella, no tuvo más remedio que interrogarla cuando estuvieron solas.

—No quieres decirme lo que pasa, pero estás ocultando algo. Has regresado cambiada. No sé qué es lo que te ha pasado en España, pero sin duda has regresado rota. No te interesa en lo más mínimo todo lo que te interesaba antes, ya ni siquiera hablas de casarte y has rechazado al menos a dos pretendientes apuestos y galantes.

—No me pasa nada, Margaret. Tú los has dicho, no se puede cambiar lo que una es.

—¿Insistirás con esa tontería de conservar tus males solo para ti? Como si no fuéramos amigas, como si mis alegrías no fueran las tuyas y tus desgracias no fueran las mías. Esperaba un poco más de ti, Elisabeth Wright, algo de integridad tal vez.

—¿Puedo preguntarte algo? Edward... ¿alguna vez ha mencionado algo sobre su hermano? ¿Sabes si Ashley se ha prometido en matrimonio con alguien? —preguntó Elisabeth, ignorando por completo el comentario de Margaret, como si no lo hubiera escuchado en lo absoluto.

—¿De eso se trata? ¿Ashley Cooper? Estás enamorada de Ashley... Era de esperarse, es un incorregible bueno para nada, no te conviene en lo absoluto, por tanto, debes enamorarte de un ser despreciable porque eres como un río que huye del mar en vez de correr hacia él. ¿Me dirás que has rechazado pretendientes tan educados y apuestos como lord Davenport y sir Talbot, solo

esperando que Ashley Cooper se enamore de ti?

—Margaret...

—Elisabeth, Ashley Cooper ha demostrado, en el tiempo que estuviste en España, ser el hombre en Londres del cual las damas respetables deben escapar. No se ha prometido en matrimonio con nadie porque no le interesa casarse, es un libertino impertinente que ya arruinó la reputación del al menos una dama decente mientras no estabas.

—No me cabe duda de que es un ser despreciable, no lo tolero y puedo creer sin dudar un instante todo lo que me cuentas, pero... ¿Por qué se te ocurre que puede estar Ashley Cooper viendo en privado a mi abuela?

—¿A la condesa Teresa Wright? ¿Es una burla?

—Margaret, estoy muy asustada. ¿Crees de verdad que me casarían con él? Estaba segura de que mi abuela había mostrado su aborrecimiento total hacia él, sin importarle que fuera el futuro duque de Wellington, pero, y si no es por eso, ¿qué hace visitando Marton Hall? ¡Lo he visto con mis ojos! Y mi madre insiste en que ha ido un par de veces más mientras no estuve, ella dice que está interesado en mí. Esta última vez, he visto entrar a mi padre a la biblioteca con él y la abuela.

—¡Es terrible, Elisabeth! Porque, si ha ido más de una vez, ha de ser porque no le han rechazado. Pero... ¿entonces, te ha escrito?

—Ni una palabra. Tampoco ha pedido audiencia conmigo y ya es de público conocimiento que estoy de regreso.

Las amigas se habían detenido en un parque y se miraban buscando explicación a los acontecimientos. Elaboraron intrincadas teorías sobre las posibles razones de aquellas visitas, pero cada una tenía una consecuencia más grave que la otra. Terminaron por entrar a la modista sin ninguna respuesta y más preocupadas que antes. Cuando entraron a probarse los vestidos, el vaivén de telas las hizo olvidar la conversación anterior. Madame Elise terminó de ajustar el vestido azul que Margaret usaría en el próximo y esperado baile y le dijo que, si quisiera probarse su traje de novia, también estaba listo. Ella y Elisabeth se miraron con una complicidad absoluta y una oleada de risas juveniles llenó el afamado atelier. Mientras Margaret se cambiaba de ropa, un par de señoras entraron al taller y Elisabeth, oculta tras un biombo poniéndose otro vestido, no tuvo más remedio que escuchar la conversación que sin ninguna duda se trataba de los Wright.

—Lady Sinclair, la mismísima vizcondesa de Caithness, prácticamente, se lo ha dicho a su doncella en Escocia y la jovencita se lo ha dicho a su madre, que no ha tardado en contarlo a...

—¡Oh, Anne! —interrumpió de pronto la otra mujer susurrando e invitando a su interlocutora a hacer lo mismo— No son más que rumores. Si fuera cierto, los Wright ya lo hubieran anunciado. Esa condesa de Harwoth es una presumida. Si en realidad fuera a casar a su última nieta con el heredero de lord Yardley, lo sabríamos todos.

A seguidas la mujer dio una voz llamando a madame Elise, quién respondió que estaría con

ellas enseguida. Mientras tanto, Elisabeth contenía la respiración detrás del biombo intentando no moverse para que no notaran su presencia. Se había quedado con la camisa a medio poner, pero no podía levantar del todo los brazos sin ser vista. Se mantuvo en silencio e inmóvil como una estatua, con la espalda y la cabeza agachada mientras el corsé le perforaba las costillas.

—¡Oh, ya te arrepentirás de haberme llamado mentirosa, Catherine Taylor! Puedo asegurarte que la única razón por la que no se ha anunciado es porque el conde de Berwick estuvo de viaje con su hija. Estuvieron en la boda de un poderoso marqués con la sobrina de la difunta reina consorte de España. Lo anunciarán tarde o temprano, la boda será antes del invierno —insistió lady Talbot en murmullos mirando a todos lados para asegurarse de que la única que podía escuchar era su amiga.

—Supongo que esto también se lo ha contado lady Sinclair a su mucama...

—Eres libre de creerme o no. Solo cuento los hechos tal y como han acontecido, tal y como acontecerán. Volverás a mí cuando todo se devele en el próximo baile, tal y como me han anunciado que será.

La modista apareció de pronto detrás de una cortina con un vestido a medio hacer colgado del hombro.

—Mis disculpas por hacerlas esperar, lady Talbot, lady Taylor. Me temo que sus vestidos ya han sido empacados y mi ayudante ha ido a llevarlos en persona. Estarán ya en sus casas para cuando vuelvan al té —dijo mientras las encaminaba a la puerta y la abría para ellas.

—Más vale que así sea, madame Elise, o buscaremos a otra modista. Dicen que una nueva se ha instalado cerca de Trafalgar Square —respondió lady Talbot mirándola con desdén.

Las damas se marcharon y la campanilla de la puerta sonó cuando finalmente estuvo cerrada. Elisabeth pudo por fin terminar de ponerse la camisa. Se preguntaba si madame Elise y Margaret habían escuchado tanto como ella. Guardó silencio mientras terminaba de cambiarse y salió de detrás del biombo con pasos quedos para encontrarse de frente con Margaret y la modista.

—Sus encargos estarán listos para este viernes —dijo madame Elise todavía con el vestido de una de ellas colgado en el hombro—. Y una cosa más, lady Wright, no debería hacer caso a las habladurías. Algunas personas son tan incapaces de ejercer el sentido común como lo son de susurrar.

La jovencita tragó en seco y caminó fuera del taller tomando del brazo apresuradamente a Margaret. Cathy había ido a pagar las cintas y se ganó una amonestación cuando al salir del taller por poco se tropieza de frente con Elisabeth. Dejó que su doncella se adelantara para poder hablar en privado con su amiga.

—Dime que escuchaste eso.

—Tal como dijo miss Davenport, algunas personas son incapaces de susurrar. Por supuesto

que lo escuché y, si esas dos lo saben, lo sabe ya todo Londres. Creo que ha llegado el momento de que enfrentes a tu abuela de una vez por todas. Si tu propia hermana está diciendo estas cosas...

—¿Has enloquecido, Margaret? Aileen sería incapaz de ocultarme algo así. Esto tiene que tratarse de un error..., un malentendido. Una conversación que no ha sido del todo escuchada y alguien ha sacado la conclusión errónea.

—Puede que tengas razón, pero eso ya no importa; si lady Talbot y lady Taylor están comentando estas cosas, otras personas estarán haciendo lo mismo en este preciso momento. Te han prometido en matrimonio a Ashley Cooper. No tienes escapatoria, tendrás que casarte con ese arrogante libertino. Solo puedo ver algo bueno en ello y es que seremos hermanas, nos consolaremos mutuamente. ¿Crees que te lleve a vivir a la finca? Por lo menos no es tan lejos de Wrighton House...

—No estás entendiendo, Margaret. Nada de esto puede ser verdad. Todo eso que han inventado sobre la boda en España... son puras mentiras. Gonzalo no es ningún marqués ni Pilar es sobrina de ninguna reina consorte ni regente, ni viva ni muerta. Todo esto son inventos de alguien que no tiene nada que hacer.

—¿Qué harás? —dijo Margaret deteniéndose abruptamente y sosteniendo con entereza ambas manos de su amiga.

—Hay algo en lo que sí tienes razón. Debo hablar cuanto antes con la abuela, detener esta locura antes de que ese rumor espante a los pocos pretendientes dispuestos a cortejarme. Temo que con tales noticias nadie se atreverá a nada ahora. Ni siquiera... Debo irme —dijo Elisabeth con la angustia incrustada en su voz, como las espinas en la rosa, dispuestas a defenderse sin temor a perder el atractivo.

Algo había despertado en Elisabeth un instinto de salvarse a como diera lugar de un matrimonio arreglado, que, a pesar de que podía resultar muy conveniente, la alejaba de toda posibilidad de casarse con alguien a quien por lo menos pudiera respetar. Ashley Cooper no era pretendiente para ella y estaba dispuesta a defenderse con todo si la obligaban a tal cosa. No le importaba que fuera el heredero de lord Yardley, si bien pudiera ser el mismo príncipe de Inglaterra; ya no le daba lo mismo el rostro a su lado en la boda de sus sueños, lucharía hasta el final por conservar el poder de decidirlo ella.

Capítulo 13

Ashley Cooper era un jinete experimentado. Vestido con ropa de montar y con el rubio cabello colgando desafiante en sus hombros, galopaba con ímpetu por los campos cercanos a la finca del barón de Birmingham. Se aventuró en Wrighton House y aminoró el paso de su caballo al ver que otro jinete galopaba con prisa en su dirección. Se sorprendió cuando vio a la mismísima Elisabeth Wright montando sin compañía en la propiedad familiar. Se detuvo por completo para admirar a la jovencita que montaba sentada de lado con tanta agilidad como aquella posición le permitía. Su cabello se había soltado y lucía largo y desordenado flotando entre sus hombros y su pecho en el vaivén del galope. Vestida de negro, en su caballo blanco, parecía sacada de la última revista de moda para montar.

—¡Lady Wright! No sé por qué me sorprende verla aquí, es su casa, después de todo —dijo Ashley sin bajar del caballo.

—Lord Cooper...

—Creo que usted no está tan sorprendida de verme como lo estoy yo de verla a usted.

—Tiene razón, de hecho, solo quería confirmar que, como dice mi criado, pasa usted con alguna frecuencia por acá.

—¿Está usted vigilando mis pasos, lady Wright? No pensé que le resultara tan interesante como para arriesgar su reputación encontrándose tan furtivamente conmigo. Si quería verme, podía bien haberme enviado una nota. Con gusto podría ir a verla... —dijo con una sonrisa pícara y acercándose un poco más a su caballo.

—¿De verdad? ¿Tan poco habría costado? Es solo que pensé que sus visitas a Marton Hall estaban reservadas para otros miembros de mi familia.

Los ojos grises de Ashley se nublaron un poco más y la sonrisa sagaz en sus labios se convirtió en una mueca extraña que Elisabeth no supo descifrar. La jovencita apretó las riendas de su caballo buscando la seguridad que le faltaba. Estaba arriesgándose, eso era un hecho, pero no sabía bien a qué se enfrentaba y la incertidumbre debilitaba su posición. Ashley habló luego de un largo rato en el que los dos permanecieron dando pasos en círculos sobre sus caballos, como si de un duelo a muerte se tratara.

—Cree saber algo, ¿no es así? Puedo ver en sus ojos que no es más que una chiquilla curiosa buscando respuestas a preguntas que no le corresponde hacer. Mis asuntos con la condesa y con el conde ciertamente no son asunto suyo.

—¿Quiere decir que no me incumben en lo absoluto?

—Le daré un consejo, lady Wright. Muchas en su posición la envidian. Es usted joven y muy hermosa... La más hermosa de las hermanas Wright, podría decir si fuera libre de hablar sin sesgos, si no hubiera estado yo en algún momento de mi vida encantado con su hermana Aileen. Es su primera temporada y es muy probable que se case sin dilación este mismo año, cuántas no ansían lo mismo. ¿Pero sabe usted para quién es eso un problema? Para todas las madres cuyas hijas no tienen la misma suerte. No ostentan su belleza y mucho menos su fortuna. Tal vez no tienen la reputación de su familia o, simplemente, les falta un título nobiliario. Usted lo tiene todo, excepto por supuesto el carácter. Da todas estas cosas por sentado, y no se da cuenta de lo que pasa a su alrededor.

—No me ofenderá hablando mal de mi carácter. Tiene usted el más horrible trato, así que, viniendo de usted, tales palabras me dan igual.

—Abra los ojos, lady Wright. No soy su enemigo. Mis asuntos en Marton Hall no la incluyen, no importa lo que haya escuchado por ahí. Su abuela me considera un ser despreciable, quizás lo sea, y estoy seguro de que usted es muy valiosa para ella, no la dejaría ir con cualquiera.

—¿Qué tiene que ver en todo esto lord Yardley? ¿Es usted en verdad el heredero?

—¡Abra los ojos, lady Wright! La respuesta que busca está muy cerca. Si quiere saber quién es el heredero de lord Yardley, puede ir a preguntarle; a caballo no son más de quince minutos desde donde estamos ahora. Lo encontrará en su invernadero.

Ashley Cooper guiñó un ojo con la picardía que lo caracterizaba y apuró el paso de su caballo, marchándose a gran velocidad. Elisabeth se quedó allí pensando si seguir su consejo. Miró el campo de lavanda que despuntaba en la distancia, como una marea de colores púrpuras y violetas que se extendía hasta donde lograba la vista. Nunca se había acercado tanto como aquel día en que estuvo a punto de ser alcanzada por las abejas. Ahora recordaba el incidente y dudaba si aventurarse más allá de las fronteras donde estaba detenida. El lugar se antojaba un verdadero espectáculo para los sentidos. Las filas de lavanda se alineaban con precisión, creando un patrón embriagador en el suelo. Las plantas, con sus tallos delgados y hojas plateadas, se alzaban en todo su esplendor, alcanzando la altura perfecta y, a medida que el viento soplaba suavemente, las delicadas flores se mecían en un vaivén natural. Los rayos del sol se infiltraban a través de las nubes, bañando el campo de una luz cálida y dorada, creando un efecto mágico.

El olor embriagador de las flores llegaba hasta ella y las mariposas que revoloteaban a su alrededor le advertían de que las abejas no podían estar muy lejos. Dio vuelta a su caballo en dirección a Wrighton House y volvió a preguntarse ¿si no tenía que ver con ella, qué hacía

Ashley Cooper en Marton Hall? Él había sido ambiguo en su respuesta. No había dicho si era o no el heredero, pero sin duda venía desde la propiedad de lord Yardley. Quizás debía dejar de andarse con rodeos y preguntar a la abuela qué estaba pasando.

Mientras cabalgaba lentamente a la casa, pensó en Aileen. Intentó imaginar qué conversación habría tenido con su doncella que hiciera pensar en un inminente compromiso en la familia Wright. Sería inútil escribir a Escocia pidiendo una explicación, la respuesta tardaría tanto que sin dudas el baile donde se aclararían todos los misterios llegaría primero. Pensó en ir a visitar a Aileen de improviso, en la diligencia, si es que el conde le daba la autorización; tomaría por lo menos cuatro días en llegar y otros tantos en volver. Podía conseguirlo, pensó, pero, al mismo tiempo, sería una imprudencia aparecer en Mey sin avisar antes. No. Estaba decidido: Elisabeth buscaría sus propias respuestas en Marton Hall.

El carruaje la llevó de regreso a casa y cuando llegó ya estaban anunciando la cena. Debió apresurarse para cambiar de ropa. Cathy la miraba en franca confusión, pues solía acompañarla en sus salidas y esta vez había salido sola. La vistió como siempre, en silencio, pues dudaba si la jovencita tenía deseos de compartir alguna cosa. Cuando Elisabeth se vio al espejo, notó el desorden en su cabellera y pegó un grito espantada. ¿En verdad Ashley la había visto en aquellas condiciones? Se horrorizó de pensar que alguien más la hubiera visto entrar con tal desaliñe y pidió a Cathy que arreglara aquel desastre.

—Mi lady, ¿usará mañana nuevamente su ropa para cabalgar?

—No, Cathy. Y perdona que saliera corriendo esta tarde sin esperarte. He debido decirte algo. Quería pensar un poco mientras cabalgaba en Wrighton House, no pensé que tomaría tanto trabajo hacerlo sola. He arruinado mi peinado y me temo que las botas están demasiado sucias, al igual que mi falda. Un enorme charco se interpuso en mi camino. ¿Crees que puedes reparar esto pronto? —preguntó señalando su cabello abundante que ahora estaba lacio y sin forma chorreando por su espalda.

La doncella la peinó en un moño alto envolviendo todo el cabello en un solo lado. No había tiempo para ondularlo, la cena ya había sido avisada, así que bajó con su mejor sonrisa esperando que nadie notara que llevaba un peinado distinto.

—Te queda bien, querida —dijo la abuela, que notó de inmediato la diferencia—. Es una gran alternativa cuando no tienes tiempo de peinarte adecuadamente. ¿Dónde estabas, Elisabeth Wright?

—¿No estabas en el cuarto de costuras bordando los nuevos cojines? —preguntó Eleanor profundamente desconcertada, pues la había dejado en esos menesteres después del almuerzo.

Elisabeth no contestó, esperando una interrupción oportuna, que tuvo la cortesía de hacer su padre al enviar a toda la familia al comedor. La cena transcurrió sin grandes novedades, pero,

cuando terminaron, la abuela indicó al conde que debía acompañarlo a la biblioteca. La jovencita no perdió tiempo y tan pronto los vio encaminarse al salón los siguió a pocos pasos. Cuando entraron y cerraron la puerta, ella esperó de pie en la entrada y, cuando escuchó que hablaron otra vez, entró sin siquiera tocar. Sabía que esto le costaría muy caro, pero tenía que hacerlo, tenía que advertirles lo que lady Talbot y lady Taylor estaban diciendo en las calles de Londres con pasmosa seguridad y a todo el que quisiera escucharlas. Ahora no tendrían más remedio que decirle lo que estaba pasando.

Capítulo 14

Yardley House era una verdadera joya arquitectónica inglesa. Situada en medio de extensos terrenos ajardinados y rodeada por el campo de lavanda, la mansión de tres pisos se alzaba con majestuosidad, destacándose entre los árboles frondosos. La fachada estaba construida en elegante estilo georgiano con un porte señorial. Sus paredes de ladrillo rojizo contrastaban a la perfección con los detalles de piedra blanca, como las columnas jónicas que flanqueaban la entrada principal. Grandes ventanales con vidrieras adornadas se asomaban desde cada piso, permitiendo la entrada de la luz natural.

Al cruzar las puertas dobles de madera maciza, se llegaba al vestíbulo principal, que estaba bellamente decorado con molduras intrincadas y un elegante suelo de mármol. Un magnífico candelabro de cristal colgaba desde el techo alto, iluminando el espacio con su resplandor.

La planta baja estaba diseñada para el entretenimiento y la comodidad. Los salones y salas de recepción eran espaciosos y llenos de lujo. Grandes chimeneas de mármol se alzaban en medio de las paredes, y los muebles, ocultos en su mayoría por sábanas blancas, estaban tapizados en ricos tejidos.

Las escaleras curvas de roble conducían a los pisos superiores, donde se encontraban las habitaciones privadas. Vacías en su inmensa mayoría desde hacía ya mucho tiempo. Los dormitorios estaban diseñados con la máxima comodidad en mente. Las camas lucían cubiertas con suntuosos doseles de terciopelo y las ventanas estaban vestidas con cortinas de seda que filtraban la luz del sol. Los muebles eran elegantes y refinados, con tocadores de madera finamente tallada y espejos dorados que no reflejaban la belleza de nadie desde al menos una década.

En los extensos terrenos que rodeaban la casa, se podían encontrar jardines meticulosamente cuidados. Pasear por los senderos empedrados era como entrar en un oasis de tranquilidad. Flores exóticas, setos recortados y un estanque con cisnes y patos que añadía una belleza incomparable a la propiedad.

La casa de campo menos visitada de Londres era una muestra de la riqueza y el refinamiento de la alta sociedad, pero también de la vida solitaria que podía llevarse cuando no se formaba

parte de ella. En las galerías exteriores de la casa, un anciano hojeaba un libro mientras acercaba con una pequeña lupa sus ojos a la fotografía de una planta. Sentado en una silla de madera, con dos ruedas grandes detrás y otras dos más pequeñas delante, esperaba el final de la tarde mientras su ayudante le servía el té a unos pasos.

—¿Dónde está el jovenzuelo, Willis?

—Ha ido a por el otro diccionario, lord. ¿Lo recuerda? Le ha pedido que lo trajera —respondió despacio el ayudante.

No pasó mucho cuando el «jovenzuelo» se instaló en un sillón a su lado y abrió un voluminoso libro.

—La he encontrado. Esta es a la que me refiero. Mi padre la ha cultivado desde hace años y el clima le favorece inmensamente.

—Te ha enseñado bien, tu padre, quiero decir. Debes saber que lo ha heredado todo de Maúd, tu abuela.

—Mi abuelo es un importante botánico, supongo que lo habrá heredado mi padre de los dos.

—Roberto tenía gran talento. No tanto como mi Maúd, que había leído todos mis libros y podía descubrir las flores con tan solo oler su aroma.

—Si de verdad quiere que esto funcione, debe cumplir su parte, debe contarme su versión de los hechos. He prometido hacerme cargo, pero solo porque no quiero cargar con un odio que no me pertenece.

—Roberto traicionó mi confianza. Pude haberle dado una oportunidad, estaba listo para hacerlo, incluso pensé: «Qué más da, administrarán la finca juntos». Pasaban tanto tiempo en los invernaderos y en el campo que debí sospechar que estaban conspirando algo. Un día desperté y Maúd, simplemente, no estaba. Huyeron..., me abandonaron a mí y a la finca, a su futuro. Solo porque no tuvieron el valor de decírmelo a la cara.

—Debe decirme por qué no recibió a mi padre y a mi abuelo cuando ella murió.

—Estaba devastado. Maúd era mi única hija, su madre había muerto en el parto y yo nunca volví a casarme. Ella era mi única familia y solo me escribía una vez al año en Navidad. Cuando nació Miguel, también me escribió, solo para que supiera que había tenido un hijo, pero se cuidaba de escribir siempre desde un lugar distinto y, aunque logré descubrir que estaban en España, no podía saber dónde con exactitud. Cuando ella murió, Roberto vino con Miguel, tendría quizás unos nueve años y pretendía que los recibiera a ambos con los brazos abiertos, ¡cuando me habían quitado todo!

—¡Pero ellos también eran su familia!

—El dolor puede hacer que pierdas la razón. Cuando la recuperas ya es muy tarde. Siempre pensé que volverían, pero eso no pasó. Pensé que quizás habían dado mi apellido a Miguel, pero Roberto le dio sus dos apellidos y por eso me ha tomado una vida encontrarlos. Y lo he hecho cuando ya no me queda tiempo. Sé que Miguel no me perdonará. Vi en sus ojos a Maúd aquel día y resistí con todas mis fuerzas el impulso de abrazarlo. Lo rechacé y sé que no tengo

oportunidad con él. Pero tal vez la tenga contigo. Todo esto —dijo señalando el campo— es tuyo ahora. Pero tu trabajo principal es conseguir que Roberto y Miguel sepan que solo el dolor me hizo rechazarlos aquel día. Si Roberto me lo hubiera pedido, si Maúd me lo hubiera pedido, quizás les hubiera permitido casarse... Es mi mayor dolor que nunca lo supieran, que Maúd nunca lo supiera.

—Pudo escribirles, decirles todo eso.

—No sabía dónde hacerlo y ya es muy tarde. Jaime, no me queda mucho. Yardley House es tu responsabilidad ahora. Quizás es tu destino, no estoy seguro, pero harás lo que quieras con esto. No me pertenece más.

El atardecer ya se acercaba con su manto anaranjado al valle. El joven y el anciano, sentados uno al lado del otro, miraban el océano purpura que bailaba su propia melodía. Esa misma semana sería anunciado en el baile que el heredero de lord James Yardley, barón de Birmingham, no era más que Jaime Arce Guzmán.

—Su esposa, mi bisabuela, cuando ella murió, usted no volvió a casarse. Se convirtió en un hombre solitario y su hija era su única compañía. ¿Ni siquiera pensó en volver a casarse cuando ella se fue?

—Jane fue mi gran amor. Tuvimos cinco maravillosos años juntos y la perdí muy pronto. Pero ella era la única mujer para mí, hijo. Debes saber que no vale la pena pasar tu vida con una compañía mediocre solo porque crees que le debes algo a alguien. Puede que sea un viejo anticuado, pero, cuando Jane tomaba mi mano, el mundo solo éramos ella y yo. Si encuentras a alguien que puede hacerte sentir que no existe nadie más ni nada más, debes aferrarte con todas tus fuerzas. Vivir con intensidad el tiempo que te den los dioses y agradecer por tu dicha. El amor es algo tan poco común que no se repite y si llega a ti no habrá segundas oportunidades.

—Es curioso que sintiera todo eso por su esposa y aun así no le haya dicho a Maúd que podía luchar por un *gran amor*, cualquiera que fuese. Quizás eso le hubiera dado el valor para contarle que estaba enamorada de mi abuelo.

—Soy humano, hijo. Humano y egoísta. Puede que quiera algunas cosas para mí y no para los demás. Te pasará lo mismo, solo los años te llevan a entender que el egoísmo es lo que guía la mayoría de nuestras decisiones de juventud.

El silencio siguió y con él la tarde. Jaime volvió a sus aposentos en el segundo piso. Este que ahora era su nuevo hogar, al que había llegado hacía ya algunas semanas, prometía ser un refugio para olvidar y ser olvidado, o por lo menos eso es lo que él creyó cuando aceptó su nuevo destino. Se sentó de frente a un escritorio que daba a un ventanal inmenso desde el que podía ver el atardecer. Los rayos de sol se extendían sobre el campo sembrado de lavanda y los cristales del invernadero que se erigía esplendoroso en los jardines reflejaban el color que ahora se desataba sobre el valle. Jaime recordó la frase del anciano: «Si me lo hubiera pedido...». Tal vez él mismo tendría que haberse armado de valor, tendría que haberle dicho lo que sentía. A ella, al conde, a la abuela. Ahora quería gritarlo a los cuatro vientos, pero estaba convencido de que era

demasiado tarde también para él.

Capítulo 15

La biblioteca de Marton Hall era un refugio por lo general tranquilo y reverenciado por todos en la casa, un lugar donde se podía viajar a través de las páginas o esconderse en ellas. Un busto de mármol de Shakespeare y otro de Platón se encontraban colocados en nichos decorativos y enormes ventanas estaban cubiertas con cortinas pesadas de terciopelo verde oscuro para proteger los libros de los rayos del sol. Los grandes maestros literarios llenaban estantes que iban hasta el techo alto decorado por una intrincada moldura. El olor a cuero encuadernado estaba impregnado ya en las paredes revestidas de madera oscura. Clásicos literarios y obras de filosofía, historia, poesía y ciencia descansaban atentos a que algún lector los buscara, algo que esta noche no iba a ocurrir.

Un amplio escritorio de roble macizo estaba en el centro de la habitación, iluminada por un candelabro de latón brillante que proporcionaba una luz suave y cálida. Sobre el escritorio, había un atril de lectura, donde se podían colocar libros abiertos para su consulta y uno muy antiguo estaba abierto ahora. Plumas, tinteros y papel se encontraban dispuestos con elegancia, listos para ser utilizados por aquellos que deseaban escribir o tomar notas mientras exploraban los tesoros literarios. Esta noche tampoco parecía que alguien fuera a usarlos.

En el centro de la habitación, había una mesa redonda rodeada de sillas tapizadas en el mismo terciopelo verde de las cortinas y, a pocos pasos de la mesa, una chimenea de mármol que ahora estaba apagada y solo lucía adornos diversos en su tope. La condesa de Harwoth y el conde Berwick ya habían tomado asiento alrededor de la mesa y, cuando Elisabeth irrumpió, se miraron sin saber ninguno de los dos cómo amonestarla.

—Tengo que hablar con ustedes. No espero que me perdonen la intromisión, ni siquiera pediré disculpas por ello, los asuntos que me traen aquí son urgentes, no solo para mí. Deben decirme qué es lo que ocurre. Ya no soy una niña, todo lo que hacen ustedes me afecta a mí.

—Muy bien, Elisabeth, perdonaré tu exabrupto a pesar de que no hayas pedido disculpas por él, pero debes decirme de inmediato qué es lo que ha hecho que irrumpas de ese modo. Más vale que sea importante —dijo el conde visiblemente molesto.

—No los molestaría si no lo fuera. Ayer, mientras ajustaba mis vestidos en Mayfair, escuché

por casualidad una conversación entre lady Talbot y lady Taylor. No repetiré todas sus palabras, pero parece ser que mi hermana Aileen está bastante segura de que voy a casarme muy pronto con el heredero del barón de Birmingham, que no es más que el mismísimo hijo del conde de Wellington, Ashley Cooper. Se lo ha contado a su doncella y además le ha dicho que tales acontecimientos serán anunciados en el próximo baile. Por supuesto, mi propia hermana sería incapaz de estar al corriente de un secreto de semejante importancia y no compartirlo conmigo. Pero, detrás de los rumores malintencionados, por lo general, se ocultan medias verdades. He visto al hijo del conde en Marton Hall, reunido en esta misma biblioteca con ustedes dos. Algo pasa.

—Siéntate, Elisabeth —interrumpió la abuela Teresa sin dulzura alguna en la voz, pero sin elevarla—. Esperábamos que te enteraras de la forma correcta, no queríamos arrebatarte esa oportunidad. Pero supongo que algo se ha roto y me temo que las cosas no han salido como yo pensaba.

—¿Algo se ha roto? ¿Cómo puede romperse algo que nunca existió? Ashley Cooper nunca me ha interesado...

—¡Elisabeth! Convendría que por una vez dejaras a tu cabeza pensar un poco las palabras antes de que salieran de tu boca. Ashley Cooper es solo una pieza en este enredo. Harold, estoy muy cansada para desenmarañar todo esto. Te advertí que esto pasaría, ahora asume las consecuencias de no seguir mi consejo —dijo la abuela Teresa reprendiendo a su hijo.

Elisabeth, que ya estaba sentada frente a ellos, miraba la discusión con curiosidad. Su padre se frotaba las manos en las piernas nerviosamente y de pronto empezó a hablar.

—Ashley Cooper no es el heredero del barón de Birmingham. Es un caza recompensas que ha trabajado con lord Yardley en los últimos años buscando al heredero. Fue tras pistas a Francia, a España y a Escocia, hasta que hace poco ha dado con él. Ha venido a esta casa porque un pago mayor le correspondía si el heredero en cuestión aceptaba regresar con lord Yardley y pensaba que los Wright podíamos ejercer alguna influencia en ello...

—Todo lo que necesitas saber es que ese hombre atroz no es el heredero de lord Yardley y ciertamente no pretendemos que te cases con alguien a quien solo le importa conseguir fortunas a como dé lugar. Si era esa tu preocupación, puedes estar tranquila —interrumpió la abuela Teresa.

—¿Quién es el heredero, entonces? —preguntó ella con el rostro sumida en la más genuina confusión.

—Si el heredero quisiera que te enteraras antes que los demás, ya lo sabrías. Lo sabrás cuando debas saberlo. ¿Es eso lo que en realidad quieres saber, Elisabeth? Hace unos meses te quejabas porque no estábamos buscando un pretendiente para ti y ahora que existe una posibilidad de que sí lo estemos buscando pareces estar poniendo requisitos —dijo la abuela mirándola desafiante.

—Quizás antes no me importaba demasiado con quién iba a casarme. Pero ahora..., ahora necesito saberlo primero. Necesito estar segura de que puedo decir que no si fuera el caso —dijo cruzándose de brazos.

—No tienes que hacer algo que no quieras. Pero tu abuela sabe lo que es mejor para ti, confías en ella, ¿no es así? —respondió su padre mirándola con cariño.

—Bien. No me dirán quién es el heredero. Está bien, me da igual quien sea. Pero ¿por qué Aileen piensa que voy a casarme con este heredero?, ¿por qué sabría ella mejor que yo misma con quien me casaré?

—Eso bien puedes preguntárselo a ella, Elisabeth. Tu padre y yo no tenemos esa respuesta. Solo Aileen sabe lo que piensa sobre eso o sobre cualquier otro asunto. Ahora, si nos lo permites, tu padre y yo tenemos cosas que discutir. Cosas importantes, no rumores del atelier... —la reprendió su abuela haciendo una enérgica señal con su mano hacia la puerta para que Elisabeth saliera.

La jovencita salió de mala gana, sin todas las respuestas que fue a buscar. Pero estaba decidida a encontrarlas por sí misma antes del baile. Subió a su aposento tan enojada como sabía estarlo. Cuando Cathy la desvistió, se quedó con la lacia cabellera negra esparcida en su almohada. Vestida con un camisón blanco que le llegaba a los tobillos, dio vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Estaba molesta con su abuela, con su padre, con Aileen, con Ashley; sentía que estaba molesta con todo el mundo.

Pero, como suele suceder en muchas ocasiones, somos incapaces de reconocer cuando algo en los demás solo refleja una parte de nosotros mismos que no nos gusta ver. Elisabeth se había sorprendido a sí misma ese día, más de una vez. Primero cuando se arriesgó en Wrighton House a cabalgar en solitario para descubrir a Ashley, después cuando irrumpió en la biblioteca y finalmente cuando contestó con altanería a su abuela que, sin duda, había demostrado mucha paciencia a su impertinente comportamiento. Pero ella era la más pequeña de los Wright y siempre le habían perdonado un poco más que a los mayores. Sin embargo, ahora que los más rebeldes ya se habían ido y que no quedaba nadie a quien amonestar, se arriesgaba a no recibir el mismo tratamiento al que estaba acostumbrada. Tal vez la enviarían lejos, como a Aileen, si seguía actuando de ese modo. Pensó estas cosas y de momento se ilusionó con que la enviaran a España como castigo, pero recordó que Jaime ya no estaba en Sevilla. ¿Dónde estaba Jaime? Esa era la verdadera pregunta que rondaba en su cabeza, la que no se atrevía a hacerle a su padre, la que no se atrevió a hacerle a Miguel y a Ana antes de marcharse. Era tan orgullosa que prefería hacer la vista larga, pero últimamente algo en su pecho le decía que ya nunca más podría dar la espalda a esa sensación indescriptible que la inundaba cuando pensaba en él.

Cerró los ojos. Intentó pensar otra vez su boda, esa en la que pensaba con tanta frecuencia, que veía en sus sueños, dormida o despierta. Pero las imágenes que antes llegaban con facilidad y plenas de detalles, ahora, parecían ausentes. Solo estaba ella, vestida en un traje sencillo y claro, dando vueltas en medio de un campo verde. Pero nadie la sujetaba de la mano. No había a su alrededor un inmenso salón con candelabros elegantes encendidos, no había decenas de jarrones con rosas ni violinistas refinados. Solo hierba, tan alta que le llegaba a las rodillas. Cerró los ojos con más fuerza, quiso colocar en su mente las imágenes correctas, pero nada pasaba, seguía sola

en medio de un prado vacío, sin música, sin flores y, sobre todo, sin pretendiente. Una lágrima escapó hasta su mejilla. Elisabeth Wright ya no podía soñar con su promesa.

Capítulo 16

La campana del servicio sonó mucho más temprano de lo habitual. Cathy apenas estaba en pie cuando subió corriendo al aposento de Elisabeth pensando que había ocurrido algo muy grave. Todavía no había salido el sol. La mucama entró y la encontró sentada en la cama.

—Tal vez debí decirte esto anoche. Lo lamento. Necesito ir a buscar algo en Wrighton House cuanto antes. Sé que alguien sale muy temprano a llevar provisiones, debo escabullirme en ese carruaje, Cathy. ¿Me ayudarás? —inquirió Elisabeth susurrando, con los ojos rojos y el rostro hinchado.

—Debemos darnos prisa. Anthony sale en menos de media hora. ¿Usará ropa de montar? ¿Volveremos mañana? —la interrogó la mucama sin perder tiempo mientras abría el armario para buscar las mudas necesarias.

—Solo buscaremos algunas cosas en mi viejo baúl. Tendremos que dejar una nota a mi madre —respondió sin mucho ánimo en la voz.

Las mujeres subieron al carruaje como si de una misión clandestina se tratara, aun con la luna llena pintando el cielo. Para cuando llegaron a Wrighton House el sol ya la había desplazado. Cathy se apresuró en descargar, con la ayuda del mozo, las cosas y Elisabeth entró de inmediato. Había perdido el apetito, así que, cuando le avisaron que podía llegar al comedor a tomar algo de pan y jugo, agradeció el gesto de la cocinera, que no la esperaba, y lo rechazó. Buscó en su baúl, donde guardaba algunas de sus ropas que ya no le quedaban, muñecas de porcelana con las que ya no jugaba y al fondo las invitaciones a su boda. Unas que solía escribir invitando a la más alta sociedad de Londres. Buscó una en particular..., una que Jaime le había arrebatado cuando tenía trece años solo para escribir su nombre en ella. Las invitaciones que Elisabeth escribía solo decían: «Le convidamos a la incomparable boda de Elisabeth Wright», pero esa vez Jaime se la había arrebatado para escribir: «la boda de Elisabeth Wright y Jaime Arce». Ella se enojó muchísimo. Tanto que dejó de hablarle por todo un día. Pero no podía estar enfadada con él mucho tiempo. Solo debía sonreírle, hacerle cosquillas o retarla a una carrera y volvían a ser amigos. Ella solía visitar algunos veranos la casa de su tío abuelo Gaspar por algunas semanas en

las que se la pasaban descubriendo plantas en el jardín o estrellas en el cielo cuando anochecía. Él, ella y Aileen. Las visitas de Jaime a Inglaterra, que solían ser en Navidad, se hicieron más cortas y espaciadas cuando él se fue a la universidad.

Elisabeth tomó aquella invitación en sus manos y la leyó. La tinta se mantenía intacta, aunque el papel estaba arrugado, por todo lo que pelearon por él ese día. Ella no la rompió. Por el contrario, cuando estuvo fuera de la vista de Jaime, lo guardó. Ahora lo apretaba en su pecho con cuidado hasta que lo puso en su bolsillo.

El resto del día lo pasó en la biblioteca abriendo más de un libro solo para abandonarlos al poco rato. No lograba concentrarse y la noche la sorprendió sentada en el sillón con un poemario en el regazo y los ojos cerrados. El cansancio la había vencido. Cathy la observó con tristeza, no había comido nada en todo el día. La tocó con suavidad en el hombro para despertarla y acompañarla al aposento. Ya desvestida, se echó en la cama sin ganas y se volvió a quedar dormida.

Elisabeth no sabía lo que era el amor, pero tampoco sabía lo que no era. Estaba convencida de que no lo necesitaba para casarse, sin embargo, ahora que la posibilidad era más un hecho que una fantasía, el miedo de tomar la decisión incorrecta se había apoderado de ella. ¿Y si el amor era en verdad importante? Nunca lo había pensado de aquel modo. «Ojalá a tu futuro esposo no le moleste que pases tiempo con un viejo amigo», eso le había dicho Jaime. Y si estar casada con alguien significaba que ya no podría salir a pasear por el campo con él, o un día subir a los árboles si así lo quería, o tan solo tirarse en la hierba en el verano... ¿Estar casada con alguien más significaba que él ya no podría hacerle cosquillas o enseñarle a bailar, o darle dos besos, uno en cada mejilla, cada vez que se veían? No estaba segura de querer renunciar a ello. Ya había tenido que enfrentarse a este mismo sentimiento cuando Jaime le dijo que iba a casarse con alguien más. Ya no sería igual, por eso se había enojado con él. ¿Acaso eso era amor?

Comenzó a preguntarse si Jaime sentía algo parecido. Todo el barullo en su cabeza la mantenía entre dormida y despierta hasta que en un leve sobresalto se paró de la cama. Se acomodó una capa y se escabulló al jardín. Un camino empedrado conducía a una fuente de mármol a un lado de la casa. En el horizonte el cielo avisaba un cercano pero tímido amanecer. Algunas estrellas todavía eran visibles. Una brisa suave traía hasta ella el olor de las flores. El cabello suelto y desordenado en su espalda se agitaba y se abrazó buscando entrar en calor. Caminó en dirección a los setos donde solía ocultarse cuando jugaba a las escondidillas con sus hermanos y siguió el camino empedrado sumida en sus pensamientos. A cada lado las lámparas de aceite colocadas en el sendero iluminaban escasamente sus pasos. Elisabeth pensó en Margaret y en Edward, su boda sería la primera de la temporada, pero eso a ella ya no le importaba. Pensó de nuevo en Aileen, en lo feliz que decía ser con Bruce y en lo mucho que la había intentado convencer de que lo importante era seguir su corazón. Ahora caminaba sin rumbo definido haciendo justo eso, seguir su corazón. Sin darse cuenta había llegado a los límites de la propiedad y el olor de la lavanda comenzaba a llegar con el viento. Recordó aquella

frase extraña que le dijo Ashley cuando se vieron no muy lejos de allí: «Abre los ojos». Elisabeth siguió el camino empedrado hasta que se convirtió en hierba, cada vez estaba más cerca de los invernaderos de lord Yardley. El sol apenas se asomaba detrás de las montañas y el cielo seguía algo lúgubre. En la distancia, las lámparas que iluminaban el invernadero se mantenían encendidas haciendo que destacara como una caja de luz al centro del camino. Elisabeth creyó ver una silueta y si hasta ese instante caminaba algo dormida, la visión la espabiló. Se agachó buscando el seto más cercano para ver mejor. De seguro se trataría de un sirviente madrugador. En aquel momento quiso que el sol apresurara su paso y arrojara luz en el prado. La silueta salió del invernadero y pudo verlo más de cerca, pero de espaldas. Un pantalón oscuro y una camisa de volantes, al igual que ella llevaba una capa, tal vez se había desvelado y, claramente, no pertenecía a la servidumbre. Se asomó segura de que en tal posición no sería vista y rogó que el hombre volteara. Este tendría que ser el heredero; lord Yardley tenía la edad de su abuela y, por lo que sabía, no era capaz ya de caminar. Vivía solo con sus sirvientes y, si alguien joven estaba en ese invernadero a esa hora, solo había una posibilidad.

El individuo se agachó para recoger una flor pequeña, debía estar a más de cien pasos, pero, cuando se levantó, Elisabeth reconoció en aquel hombre a Jaime Arce. Se quedó petrificada. El sol comenzaba ya a salir y su luz iluminó los campos. Jaime se quitó la capa y la arrojó al suelo. La camisa blanca de volantes solo estaba abotonada hasta el ombligo. Él levantó ambos brazos en dirección a la montaña y se estiró. Hizo ademán de quitar los últimos botones de su camisa cuando Elisabeth despertó de su letargo momentáneo y cerró los ojos instintivamente. Seguía agachada detrás del seto y solo a gatas podía escaparse sin ser vista. Eso hizo. El corazón le latía con fuerza mientras daba la vuelta en dirección al camino empedrado que la llevaba a Wrighton House. Mil sentimientos se encontraban debatiéndose en su pecho ahora. El heredero del barón de Birmingham era Jaime, todas las piezas de su puzle comenzaron a encajar.

Capítulo 17

El baile más importante de la temporada ya está a punto de iniciar. En el gran salón de los Davenport una orquesta completa de cuerdas toca con entusiasmo. Los carruajes no paran de llegar, el de la familia Wright es uno de ellos. El coche, lleva el escudo de armas de la familia, es tirado por dos hermosos caballos. Se detiene frente a la fachada del impresionante edificio. Un lacayo vestido con un elegante uniforme abre la puerta del carruaje, permitiendo que la familia descienda con gracia; lady Elisabeth es la última en salir, cuidando de que su vestido de baile no se pliegue.

La jovencita es una visión deslumbrante en su vestido de seda azul oscuro y satín, delicadamente adornado con encaje y perlas. El traje se ajusta a su figura esbelta y tres faldas amplias bordadas, cada una más corta que la anterior, la hacen resaltar ante la multitud. Con los hombros descubiertos y unas mangas muy cortas deja a la vista también sus brazos. Unos guantes blancos cubren sus manos. Su cabello, cuidadosamente peinado en rizos sueltos, está adornado con una diadema de zafiros y la tinta rosa en sus labios hace que parezca un poco mayor de lo que es. Elisabeth ya se había probado el vestido para aquel baile, pero, luego de su visión inesperada en Wrighton House, regresó a la ciudad con madame Elise, convencida de que esa noche tenía que lucir algo que no se pareciera a nada de lo que las otras damas lucirían. Madame Elise había diseñado ella misma el atrevido modelo para alguna clienta en París y tenía uno a medio hacer. Cuando Elisabeth se lo probó supo que con ese traje no pasaría desapercibida para nadie. Margaret fue la primera en notar la presencia de Elisabeth en el salón y fue a su encuentro, las amigas se saludaron y se apartaron a un jardín interior.

—El vestido ha quedado precioso y tú luces exquisita esta noche. ¿Estás preparada?

—¿Hay acaso alguna manera de prepararme para esto? Solo sé que quiero mirarlo a los ojos y ver si será capaz de hablarme como si nada después de haberme ocultado algo así.

—Ya lo hablamos, Elisabeth, debes esperar a que te explique. Debe tener una buena razón. Bien sabes que Jaime no te mentiría si no fuera importante.

—¿Sabes en qué no dejo de pensar? Siempre me contabas que subían a las copas de los árboles en Wrighton House solo para ver desde arriba los campos de lavanda. Quizás algo dentro

de él ya lo sabía, que todo eso era suyo. Ahora en verdad lo es. ¿Quién lo diría? Nuestras sospechas no estaban tan alejadas, el heredero era un Wright, solo que no tú —Margaret sonrió divertida.

—Jaime no es un Wright —respondió ella secamente.

Edward llegó y de inmediato buscó a Margaret para bailar con ella, y su hermano, por pura cortesía, le pidió a Elisabeth que bailara con él. Ella asintió de mala gana, pero sentada en un rincón no luciría como la más hermosa de la noche. Tenía que bailar.

—Me alegra que nos encontremos de nuevo, lady Wright, pronto emprenderé una nueva aventura y es muy posible que no nos veamos en un tiempo.

—Supongo que ha cobrado ya su recompensa y volverá a Francia para gastarla allí.

—Está usted bien enterada. Habrá seguido mi consejo, entonces.

—Definitivamente, he abierto los ojos. Usted, por el contrario, está tan ciego como siempre. No puede ver que una vida de desenfrenos solo terminará por arruinarle. Un día querrá tener una familia, estará enamorado, pero su reputación lo precederá.

—El amor solo es amor si ambos amantes están de acuerdo en ello. Por lo general, no hay reputación, fortuna o privilegio que se interponga en un amor verdadero. Confío en los libros que insisten en que nada de eso importará si alguien llegara a amarme.

—El amor no tiene por qué tolerar ciertas cosas.

—El amor no elige qué cosas tolerar y qué cosas no. Se dará cuenta un día de que el amor escoge por usted y siempre lo hará a su propia conveniencia, para sobrevivir.

Permanecieron en silencio hasta que la música paró y él la llevó a un asiento cercano. Elisabeth sentía las miradas posarse sobre ella a medida que caminaba; sin dudas, su vestido había conseguido su propósito. Se sentó despidiéndose de Ashley, sabiendo que probablemente era última vez que el hijo de los duques de Wellington estuviera en Inglaterra, por lo menos mientras el título de su padre no le fuera entregado. Vio como Margaret y Edward escapaban a un rincón del jardín. Se sonrió pensando en todas las veces que, en su ceguera, pensó que Edward estaba interesado en ella y se alegró de que su amiga encontrara en el jovencito la felicidad. Siguió buscando con la mirada algún otro rostro conocido hasta que vio a sus padres conversando con un caballero que estaba de espaldas y a quien ella reconocería aunque estuvieran en plena oscuridad. Mientras bailaba con Ashley, se había producido la entrada al salón de bailes del heredero del barón de Birminghan.

Eleanor alcanzó a ver a su hija y le hizo señas de que los acompañara, pero Elisabeth sintió que de pronto sus piernas no le respondían. Un vacío se instaló en su estómago y las palabras bailaban desorganizadas en su cabeza. Lo había ensayado por días. Lo que diría, el tono que usaría para hablarle, las muecas de su cara, los ademanes de sus manos. Se había parado ante el espejo y había probado distintos discursos. Esta vez, las palabras que saldrían de su boca estarían

cuidadosamente escogidas. Este primer encuentro con Jaime, ahora un noble inglés, tendría que dejarle bien claro lo enfadada que estaba con él. ¿Qué podría dolerle más?, pensó ella, ¿un silencio definitivo? No. Eso la haría ver como una chiquilla malcriada, justo lo que él le decía que era a veces. No. Tenía que hablarle, pero las palabras no podían solo salir galopando sin control como siempre. Había pensado en este momento de mil formas distintas. Si alguien los presentaba sin saber que ya se conocían, si lo encontraba por casualidad en la mesa de canapés, en todas las ocasiones ella salía triunfante y él se quedaba boquiabierto frente a su belleza y su sagacidad. Pero el momento había llegado y ella no podía ponerse en pie. Cuando se acercaron, la impresionó la elegancia de Jaime en aquel frac negro con botones dorados, la camisa blanca con volantes en el cuello y en los puños. Un corbatín ajustado y el cabello peinado y recogido detrás con una cinta negra. Ya lo había visto vestir de gala muchas veces, pero esta noche una sonrisa amplia adornaba también su rostro. Sus dientes enfilados con perfección se exhibieron en todo su esplendor cuando la vio. Elisabeth hizo acopio de toda su entereza para pararse y dio unos pasos para acortar la distancia del trío que ya la alcanzaba. En aquel instante, las palabras que con tanto ahínco había preparado parecían perdidas en alguna parte de su cabeza y no encontraban el camino a sus labios.

—¡Querida! ¿Puedes creerlo? Nuestro Jaime es el futuro barón de Birminghan. Le veremos en Inglaterra todo el tiempo —exclamó con sobrada algarabía Eleanor colgada del brazo de Jaime.

—Elisabeth, Jaime te ha estado buscando —dijo su padre con una sonrisa.

—¡Oh! ¿Cómo debo llamarle ahora? ¿Lord Arce, lord Yardley?

—Hola, Eli. Solo Jaime, ¿sí?

—No me parece que eso sea adecuado. Es más que evidente que no nos une la confianza necesaria para ello.

—¿Así serán las cosas? —preguntó él en medio de una reprimida carcajada, seguro de que Elisabeth bromeaba.

Una nueva danza inició y la condesa apuró al conde para que fueran a bailar, dejando a Jaime con Elisabeth. Él se acomodó los volantes de su camisa en el cuello, como si le apretaran la garganta. Su elegante frac negro ajustado al cuerpo daba cuenta de su espalda amplia y de su pecho, que parecía más inflado que nunca, tal vez porque le costaba respirar y lo llenaba de aire con dificultad antes de pronunciar cada oración.

—Estás... deslumbrante —susurró.

—Está usted... como siempre —mintió.

—¿Seguirás con eso? —dijo con más seriedad—. No luces sorprendida de verme, pensé que te caerías hacia atrás cuando lo supieras.

—Me da exactamente lo mismo lo que haga con su vida: un día se casa con una desconocida y al día siguiente se muda a la casa de otro desconocido. Supongo que quienes solíamos conocerle

de toda la vida hemos resultado poco emocionantes.

—¿Puedo explicarte durante el baile?

—Es una lástima que no me apetezca bailar.

—Eli...

—Me temo que soy solicitada en otro lugar. Mis disculpas... Lord... lo que sea.

Elisabeth tenía tantas ganas de golpearlo como las tenía de abrazarlo. Contuvo ambas y se marchó apresurada al inmenso jardín interior de Davenport House. Buscó un banco de piedra para sentarse y, después de recorrer un camino y otro, encontró uno oculto tras los setos de mediana altura, cercano al muro cubierto de madreselva que, florecida, despedía un aroma incomparable. Se quedó allí, iluminada por una tímida lámpara de aceite que parpadeaba con el suave viento nocturno. Miró a su alrededor y, al notar que estaba sola, dejó que las lágrimas que se agolpaban en sus ojos salieran por fin.

Capítulo 18

El jardín de Davenport House estaba iluminado por la luna en cuarto menguante y por las teas que se dispersaban aquí y allá en los caminos empedrados. Cerca de una estatua de mármol erigida al centro y a un lado del jardín, casi cubierta por los setos, estaba Elisabeth Wright con su hermoso vestido azul, sentada en un banco de piedra. Se estrujaba las manos contra la falda y miraba de vez en cuando al camino que conducía a su improvisado escondite. Se ocultaba, sí, pero muy secretamente, dentro de su corazón, todo lo que deseaba era que Jaime apareciera.

Meses atrás, cuando ella recibió su carta diciendo que iba a casarse, fueron tantos los momentos que pasaron por su mente que el enfado fue la única forma de sentirse mejor, de darle algún sentido a la emoción que se alojaba en su estómago y le impedía respirar. Sí, ella siempre había soñado con su boda, no hablaba de otra cosa. Y Jaime siempre escuchaba, asentía sonriendo, bailaba el vals en medio del jardín cuando ella así se lo pedía. «Debes ayudarme, Jaime, mi primer baile debe ser perfecto», le decía. Y él, con ternura, seguía su juego infantil. Pero más adelante, cuando Jaime cumplió dieciocho años y le arrebató el papel para escribir su nombre como pretendiente en la fabricada invitación a la boda de Elisabeth Wright, en realidad, sellaba una promesa que crecía en su corazón y a la que él mismo se había negado cualquier posibilidad al pasar los años. Cinco habían transcurrido ya.

Elisabeth, desde que encontró en su baúl aquella invitación, no se había separado de ella. Aquella noche, en el baile, oculto en un bolsillo de su falda, el papel arrugado seguía conservando aquella promesa. Una que sin saberlo ella había alimentado. No lo supo hasta que él anunció su boda. Solo entonces se enfrentó a aquella realidad cruel de que Jaime no estaría allí por siempre para bailar con ella el vals, para hacerle cosquillas, para perseguirla entre los setos, para leerle en voz alta, para enseñarle a trepar a los árboles, aunque ella ya no quisiera subir a ellos. Ya no la llamaría «Eli» y ella no tendría razón para reprenderle y pelear con él. No había sentido la ausencia de sus hermanos cuando ellos se fueron, no de ese modo. Se sintió abandonada y una nube gris se posó en ella y entonces sus deseos de casarse no hicieron más que crecer. Se casaría con cualquiera solo para vengarse de él por haber roto su promesa invisible. La esperanza que significó saber que el compromiso se había roto se desvaneció con la misma

rapidez que había nacido. Su ilusión de recuperar aquellas sonrisas, aquellos paseos en Sevilla, los pícnics en el prado, ahora sin nadie que se interpusiera entre ellos, desapareció. ¿Acaso era eso amor? Tal vez lo había descubierto muy tarde, tal vez él simplemente no la quería de ese modo y la seguía viendo como a esa hermana menor que nunca tuvo. El silencio del jardín no hizo más que acrecentar su desdicha.

¿Y aquella traición inimaginable? ¿Ocultar un secreto tan importante? ¿Irse a Inglaterra y no decirle? ¿Estar por dos semanas a solo horas de ella y no buscarla en Marton Hall? ¿Era acaso ella tan insignificante en su vida? Aquella terrible mañana, cuando lo descubrió en el invernadero de lord Yardley y todas las piezas se unieron, Elisabeth volvió a la casa con las mejillas ardientes y los puños apretados. Encontró a su abuela en una poltrona del jardín y se sentó a llorar en su falda como la niña pequeña de cinco años a la que todos complacían y consolaban. Su abuela acarició su cabeza una y otra vez, sin saber con seguridad lo que había provocado tal mar de lágrimas y esperó a que se calmara.

—¿Por qué? ¿Por qué no me lo dijo? ¿Es que acaso no significo nada para él? ¿Acaso soy cualquiera?

—¡Ah, de eso se trata! Lo sabes ya... —respondió la anciana aclarando su garganta—. No siempre las personas hacen las cosas que quisiéramos, pequeña.

—¿Por qué tú sí podías saberlo?

—Siempre lo he sabido. No pensarías que iba a dejar que mi adorada sobrina Genoveva se casara con alguien a quien no conociera. Por supuesto que me opuse a esa boda, al principio. Roberto era un hombre viudo que buscaba una mujer para criar a su hijo Miguel. Así que lo interrogamos tu tío abuelo Gaspar y yo. No podíamos encontrar nada en España sobre su difunta mujer y debió confesar que ella era la hija de lord Yardley. Miguel era apenas un niño, pero con el tiempo sería el dueño de una propiedad importante que yo conocía bien. Conocí a esa jovencita, ¿sabes? A la madre de Miguel. Era muy hermosa y gentil. Supongo que, hasta que traje a Elena a Londres, ellos no venían mucho aquí. Creo que no querían estar cerca de lord Yardley. Pero él solo pasaba algunos veranos en esa casa, su residencia habitual estaba en Birmingham, por supuesto. De todos modos, entiendo que Miguel no esté dispuesto a perdonar a su abuelo, pero no le negará a su hijo lo que por herencia le corresponde. Le ha animado a decidirlo por sí mismo.

—¿Por qué me cuentas todo esto ahora?

—Porque es importante que una conozca de dónde viene su marido.

—¿De qué hablas, abuela?

—Estás aquí llorando desconsolada porque piensas que Jaime te ha traicionado al no contarte antes que a todo el mundo, cuando apenas se ha enterado él. Pero cuando anunció su boda estuviste dos semanas llorando en tu aposento y ese verano te perdiste más de un baile a pesar de que te habíamos permitido asistir. Es claro que te importa. Nunca te has sentido traicionada ni has hecho rabietas cuando tus hermanos se han casado. Puedo reconocer algunas cosas cuando

las veo. Y Jaime está loco por ti. Pero eso ya lo sabes también. No lo impediremos, tu padre y yo, solo quiero que sepas eso.

—No...

—Piensa con cuidado tus palabras, querida. No permitas que salgan de tu boca si no las has pensado bien.

Elisabeth escuchaba incrédula todo lo que su abuela le decía. Le sorprendió escuchar con palabras tan simples que descifraran su corazón de aquel modo y que le dijeran las cosas que hasta hacía poco ni ella misma sabía sobre sus propios sentimientos.

—No está loco por mí. Si lo estuviera, ¿por qué no lo dice? ¿Por qué se compromete con alguien más?

—Si ya te ha contado que es el heredero, ¿acaso no te ha dicho nada más? ¿Por qué estás realmente aquí, Elisabeth? ¿Acaso piensas que no daremos el consentimiento? ¿O se trata de otra cosa?

—¡No me lo ha contado él! ¡Lo he visto! ¡Lo he visto en el invernadero de lord Yardley!

—¡Oh! Entonces, soy yo, mi querida nieta, quien debe pensar sus palabras antes de decirlas. Me temo que, si no han hablado ustedes dos, nada de lo que he dicho tiene sentido para ti. Bien. Supongo que tendremos que seguir esperando —dijo la abuela poniendo la cabeza de su nieta en su regazo otra vez.

Elisabeth siguió llorando un rato más. Ahora se sentía peor que nunca. Quizás la abuela tenía razón en algo, ella estaba enamorada de Jaime, con locura, desde antes de saber lo que era el amor. Pero tal vez estaba equivocada en otra cosa, quizás Jaime no sentía lo mismo y por eso había decidido casarse con alguien más, o, incluso ahora, había preferido esconderse de ella.

El jardín de la casa Davenport tenía una forma peculiar. Un pequeño laberinto de setos, rosales de todos los colores, bustos de mármol en algunos rincones y bancos de piedra en otros. Ella había escogido uno de los bancos más lejanos. Seguía llorando, ya no tanto por no haber podido dar su ensayado discurso, sino porque habían pasado diez minutos y Jaime no había aparecido entre los setos buscándola. Se secó las lágrimas y tomó el arrugado papel de su bolsillo, aquella falsa invitación a su boda que escribió cuanto tenía trece años. La sacó y volvió a leerla susurrando las palabras «Elisabeth Wright y Jaime Arce». De pronto, una sombra apareció en el suelo de piedra y escuchó su voz.

—No pensé que volvería a ver esa invitación... La promesa de lady Wright.

Ella se encogió y arrugó el papel sobresaltada.

—¡No! No lo arruines. Tal vez, tal vez podamos usarlo, después de todo.

—Eres...

—¡Ssss! —dijo sentándose a su lado y colocando amorosamente un dedo en sus labios—. ¿Cómo dice siempre la tía abuela Teresa? «Piensa tus palabras antes de que lleguen a tus labios». Esta noche debes escuchar. Lo siento, pero debes dejar que hable yo.

Elisabeth, al primer contacto de su piel en su rostro, cerró los ojos. Volvió a abrirlos solo para

darle una mirada de aprobación. El corazón le palpitaba fuerte. Él quitó el dedo de sus labios y tomó entonces sus manos en las suyas, apretando también el arrugado recuerdo.

—Solo eras un sueño para mí. Solo una promesa en un papel que no significaba nada. Ibas a casarte con alguien importante, no podía soportarlo. Beatriz me ofrecía una salida. Una posibilidad a ser feliz antes de que tú lo fueras. De ese modo, si entonces tenía que ir a tu boda, por lo menos lo haría colgado del brazo de alguien a quien con el tiempo podría aprender a amar. Beatriz fue más valiente que yo. Solo quisieron casarla con alguien pronto, que la salvara de la ruina de casarse con un marinero. Debo admitir que, aun cuando Cooper me encontró, cuando me dijo quién era mi padre realmente, quién era yo..., una luz magnífica me iluminó y pensé que tal vez ahora podría construir algo digno de ti. Quizá podría sellar esta promesa —dijo tomando el papel que ella apretaba en sus manos.

—No podrás pensar que...

—Sé lo que vas a decir. No te insultaría con semejante pensamiento. Si me amas como te amo a ti, me aceptarías siendo Jaime Arce y nada más. Si no me amas, no me aceptarás, aunque fuera el rey de Inglaterra. Puedes decir que solo te interesa cumplir con lo que se espera de ti, pero muy dentro no te conformarás con menos de lo que mereces y yo, Elisabeth Wright, vivo y respiro por ti, con fortuna y sin ella. Quizás dudé si debía pedirte esto o no, quizás me resigné a que escogieras a otro que te merezca más que yo, pero alguien me dijo hace poco que nada se pierde con preguntar. Si la respuesta es no, por lo menos viviré en soledad, pero con la certeza de que hice lo que tenía que hacer. Elisabeth Wright, hace cinco años hice una promesa, a mí mismo y a ti —dijo finalmente, abriendo el papel arrugado y poniendo una rodilla en el suelo— y ver que llevas esa promesa contigo me hace creer que estás dispuesta a hacer realidad las palabras escritas aquí. ¿Me haría el honor, lady Elisabeth Wright, de ser mi esposa?

Elisabeth ahora lloraba. Las palabras en su cabeza, siempre tan dispuestas a correr, ahora solo eran silencio. Un silencio incrédulo y feliz. Asintió con la cabeza, como pudo. Él levantó la rodilla del suelo y se puso de pie sin soltar sus manos y la atrajo hacia él levantándola de pronto y entonces ella rio. Jaime la tomó en sus brazos, abrazó su cintura y con una mano limpió las lágrimas de sus mejillas. Tomó su barbilla y selló con un beso en los labios su promesa. Ella cerró los ojos y sintió el mundo desaparecer a su alrededor. Recordó cada paseo en el prado, cada cosquilla, cada broma, cada clase de baile, cada árbol, cada carta, cada indicio en el camino que sellaba el amor que ahora se deshacía en sus labios con un dulce beso. Por un instante olvidó que estaba en la oscuridad de un jardín, siendo tan inapropiado como se podía ser. Cuando se separaron, bajó el rostro y lo clavó en su pecho.

—Pensé que no me querías. Que solo era una chiquilla molesta para ti.

—¡Oh, Eli, eres una chiquilla molesta! Pero eres mi chiquilla molesta. Ahora tendremos que buscar la forma de volver. Creo que entraré primero. Hace poco quise ir tras de ti enseguida y me

detuvieron al menos en tres ocasiones. Espero que ocurra lo mismo ahora para que puedas volver a la fiesta sin levantar sospechas.

—Si nos casaremos, ¿qué importa ya? —dijo colgándose de su cuello para volver a besarlo.

Finalmente, regresaron a la fiesta cada uno por un lado distinto del laberinto en el jardín. Jaime enseguida fue en busca del conde y Elisabeth fue en busca de Margaret. Mientras, los violines y las arpas seguían despachando melodías que hacían vibrar con ilusión los corazones.

Capítulo 19

Wrighton House derrochaba elegancia aquel día. Las flores de lavanda llenaban los jarrones del salón y del jardín interior. Alrededor del jardín exterior varias mesas se dispersaban con finos manteles blancos y otras tantas flores sobre ellas. Un pequeño camino había sido dispuesto en el suelo empedrado con pétalos de rosa y las cintas blancas alrededor de las lámparas parecían vestirlas con faldas danzantes. Las mucamas iban apuradas de aquí para allá colocando copas y platillos mientras los sirvientes decantaban vinos y colocaban bandejas con canapés en una mesa enorme instalada bajo los árboles. Una gran fiesta se esperaba más tarde en la casa de campo.

Mientras tanto, en Marton Hall, en el segundo piso de la casa, en una inmensa habitación, las mujeres Wright ayudaban a preparar a Elisabeth, que sonreía todo el tiempo. Mientras el peluquero trabajaba en su cabello, Eleanor buscaba sus mejores aretes de perlas para colocarlos a su hija. Aileen, Elena y Charlotte la llenaron de elogios cuando finalmente el vestido de color marfil se deslizó sobre su cuerpo. Cathy lo ajustó con cintas blancas y las faldas, que se repetían una tras otra hasta revelar seis capas de seda, quedaron coronadas con una sobrefalda de encaje de Bruselas atada con cinta marfil en su cintura. Las mangas francesas en seda transparente llegaban hasta su codo y el escote pronunciado dejaba lucir las perlas que su madre había colocado en su cuello. Ana y Genoveva lloraban de forma alternada, abrazándose la una a la otra.

Cuando estuvo ya vestida, se acercaron Charlotte y Elena para darle un beso. Finalmente, Aileen no pudo contener las lágrimas y besó su mejilla fundiéndose después en un abrazo.

—¡Oh, Elisabeth! Estaba segura de que terminarías por darte cuenta. Jaime ha sido un tonto por no habértelo pedido antes.

Aileen se enteró del compromiso cuando Elisabeth le envió una carta contando todo lo que había ocurrido. También le contó sobre los comentarios de su mucama y de sus dudas sobre lo que ella realmente sabía. Aileen confesó que, cuando la abuela le escribió para decirle que Jaime ya no estaba comprometido, también le dijo que tomaría posesión de la herencia de su bisabuelo, incluyendo a Yardley House, así que la casa en España no estaba más en peligro. Cuando leyó que Jaime estaría soltero de nuevo y que Elisabeth estaría en edad de casarse, dijo en un momento de emoción que su hermana terminaría casándose con el heredero del barón de

Birmingham. No pensó que la mucama estuviera escuchando. Quizás eso provocó toda la oleada de rumores que llegaron después. Pero ahora nada de eso importaba. Todo había salido bien.

La abuela Teresa entró a la habitación y llevaba algo en sus manos. Cuando vio a Elisabeth, sus ojos se llenaron de lágrimas. Se acercó a ella con ternura y le habló.

—No pensé que el destino sería tan bondadoso conmigo como para permitirme este momento. Aún recuerdo el instante en que viste a tu prima Elena en su propia boda. Te prometí que el día que te casaras también llevarías puesta la diadema que ella usaba y que yo también usé cuando me casé con tu abuelo.

—«Vestiré un traje precioso y, con la diadema, todo el mundo me mirará» —rememoró ella mientras el peluquero ayudaba a la abuela a acomodar la brillante joya en su cabeza.

—Lo recuerdas mejor que yo.

—Lo he recordado cada día de mi vida.

Cuando estuvieron listos, toda la familia Wright partió hacia la iglesia. Allí esperaban los demás. Un ambiente festivo llenaba los bancos. El sacerdote pronunciaba las palabras y los presentes respondían. La feliz pareja selló con un beso su unión y cuando salieron de la iglesia los llenaron de vítores y felicitaciones. El carruaje los condujo, por primera vez como marido y mujer, durante el camino de algunas horas hasta Wrighton House. Los ahora esposos se besaban sin pudor ocultos por las cortinas de terciopelo.

—¿Me dirás qué viene después? ¿De los besos?

—Aún falta mi chiquilla traviesa. Gracias por aceptar hacer la fiesta en los jardines de Wrighton House. Espero que esto ayude a que mi bisabuelo pueda ver a mi abuelo y a mi padre. Hay heridas que podemos sanar con solo intentarlo, ¿no crees?

—Tu bisabuelo es un anciano adorable. Creo que tiene más cosas en común con el tío Roberto de lo que él está dispuesto a aceptar. Por lo menos no se han opuesto a venir, eso ya es algo, ¿no?

Él volvió a besarla y así hicieron el camino más corto. Ya en Wrighton House, en el jardín, Elisabeth caminó de la mano de Jaime, muy cerca de las flores de lavanda, muy cerca de los setos, en medio de los árboles. Los mismos árboles donde Jaime, al verla, se dio cuenta un día de que no quería separarse de ella.

Caminaban tomados de la mano y lejos de la multitud que celebraba a muchos pasos de ellos. Entonces ella se apoyó en su pecho.

—Esto es... este era mi sueño. Caminar a tu lado, en el prado, mirando el mundo desaparecer detrás de mí, sostenida de tu mano.

—Esto es... este era mi sueño. Caminar a cualquier lado, pero contigo. Esa era mi promesa, lady Elisabeth Wright.

—Lady Elisabeth Wright Arce.

Y así caminaron de la mano. De un lado, el campo de lavanda florecido reflejando el sol, y,

del otro, toda la familia Wright García de Arteaga celebrando el amor.

Epílogo

El ambiente en Marton Hall es por demás festivo. Por primera vez en muchos años, todos los Wright están bajo el mismo techo al mismo tiempo. Habían pasado ya por muchas aventuras y, a pesar de que algunos se habían perdido en el camino, la abuela Teresa ahora estaba sentada en su salón viendo a todos sus nietos felizmente casados y enamorados. Algunos nuevos Wright ya se habían unido al clan y otros más estaban en camino.

Elena y Mathew, Charlotte y Hugh, Thomas y Cassandra, Linus y Caroline, Aileen y Bruce, Elisabeth y Jaime, todos habían hecho una parada en sus respectivas vidas para celebrar el cumpleaños de la abuela, sabiendo que tal vez podía ser el último. Elisabeth les había escrito a todos pocos meses después de su casamiento porque era importante para la abuela que estuvieran allí y así se los había hecho saber. Ella era la más pequeña y, sin embargo, había resultado ser la arcilla con la que se habían sellado los más hermosos lazos entre todos los hermanos.

Eleanor y Harold, Roberto y Genoveva, Miguel y Ana, todos habían dejado la comodidad de sus vidas ocupadas para ser partícipes de la celebración. El aroma de todas las flores en el salón parecía extender la primavera que se desparramaba en los jardines y la música del piano que la mayor de las bisnietas tocaba con absoluta perfección completaban una velada encantadora.

Elisabeth aprovechó la ocasión para anunciar que ella y Jaime esperaban a su primer retoño y todo fueron vítores y felicitaciones. Mientras, en el salón, cada uno recordaba su propia historia, bromeaban sobre las intromisiones de la abuela, sus habilidades de casamentera que, sin embargo, no conseguían casar a sus nietos, por lo menos no hasta que ella aprendió su lección. Porque, finalmente, la abuela Teresa dejó que el amor decidiera el destino de los Wright y, ahora, podía ver satisfecha cómo seguía creciendo, con la magia del amor familiar, su mayor legado.

Fin

Agradecimientos

A mis compañeras escritoras en esta serie, por su compañía en el camino emocionante de la construcción de esta inolvidable familia. ¡Gracias!

A mi familia y amigas, que siempre me acunan en su amor infinito; gracias por la paciencia y comprensión. A mis lectoras beta, por su paciencia y generosidad.

Saber más

• Situado a unos 15 km del centro de Londres, están los campos de lavanda de Mayfield; es el nombre de una granja que fue pionera en el renacimiento de la lavanda en el Reino Unido. En estos mismos campos se cultivaron lavandas durante los siglos XVIII y XIX. La lavanda se consideraba un producto *premium*, pero finalmente pasó de moda y desaparecieron kilómetros de hermosos campos de dicha planta. En 1770, la familia Cleaver fundó lo que hoy se conoce como Yardley London, que llegaría a ser una de las casas de jabones y perfumería más exitosas del Reino Unido. Inspirados por las diversas y variadas flores de Inglaterra, seguirían apostando por el descubrimiento de fragancias con ingredientes naturales, como la fragancia emblemática de la casa, la lavanda inglesa.

• El primer registro de lavanda se remonta a hace más de 2 500 años. Los antiguos egipcios utilizaban lavanda en el proceso de momificación, así como para perfumes, por su fragante aroma. Incluso se encontraron trazas en la tumba del faraón egipcio Tutankamón. Los antiguos romanos también usaban la lavanda por su aroma relajante en la limpieza y el baño.

Próximamente



Nada más que un beso...

Serie *El legado de los Wright* 1

May Bonner

Prefacio

Thynne House, Harewood, Inglaterra

Enero de 2022

Y doscientos años después...

Robert Thynne, undécimo duque de Grafton y dueño de una mansión tan imponente como Thynne House, entró en el pequeño despacho que su padre había mandado habilitar junto a la entrada de visitantes. A pesar de la mesa y las sillas modernas, la habitación conservaba el aire señorial, pues se habían preservado las molduras de los techos y el papel pintado original. Como

siempre a aquella hora, allí encontró a Brian Sanders, ultimando las cuentas y rodeado de un desorden controlado de facturas y recibos.

—¿Qué tal la recaudación de hoy? ¿Hemos tenido muchas visitas? —preguntó entornando los ojos mientras se recostaba sobre el marco de la puerta. La cabeza de un enorme braco de Weimar asomó junto a sus piernas. Esperaba encontrar a Simbad, el gato Ragdoll de Brian, y jugar un rato. El animal, al verlo llegar, se subió de un salto al hombro de su dueño, que ni se inmutó. Estaba más que acostumbrado a esas reacciones.

Brian —un hombretón de metro noventa y una media melena rubia que hacía pensar en un surfero y no en el administrador de una mansión campestre inglesa— levantó la vista y le sonrió.

—Bien, siempre va bien. Ese es precisamente el problema: que ni con los turnos de visita completos ni vendiendo todos los recuerdos de la tienda llegamos para mantener esto en pie.

Robert resopló.

—Ya lo sé —murmuró resignado.

—Thynne House es una propiedad enorme y con unos costes de mantenimiento a juego con su tamaño...

—No hace falta que me lo recuerdes. Todo eso lo sé muy bien —suspiró.

—Pues tendrás que pensar algo pronto porque no creo que resistamos mucho más así. El dinero de tu padre no va a durar eternamente, y las ventas de mermeladas y jabones con el escudo de Thynne House en la tienda del pueblo tampoco arreglan el problema.

—Estoy en ello —aseguró el joven mientras se apartaba de la puerta para dirigirse al piso superior, seguido por el perro, y desapareciendo así de la vista de su interlocutor.

—Te vendría bien una rica heredera... ¡pero rica de verdad! —le gritó Brian para asegurarse de que lo oía.

—Lo tendré en cuenta.

La respuesta flotó en el aire mientras Brian asentía y sonreía con expresión socarrona antes de continuar con su trabajo.

Capítulo 1

Working nine to five...[1] ¿Por qué será que no me quito ese estribillo de la cabeza?

Susana apagó el despertador de un manotazo y hundió de nuevo la cabeza en la almohada. Cerró los ojos en un vano intento de volver a dormirse, pero era inútil, ya podía oír el ajetreo al otro lado de su puerta, parecía que todo el mundo estaba en pie. Aun así esperó unos minutos antes de decidir levantarse.

—Total, por mucho que lo retrase no lo evitaré —se dijo mientras se colocaba con descuido una bata con motivos de unicornios. Ya ni se molestaba en quejarse sobre eso. Durante meses se preguntó si su tía creía que aún tenía diez años al regalarle semejante cosa, pero en cuanto el frío del invierno apretó, se dio cuenta de que era lo más calentito que tenía para estar en casa y el estampado quedó en un segundo plano.

Después pasó por el baño y se preparó un buen desayuno que la ayudara a afrontar la jornada.

—¡Algún día pillaré al que me birla los yogures! —había exclamado al abrir la nevera. Tenía sus sospechas, pero sin pruebas...

Acabado el desayuno, se vistió y se dispuso a tomarse las cosas con más calma en el trabajo.

—Puedo hacerlo... puedo hacerlo... —repitió—. Solo tengo que aguantar hasta acabar la tesis.

Respiró hondo tres veces antes de abrir la puerta y salir a la calle. De camino a la estación de metro repasó mentalmente lo ocurrido durante los últimos meses. Cuando Ana Cisneros, su directora de tesis doctoral, le habló del trabajo de asistente de la profesora Marina Roldán. Si lo quería, podía considerar suyo el puesto, le había asegurado.

Roldán era muy reconocida en el mundo académico y pensó que colaborar con ella le daría una perspectiva más amplia sobre el tema en el que estaba trabajando: «Usos sociales en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX».

—Y pensar que me alegré tanto cuando me hablaron de este puesto... —murmuró.

Susana se sentía un poco agobiada. No le era posible dejar el empleo. No se lo podía permitir económicamente ni podía hacerle eso a su directora de tesis. Ana era muy buena profesora y Susana esperaba trabajar con ella en cuanto se doctorara, pero mientras prefería no mezclar una

cosa con otra. Había sido tan amable... En cuando le había comentado que estaba teniendo problemas económicos y que necesitaba encontrar con urgencia otro trabajo, habló personalmente con Marina y le consiguió el puesto.

No obstante las cosas no habían resultado como esperaba. O más bien sí. La fama de Roldán la precedía, y el puesto de asistente estaba vacante porque nadie se aventuraba a aceptarlo (aunque en el momento en que Ana habló por ella, Marina estaba evaluando a otro candidato; y ahí la intercesión de Ana había sido fundamental). Susana lo sabía, pero aun así se había alegrado y había aceptado. Todo fuera por poder pagar el alquiler de su piso compartido. Afortunadamente tenía las tardes libres y no debía encontrarse con ella. Era una condición imprescindible, pues debía dedicarlas a su trabajo de doctorado.

Con esos pensamientos, llegó a la parada de metro y pudo comprobar que el andén estaba atestado de gente. Echó un vistazo al panel con aprensión, y efectivamente anunciaba un retraso de al menos quince minutos. Susana miró al techo con impotencia y pensó: «Uf, justo lo que me faltaba».

***

El despacho de Marina Roldán se encontraba en el segundo piso, junto a los de los demás catedráticos de Historia Contemporánea. Susana subió a toda prisa la escalera que llevaba al primer piso y entró en la oficina como una exhalación. Iba tan rápida que al cruzar la puerta se enganchó con el pomo y la manga de la chaqueta se rajó de lado a lado.

—¡Oh, pero bueno...! ¿Es que me tiene que pasar todo a mí? —gimió mientras se la quitaba y la observaba con cara de pena. Era una prenda muy bonita. Por suerte guardaba allí una chaqueta de punto por si un día apretaba el frío.

No encontró a nadie en la oficina. Eso significaba que llegaba tarde y Marina ya había comenzado su clase. Dejó el bolso encima de la mesa y revisó las notas y los mensajes que habían dejado sobre ella y después entró en el despacho de la profesora para ver si había algo allí. Nada que pareciera urgente. Respiró con alivio y se dirigió con más tranquilidad hacia las aulas de primero. Se acercó a la entrada de la clase y se apoyó en la pared. Junto a ella estaba Ricardo, becario de la profesora Roldán. Este siempre acudía a escuchar sus clases porque, cuando le tocaba sustituirla, quería darles el mismo enfoque que ella.

—Sois científicos. No lo olvidéis. No dejéis que ningún listillo de ciencias lo ponga en duda —decía en ese momento Marina ante la mirada un poco sorprendida de sus alumnos. Su potente voz podía oírse con nitidez a través de la puerta cerrada.

—Pero ¿qué está diciendo? ¿Ha pasado algo? —preguntó Susana a Ricardo en voz baja.

—Se ha peleado con su novio —respondió él.

—¿El físico teórico? —insistió ella. El becario asintió—. ¡Umm! —exclamó con voz aguda la joven. Le esperaba una mañana movidita si su jefa no estaba de buen humor.

Sus temores se vieron pronto confirmados. En cuanto acabó con sus clases de la mañana, Marina fue directa a su oficina donde la esperaban desde hacía un rato su becario y su asistente. Era una mujer alta, elegante y de aspecto eficiente. Imponía con su presencia y ella lo sabía.

—Susana, has llegado tarde... —le dijo como saludo mientras pasaba sin detenerse por delante de su mesa.

—Sí, yo lo siento... es que...

—No me des excusas. Si no puedes estar a la hora en punto en tu puesto, deberé plantearme si eres la persona adecuada para ser mi asistente... Todo el mundo cree que puede aprovecharse de mí... —prosiguió con acento malhumorado entrando en su despacho.

Susana y Ricardo se miraron con resignación desde sus respectivas mesas. Sí, era cierto que se había retrasado, pero era la primera vez en cinco meses que llegaba diez minutos tarde y había sido por causa del atraso del metro, pero su jefa no quería explicaciones. «Como siempre, no te deja hablar... ya estoy harta», pensaba con verdadera indignación. Estaba a punto de entrar a decirle exactamente lo que pensaba, cuando Marina interrumpió sus cavilaciones.

—A ver, Susana, pasa un momento... —le pidió a través del teléfono, y la muchacha saltó de su silla temiendo que le hubiera leído el pensamiento.

La joven entró en el despacho con menos coraje del que sentía hacía tan solo veinte segundos.

—Un amigo me ha pedido un favor —prosiguió Roldán cuando la tuvo delante—. Ha comprado una propiedad cerca de Sevilla. Parece ser una mansión con una importante biblioteca y mucha documentación de la época de la Guerra de la Independencia y posterior.

—Podría ser interesante —intervino Susana.

—Quiere que le valore lo que haya en la casa, pero yo no tengo cabeza para eso ahora mismo —continuó sin hacer mucho caso de la opinión de su asistente—. Tengo que corregir los trabajos de fin de semestre y preparar los exámenes... Y Ricardo tiene que ayudarme con eso.

Susana asintió despacio creyendo adivinar las intenciones de su jefa, que ni siquiera había levantado la mirada de los papeles que estaba revisando.

—Parece ser que el anterior dueño solo puso una condición para la venta: que se inventariaran todas las obras de arte y los documentos que se almacenaban allí —insistió la catedrática, y no le mentía. Lo que no le dijo fue que no pensaba que hubiera nada interesante que catalogar en la casa, pero que no podía negarse a hacerle ese favor a su amigo.

—Entonces...

—Entonces te encargarás tú. Irás hasta allí y lo harás. Ya tiene a un experto en arte valorando las piezas y tú revisarás la documentación de la biblioteca.

La joven no supo qué contestar en ese momento. Por una parte era el primer encargo importante que le confiaba, pero por otro significaba estar fuera quizá semanas o quién sabía si meses. Eso podría retrasar su trabajo con la tesis.

—Veremos si eres capaz de realizar con éxito este encargo. Te vendrá bien para tu investigación. Trabajo de campo auténtico, por lo que considero que Ana no pondrá objeciones.

De hecho, hablé con ella esta mañana y no me ha puesto ningún problema.

Susana le dio las gracias a Marina por la oportunidad y esta la despachó con un «márchate ya a prepararlo todo». Así que el asunto parecía decidido. Y esa misma tarde, su directora de tesis se lo confirmaba:

—Sí, Susana. Estoy de acuerdo. Opino que te vendrá muy bien algo así.

—No sé, Ana...

—Sé que trabajar con Marina no es fácil, pero te aseguro que es la mejor en su campo. Aprenderás mucho con ella. Tú mantente firme y no dejes que te amilane.

—¿Fácil? A veces creo que preferiría tener una urticaria... bueno, en realidad no —añadió pensando que pasarse el día rascándose todo el cuerpo tampoco tenía ninguna gracia.

—No te desanimes —agregó para infundirle coraje.

La joven sonrió mientras fijaba la mirada en el vestido que llevaba Ana ese día. No sabía de dónde había salido ese tópico que siempre aparecía en las películas o series de las científicas —y más concretamente de las que se dedicaban a las humanidades— de ir vestidas con un traje oscuro, un moño y gafas de pasta. Su profesora era una de las mujeres más elegantes que conocía.

Algo similar se podía decir de Marina, aunque en ese caso le parecía más bien Meryl Streep en cierta película... Había de todo, claro. Ella misma iba casi siempre en vaqueros, pero aquellas dos mujeres eran la prueba de que una cosa no estaba reñida con la otra. Susana esperaba poder permitirse en el futuro alguna que otra alegría en lo que a ropa se refería.

—Nunca hay que perder la esperanza de tener más presupuesto para ropa...

Es lo que solía decirse cuando abría el armario y veía su par de pantalones y camisetas y su único vestido, colgando solitario en la percha.

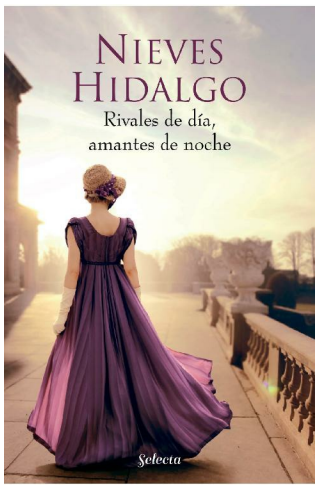
—Algún día tendrás compañía, te lo prometo —añadía mirándolo fijamente.

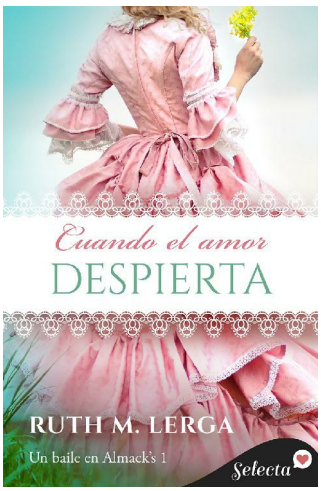
Así que después de consultarlo con todo el mundo, Susana tampoco tuvo nada que objetar y al día siguiente a primera hora, tomaba un tren rumbo a Sevilla.

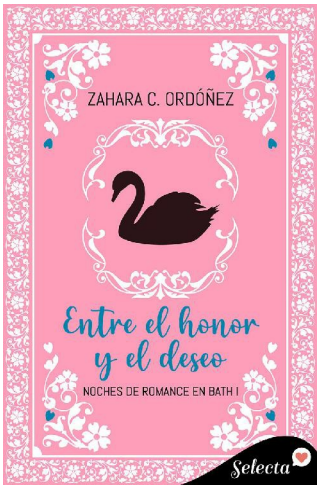
Si te ha gustado

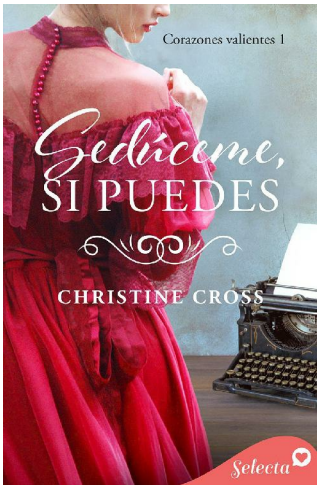
La promesa de lady Wright

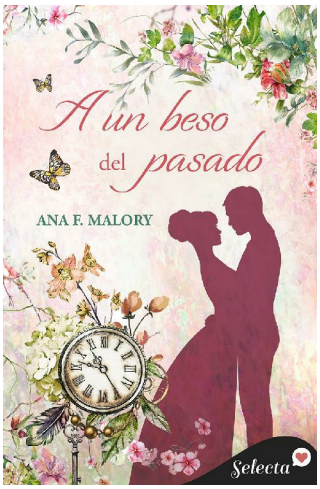
puedes disfrutar de estas

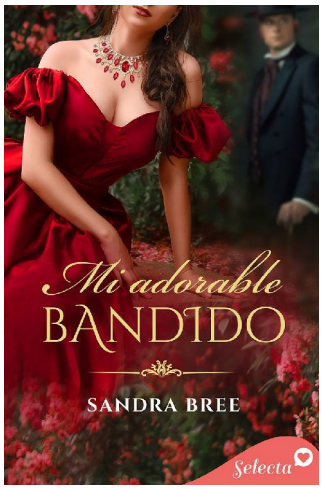


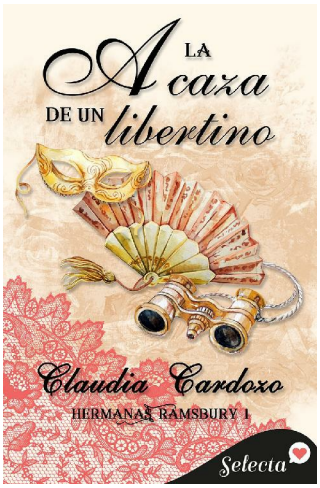


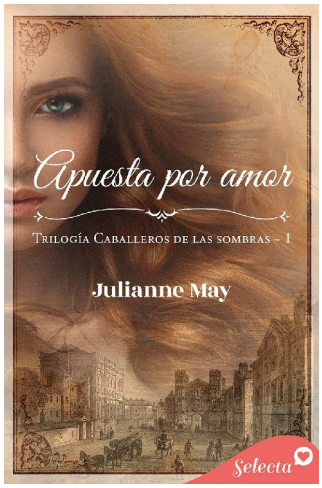




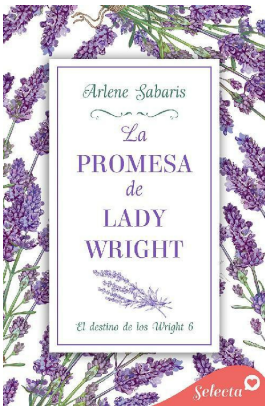

A un beso del pasado
ANA F. MALORY
Selecta


Mi adorable BANDIDO
SANDRA BREE
Selecta


A la caza de un libertino
Claudia Cardozo
HERMANAS RAMSBURY 1
Selecta


Apuesta por amor
Trilogía Caballeros de las sombras - 1
Julianne May
Selecta

Por las grietas de una promesa rota se colará el amor entre dos corazones más parecidos de lo que están dispuestos a admitir.



Lady Elisabeth Wright es la más pequeña y consentida de Marton Hall. La vivaz jovencita no está acostumbrada a recibir un «no» como respuesta y al llegar su temporada no puede pensar en otra cosa que en lucir los muchos vestidos nuevos que han sido preparados para ella, y en que por fin conocerá a aquel que la desposará en la más lujosa de las bodas.

Sin embargo, eventos inesperados la llevarán a pasar unos meses con sus familiares en España y a pesar de que al principio le resulta una injusticia marcharse justo cuando la solicitan los más agradables pretendientes, pronto descubrirá que aquel viaje es todo lo que necesita.

El reencuentro con un viejo **rival de su infancia** le hará cuestionarse la promesa que se había hecho a sí misma de casarse en la más ostentosa de las ceremonias con el más apuesto y rico noble de Londres, quienquiera que sea.

Pronto Elisabeth se debatirá entre aquello que considera perfecto y un nuevo sentimiento que nace en su corazón o que quizás ha estado allí desde siempre.

El destino de los Wright nos traslada en primer lugar a la Inglaterra de la época de Regencia. Nos lleva de los grandes bailes de Londres a la campiña inglesa. También a las Tierras Altas de Escocia, sin que falte un paseo por España. Todo siguiendo las vidas de la familia Wright cuyo legado perdurará en el tiempo.

Arlene Sabaris. Dominicana. Autora de poemas, cuentos y novelas, es una profesional de las finanzas y los derechos humanos, que trabaja en el sector de cooperación internacional. Amante desde niña de las letras más que de los números, decidió completar su formación académica con diversos cursos de narrativa, corrección de textos y emprendimiento cultural. Realizó estudios técnicos de Periodismo en el Instituto Dominicano de Periodistas y una doble maestría en narración y creación literaria/ Guion de tv, cine y radio, en la Escuela Europea Des Arts.

Es colaboradora de varias revistas y miembro directivo del proyecto de promoción de la literatura escrita por mujeres, Fundación Anticanon. Pertenece además al cuerpo docente del primer diplomado de escritura creativa para escritoras del Caribe.

Ha recibido varios premios desde su niñez tanto en poesía como en narrativa, en la que destaca por los géneros de romance y misterio. Con la editorial Selecta de Penguin Random House ha publicado las novelas *Si me quisieras* y *Un Amor del pasado,* además de la trilogía *Romance en la colonia,* ambientada Santo Domingo, la primera ciudad de América,. Sus escritos también forman parte de las antologías *Grito de Mujer, Ritmo que late,* de Dominican Writers y *Mujeres Inspiradoras,* de Casa de Francia.



Edición en formato digital: septiembre de 2023

© 2023, Arlene Sabaris
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock y Depositphotos

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright.* El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-90-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] *9 to 5*, canción escrita e interpretada por Dolly Parton.

Índice

La promesa de lady Wright

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Epílogo
Agradecimientos
Saber más
Próximamente

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Arlene Sabaris
Créditos
Notas